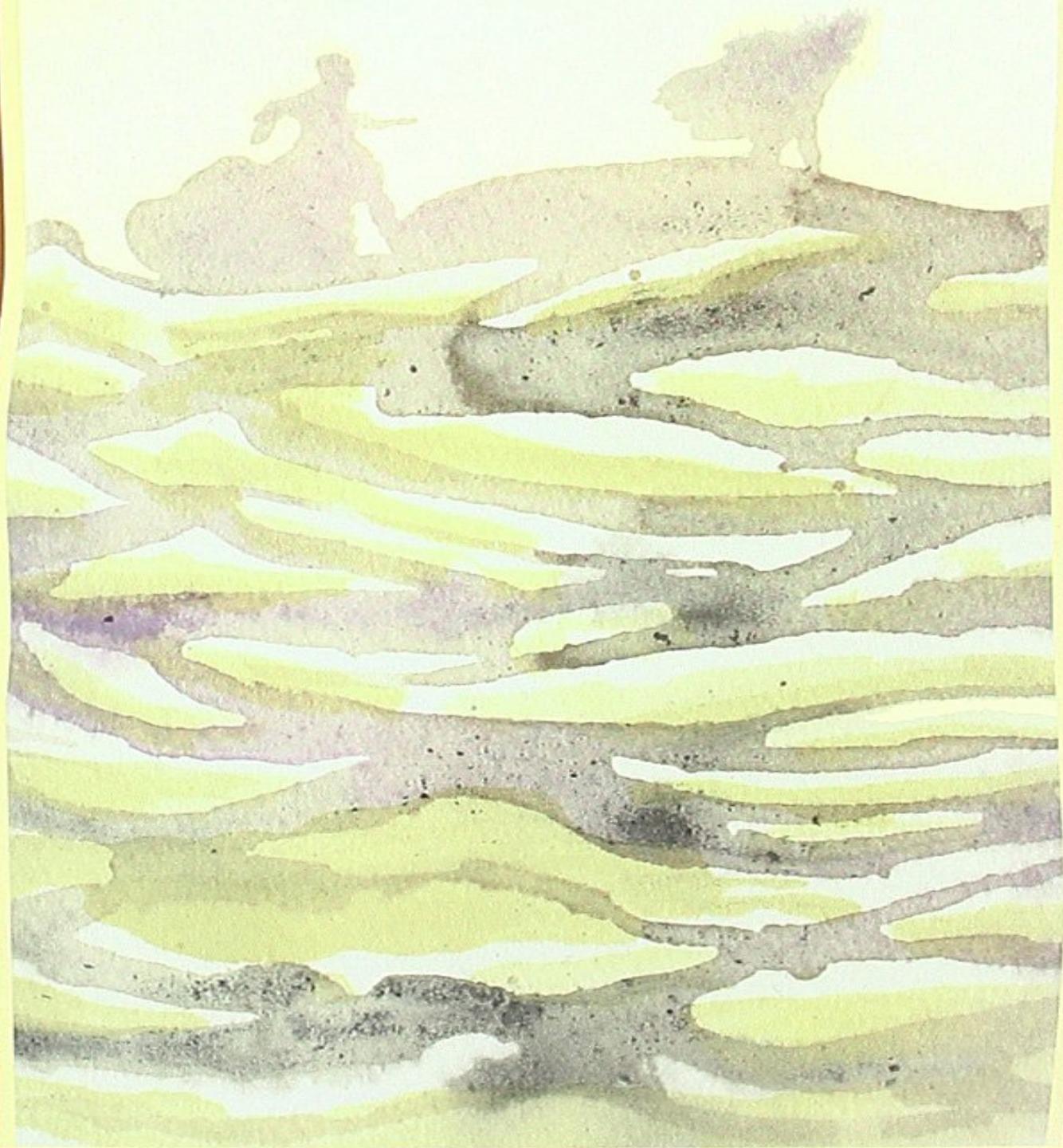


Cráter

Pilar Salamanca



CRATER

Coelum non animum mutant qui trans mare currunt

Horacio

Aquellos que recorren el mar cambian sus cielos pero no sus almas.

ÍNDICE

1 OLGA, 1997

2 CRONOLOGÍAS, 1883 - 1891

3 OTAR, 1998

OLGA, 1997

Al principio fue para mí la curiosidad. Y luego Abdo Rimbo: el hambriento sin conciencia, el poeta, el monolito tronchado por un rayo que, según decían, había huido para ocultar los fragmentos y procurarse un nuevo nombre como tratante de esclavos y hombre de negocios. Oculto bajo la apariencia de un joven alto, de rostro enjuto y cabellos descoloridos por el sol, Rimbo desembarca en Steamer Point, el puerto árabe de Adén, un día de Agosto de 1880 y allí, desaparece. El poeta ha muerto ¡Viva el poeta! O al menos eso es lo que yo creía hasta hace apenas un año, y aún después, ya que, a pesar de todo lo que he ido averiguando sobre él, seguía sin quitarme de la cabeza esa su imagen raída de ademanes bruscos que arrastra un baúl desvencijado por el malecón de hierro fundido, camino del muelle, mientras tiembla de fiebre. Había aprendido de memoria algunos de sus versos “... *carros de plata y de cobre / Las proas de acero y de plata / Baten la espuma* “ y anécdotas sobre él que había oído y que si las repaso mentalmente, si pienso que lo llamaban maldito y lo conocían como genio infame, famoso por su admiración a criminales, borrachos y otras gentes de mal vivir, en guerra con las normas civilizadas, si intento imaginar que escribía, escribía a la luz de un candil en las noches sin fin entre Adén y Somalia o que era capaz de huir *lejos de cualquier parte* no para que no le encontrasen sino, en el fondo, por miedo a encontrarse, tengo que hacer un verdadero esfuerzo para aceptar que su vida en el Yemen no es pura leyenda.

Y sí, preferiría también no tener que acordarme de Juan, no tener que hablar de él precisamente ahora pero la verdad es que él fue el primero en despertar mi curiosidad al llamar mi atención sobre Asha, la mujer harari de Rimbo. Naturalmente, Juan sabía de su existencia porque había estudiado a fondo la vida del poeta, pero no pudo ser sólo por eso, era demasiado poco para justificar su interés en despertar el mío casi por vía de urgencia con sus divagaciones acerca de las cartas que debieron cruzarse, el diario que a buen seguro escribió o la hija que, dicen que dicen, tuvo con ella.

Recuerdo bien las últimas semanas que pasamos juntos. Yo quería escribir un artículo sobre las desconocidas mujeres de algunos escritores, uno de los muchos planes que se me ocurrían cuando bajaba del monte y que, por supuesto, nunca llegué a realizar. A él le pareció bien la idea y, para empezar, sugirió un nombre: Asha. Por disparatado que parezca, a veces pienso que fue esta mujer la que cambió mi vida aun a pesar de que nunca había oído hablar de ella. Los días que siguieron fueron un constante deambular entre la vida y la muerte de Rimbo buscando pistas, reuniendo datos. A medida que yo iba teniendo las ideas más claras, Juan se iba poniendo más nervioso. No viene al caso pero creo que quizá fueron los celos. Aún recuerdo su cara cuando le dije que tendría que viajar al Yemen y cuando dije, además, que tenía pensado hacerlo ya. A partir de entonces, no pasaba un día sin que intentara chantajearme. Se enredaba en explicaciones que nadie le había pedido, me amenazaba con no renovarme el contrato, con quitarme la beca de investigación. Hablaba de lo que me quería (nos acostábamos de vez en cuando) y de todo lo que había tenido que pasar para que su mujer no se enterase de lo nuestro.

Hablaba y hablaba.

Y cuanto más hablaba él, más segura estaba yo de lo que quería hacer. Todavía hoy sigue irritándome el lloriqueo con el que el propio Juan se quejaba de mi ingratitud, como si no estuviera seguro de no tener que acabar dándome la razón cuando yo le decía que, en el fondo, yo no le importaba absolutamente nada, que lo único que le interesaba de verdad era su ego.

*

Toda la vida me he sentido al otro lado: fuera mirando hacia dentro o en el andén cuando el tren ha salido. ¡Mira mis huellas en el macadán roto! Toda la vida había creído que encontraría a un maestro que me enseñase. A estas alturas más me hubiera valido olvidarlo. Y eso, a pesar de las ganas que se necesitan para aprender árabe. Unas ganas enormes de enredar las cuerdas vocales alrededor de inverosímiles laberintos en la garganta: sílabas estranguladas, extraños suspiros, gimnasia inacabable de los músculos de la lengua y de la glotis. Me he tirado horas delante del espejo con una cerilla encendida entre mi boca y el azogue diciendo *hhha!* hasta que la cerilla se apaga (o no) y luego *ghghgha o ka'af*. Sin contar con la calidad líquida de las palabras (en árabe, diccionario se dice *qamus*, océano) a punto siempre de cambiar de estado, de hielo a humo y vuelta al estado líquido, en un proceso ininterrumpido que convierte este léxico en un universo acuoso y surrealista cuyos habitantes mudan con las horas sometidos a una metamorfosis inacabable.

*

Es noche cerrada cuando aterrizo en Sana'a. El avión de las Royal Air Jordanian pega unos cuantos saltos antes de tomar tierra a través de no sé que turbulencias y tinieblas. Llevamos veinte minutos dando vueltas por encima de la ciudad que, cual encina

plantada en arena hasta la copa, ha desarrollado a su alrededor toda una colección de chupones que salpican lo negro de manchas aún más oscuras que la propia oscuridad. Pero de repente ¡zas! estamos aquí, dentro del único resplandor posible en miles de leguas a la redonda. Debo decir que me alegro bastante al comprobar que, después de todo, el piloto ha conseguido aterrizar, introducirse en aquel mínimo rastro de luz que conduce a la terminal, sin mayores problemas. Y eso, a pesar de los saltos y del increíble desafío a la gravedad que, en mi opinión, suponen los vuelos, *todos* los vuelos, incluido el de los patos.

Lo curioso es que sea precisamente ahora cuando empiezo a sentir miedo.

Un día te levantas y piensas que porque eres alguien dispuesta a lo que sea por realizar un sueño, el sueño tiene la obligación de realizarse. Seguro, puntual, indemne. No sospechas que el sueño pueda tener sus propios planes o, quizá, una idea diferente de ese *lo que sea* que tú estas dispuesta a enfrentar. No imaginas cómo llegan a explotar las ilusiones y hacerse añicos los deseos, cómo incrusta el celo sus uñas en la garganta y la hiel, a borbotones, inunda la boca. Tú simplemente vas por ahí, tan tranquila, con tu sueño y tu bobada a cuestas hasta que llega, ¡claro que llega! el día que ese dichoso sueño se te acerca con toda naturalidad y se pone a caminar a tu lado.

Entonces vas, y en lugar de alegrarte, empiezas a lamentar que el viaje a Ítaca no haya sido mas largo.

O por lo mismo, el viaje a Sana´a.

Y todo porque me hubiera gustado entrar a caballo en la ciudad por Bab al-Yaman, la puerta antiguamente coronada por

pértigas adornadas en la punta con cabezas humanas.

O dormir en las dunas, al menos la primera noche, acunada por el aullido de los chacales. ¡Ah, sí!, yo confiaba en seguir soñando. En el sin número de sueños por llegar. En no despertar. No se me ocurrió pensar que el significado mismo de estos sueños, podría ser cuestionable.

*

Las costillas de los edificios al aire y los perros abandonados revolviendo en la basura. Recuerdo la muralla oscurecida y los montes de lava bajo la luna, el cauce seco del río que atraviesa la ciudad y que sirve de ronda a los taxis del aeropuerto y el calor polvoriento y muy seco de la noche. Recuerdo el celaje de aromas que envuelven a la Vieja Dama o el tornasol luminoso del alabastro de sus ventanas. Recuerdo los enormes baches, el destartado vehículo y a mí misma hundida en el asiento de atrás rogando a Dios que por favor, por favor el albergue no se encuentre demasiado lejos.

¡Todas aquellas sombras! Y aquel silencio.

Pero a la mañana siguiente las sombras han desaparecido y el silencio también. En su lugar, ocupa el espacio, todo el espacio, el estruendo de al-Sumur, mi barrio: bocinas de coches, moto-taxis, camiones, dos vendedores de huevos frente a frente desafiándose con sus respectivos megáfonos, bicicletas, los altavoces de un puesto de *cassettes* instalado a la puerta del albergue y los estallidos, crujidos y reventones de una especie de guisantes negros que estaban siendo cocinados en una parrilla al aire libre.

Desconcierto, inquietud y dudas son experiencias fugaces. Las vidas que poseen un objetivo disfrutan de una calma admirable. Al venir aquí intuía que no podía hacer nada mejor. Todo lo más, hubiera podido

perdonarme si alguien, pese a todo, hubiera sido capaz de demostrar lo equivocada que estaba. Mientras tanto, asomada a la ventana, sigo sin decidirme a salir. El estruendo llega a mi habitación desde cuatro pisos más abajo. Imposible pensar en nada. Pediré que suban mis cosas un par de pisos o mejor, cuatro pisos más arriba. A lo más alto. En este barrio las casas son muy altas y a pocos kilómetros de los montes negros que rodean la ciudad. Desde la terraza, podré ver sus crestas.

Dicen que, al oír que Moisés exigía ver el rostro de Dios, las antiguas montañas del Sinaí echaron a volar avergonzadas y no pararon hasta llegar al Yemen.

Dicen que Sem, levantó su casa en aquella cima y un poco mas allá, en Yabal Nuqum, dicen que el pájaro del diluvio se detuvo y dejó caer su señal. ¡Plam! Justo allí, en la ladera. Una hoja de olivo o lo que fuese.

Me encanta este panorama.

*

A la terraza, entre los pájaros y alguna que otra bolsa de plástico hinchada como una cometa, los ruidos de la calle parecen llegar desde otro mundo. Yo me siento la reina del *zahrāh* en mi hermoso belvedere

Reina, sí, pero ¿qué clase de reina? ¿reina mora? ¿reina de Saba? Porque no es lo mismo ¿verdad? Hace falta especificar. Cuando se escribe sobre el Oriente, los de Occidente no saben leer nada que tenga relación con mujeres sin pensar en muselinas de alguna clase

A lo que vamos.

Ahora, el polvo cela el monte Aybah y también la carretera que conduce hacia el mar. Desde el otro lado de las montañas hace su aparición el viento del Oeste y con él, la llamada a la oración. ¡Ven y póstrate! Desde Zabid a Zinjibar, de Hajjah a Habarut y aún más allá, en Socotora, la Isla de

la Sangre del Dragón que mece su herida en los confines del Cuerno de África.

Y es ahora precisamente cuando se me ocurre salir a comprar tabaco.

Noventa y siete escalones hacia abajo y luego otros seis hasta la entrada. Una vuelta al cerrojo y la enorme puerta que se abre dejando entrar en tropel la luz, el ruido y una miríada de briznas de alfalfa que una mujer envuelta en un *sitarah*, vende como forraje.

Estoy en la calle.

Ramos de caléndulas y perejil, rosas y ruda para los dolores de espalda. Tabaco de los alrededores de al-Mukalla, en el Mar de las Indias y sacos de avellanas de Hajjah, en las montañas del noroeste. Oigo extraños chirridos por encima de aquella algarabía. Una hilera de carretillas con naranjas, zapatos de plástico, montañas de cuchillas de afeitar, cuchillos y también mecheros, linternas, navajas. Algunas con juguetes de hojalata y monos mecánicos tocando el tambor.

Una muchedumbre confusa de hombres y cosas y yo que me veo allí en medio, perdida en aquel maremagnum, total, absolutamente feliz.

*

Mirando con todo el cuerpo, a un lado y a otro, al ras de mi cabeza y hacia lo alto, con la piel, los ojos, las manos, las aletas de la nariz.

Preciosas. Por dentro y por fuera las casas de Sana 'a como en los cuentos de las Mil y Una Noches, perfectas e increíbles. Increíblemente perfectas. Poseen, en gran medida todos los dones deseables en las casas de los sueños. Tienen gracia e imaginación. Tienen altura pero no arrogancia. Tienen formas hermosas y luz propia. Los bloques de los dos primeros pisos suelen ser de piedra, tan bien cortada, que las juntas no necesitan cemento pero como cada piedra procede de una cantera diferente, no es raro

que presenten tonalidades también diferentes: del rosa palo al rojo cochinilla y del chocolate al verde loro.

Las ventanas inferiores son escasas y muy estrechas pero en los pisos tercero y cuarto van abriéndose y haciéndose más numerosas para después, a medida que ascienden por las paredes de barro, ampliarse todavía más entre hornacinas y escaleras. Cuando llegan a la penúltima planta arrancan ya desde el mismo suelo y se vuelven redondas como ojos de buey. En el suelo, justo debajo de cada una de ellas, hay una pequeña apertura que sirve como ventanuco de ventilación y también como tronera para izar las cuerdas en las que los vecinos hacen descender sus cestos hasta la calle.

Cuando estoy en la habitación, me entretengo en seguir los juegos de la luz que entra por mi ventana en lugar de contemplar la ciudad iluminada por el sol: círculos imperfectos protegidos por lajas de alabastro de color sepia que transforman la terrible impiedad del sol arábigo en una dulce nata, perfiles de las galerías de doble arco cubiertas por cristales en forma de estrella, alegres brillos contra las paredes de yeso blancas o las sombras, suavemente somnolientas, sobre las alfombras extendidas en el suelo.

*

¿Algún otro motivo para venir? Ah, sí, lo olvidaba. Recuerdo que intentaba seguir el rastro de un iluminado que, durante largo tiempo creyó ver el rostro de dios reflejado en un espejo.

Sólo el rostro, claro.

Echando llamas por los ojos.

Y descubrir un día que, en realidad, aquel rostro diabólico era el suyo y caerse hacia atrás del susto al comprender que, además, él ni siquiera era dios. A continuación escribe *Une Saison en Enfer* para celebrar la angustia de este descubrimiento y sus sinceros propósitos de cambiar de vida.

Luego va y cambia.

En el entretanto su fe se tambalea. Se tambalea de tal manera que termina por desplomarse arrastrando consigo su inocencia. Deja de creer en la magia y en la poesía. Cosas como eternidad, piel, ángeles o belleza se desbaratan para siempre y su mundo queda reducido a escombros.

Entre sus pies.

No más certezas espirituales. Fuera prodigios. El poeta es un tipo que tiene que empezar a buscarse la vida. No se le ocurre en ningún momento que vidas como la suya sean algo imposible de buscar, inesperadas, o sencillamente únicas. Ajetreado con la tarea del vivir, viajando, escribiendo cartas, no percibe su desesperación. Cuando los rituales que protegían su inocencia, desaparecen, contempla el abismo y empieza a gemir de angustia y desesperanza.

Pero para entonces, ha llegado a Adén.

*

Una vez se me ocurrió que podía dedicarme a escribir. Tenía ideas. Una pila de ellas. Pero tenía que demostrar que las tenía. Ahora ya no consigo explicarme por qué creí que algo así sería posible, lo que sí recuerdo es que la gente a mi alrededor hablaba de pájaros. Y no se referían a los estorninos. No, desde luego. Para la gente razonable, los que no lo somos, significamos poca cosa. En cambio, la gente razonable lo es en grado sumo y no se cansa de dar consejos. Gente de esa hay en todas partes: en la cola del autobús, el paritorio, en la Universidad o donando sangre. Por su imaginación no cruza la idea de que, a algunos, esa vida razonable les parezca un espanto. Enarcan las cejas ¿Escribir? No es extraño que piensen que alguien como yo tiene la cabeza a pájaros. Qué le vamos a hacer. Lo importante es recordar que, si bien puede haber muchos razonables, siempre quedará alguno de los otros.

Imagina un mundo en fila, un millón de cabezas a la misma altura, una multitud infinita en línea recta. Imagina a cada brizna de hierba en su sitio.

No imagines.

Poco antes de venir aquí, yo había llegado al límite. No es que mis compañeros de trabajo fuesen peor que otros ni que mi amante-maestro me agobiase demasiado. Es sólo que estaba cansada de hacer las mismas cosas una y otra vez esperando un resultado diferente. Ahora será distinto, me dije, continuaré con mis planes. Como un buen relato, mi vida seguirá avanzando por su propio impulso narrativo. Imagino que si miro bien y con la atención y el tiempo necesarios, descubriré algo de lo que andaba buscando. Por ejemplo, cómo llegar a ser una mujer que sepa tomar la medida de lo que hace (aprendes eso o terminas colándote por el desagüe). O cómo enfrentarse impertérrita a esos nostálgicos desvaríos en los que me pierdo apenas oigo nombrar a Rimbo y antes de saber siquiera qué es lo que están diciendo.

*

No cabe duda, fue en el Lagar de Somiedo, donde Juan me habló por primera vez de los diarios. Le escuche con la sensación de que ni siquiera él mismo creía en lo que estaba diciendo. Recuerdo que todavía no se había quitado las botas de montaña ni el enorme jersey jaspeado de cuello alto y que el pelo, húmedo de sudor, lo tenía pegado al cráneo. Se había sentado en un taburete de la barra con las piernas abiertas y a cada sorbo de whisky dejaba de hablar mientras yo intentaba en vano que me contara los detalles de su llegada a Adén, de la compra (o lo que fuese) de Asha o de los famosos diarios. Me dijo que uno de los que habían sido sus socios contaba que Rimbo se había pasado años anotando casi a

diario, con fecha y hora, sus observaciones sobre las tierras y las gentes del Yemen, la calidad de las pieles, el flujo y reflujo de las mareas, los precios de las armas . Que había intentado cientos de veces describir su estado de animo o el color de la piel de Asha, su lento caminar, y que eso, y no otra cosa, eran los diarios de los que hablaba Saviouré.

Ésa misma tarde le pregunté si sabía a dónde habían ido a parar esos papeles y aún recuerdo sus carcajadas. ¿Crees en serio que si de verdad lo supiera me arriesgaría a decírtelo?

Su voz parecía un chirrido.

No sé qué esperaba que yo contestase, pero es probable que ni siquiera se diera cuenta de que, justo entonces, lo único que yo deseaba era oírle hablar.

Pero es que ¿ni una línea, ni el menor indicio?

Y cuando pregunté si no los habría, tal vez, guardado Asha, lo único que hizo fue encogerse de hombros.

No empieces con eso. Mucha gente se ha preguntado lo mismo. Por lo visto tu crees que Asha le conocía mejor que cualquiera de nosotros.

Esa tarde no dijo nada más, pero para entonces mi curiosidad se había desbocado y en vez de escribir un artículo sobre desconocidas mujeres de conocidos autores decidí desvelar esas sombras ilegibles y, de paso, retomar el hilo de mi vida. Dejar a mi amante o mi futuro trabajo como profesora en la Universidad, fue sólo la más radical, la más deseada de mis deserciones.

Deserciones de una mujer en tránsito, siempre de camino hacia lo extraño.

Así que ahora creo que debió de ser precisamente aquella tarde cuando Rimbo se coló dentro de mi cabeza y, no sé por qué, pero desde entonces, cada vez que intentaba imaginármelo, lo primero que veía era su derrotado aspecto al llegar a Adén: sudoroso, sucio, enfermo y cansado pero mortalmente decidido a seguir andando. Así fuera a cuatro patas.

Todavía hoy me sorprende lo sencillo que resultó todo. Al principio, mi imaginación llenó alegremente los huecos de su biografía. Luego, la certeza de que sus años en el Yemen debieron ser así, como yo los imaginaba, y no de otra manera, no hizo sino tambalearse. Por fin, cuando ya no pude estar segura de que aquello, su vida, hubiera sido como yo la soñaba, me contenté con pensar que, al menos hubiera podido serlo.

*

Durante los días siguientes me encerré en casa con sus libros. Volqué en Rimbo toda la curiosidad acumulada por mi desasosiego personal. Me zampé la miga de aquel currusco como una ratona con hambre atrasada. De esta manera Abdo Rimbo fue creciendo dentro de mi cabeza hasta convertirse en el paradigma de mi futuro. Y la mujer que le había amado. Y aquel cráter que le había servido de escondite. Y los hombres que le habían acompañado. Lo devoré todo.

Empecé a soñar con él.

Por la forma cómo yo hablaba de aquel extraño francés, Juan se dio cuenta de que había decidido seguirle. A la una menos diez de no sé qué noche le dije que lo mejor sería que se fuera.

Me miró extrañado, creía que le había invitado a pasar la noche. Salió dando un portazo. Entonces me acerqué a la ventana para ver mejor cómo

se alejaba la sombría espalda de aquel hombre asustado. Era tan de noche y andaba tan deprisa que más parecía una mancha que un hombre de verdad. Me pregunté entonces si la oscuridad de la noche no nos mancharía a todos hasta volvernos irreconocibles, sombras de nosotros mismos.

Pero sigamos:

Con la seguridad de un verdadero especialista Juan me había jurado que los diarios de Rimbo no existían. Decía que sólo se trataba de una leyenda. Sombras con forma de papeles escritos en la imaginación

Tantas las sombras. De todas clases.

Muchas con nuestra misma forma caminando presurosas en la noche de la imaginación.

Sombras de espaldas de hombres que sólo existen en la imaginación.

Sombras de almas de mujeres que acarician la espalda de hombres que sólo existen en la imaginación.

Cartas. Recuerdos. Poemas.

Durante todo el camino, hasta el Yemen.

Je ne parlerai pas, je ne penserai rien: Mais l'amour infini me montera dans l'âme, /Et j'irai loin, bien loin, comme un bohémien

Poesía, como una enorme casa de piedra tallada donde se desperdigan los espíritus de varias generaciones y se disuelven en polvo las gruesas sedas de sus silencios. Memoria de los muertos oculta en los cajones o entre los pliegues de las cortinas. Deseos que, cuando inacabados, crecen como hongos y se multiplican como murciélagos detrás de las contraventanas o en húmedos sótanos. La poesía comprende la realidad y los breves instantes de eternidad que impregnan los barrotes oxidados de los balcones. Y esa impalpable fuerza que exhalan los lugares donde habitan o habitaron gentes tocadas por la pasión .

Pero yo me había convencido que lo mejor estaba aún por llegar.

*

En el árabe del Yemen no existen palabras para designar la nieve. En serio. Se ven obligados a decir algo así como *ese algodón frío que cae lentamente del cielo*. Y es raro porque según Ibn al-Mujawir, el invierno suele ser tan frío que “los patos se hielan vivos en los estanques y cuando llegan los zorros, les arrancan las cabezas que sobresalen del hielo”. No sé, ahora no veo estanques. Ni zorros.

Sana'a es una ciudad laberíntica con jardines escondidos detrás del ocre de sus paredes de barro. Y luminosa. Puntillas de yeso decoran los dinteles de las puertas y los marcos de las ventanas zigzaguean en las fachadas, piso a piso, para volverse cada vez más complicadas a medida que desaparecen en las alturas.

Paso mi primera mañana errando por las calles, recorriendo atentamente el espacio ilimitado de la ciudad, cada suburbio, cada plazoleta. Me aventuro en solitario por aquellos bancales oscuros y dejo atrás diminutas callejas que, de trecho en trecho, albergan sombras de seres extraordinarios, llenos de significados dudosos e inquietantes dotados, al menos para mí, de una fascinación contagiosa. Y luego están los parpadeos de los ojos detrás de las celosías de estuco y las ventanas rematadas por molduras labradas con vidrieras de alabastro, y los alminares de las cincuenta mezquitas y la penumbra de sus arcos.

Del interior de esa penumbra nace un canto: una voz de mujer fuerte, continua, enfervorizada. Cuando la escucho, imagino que así de clara debía sonar la primera vez que alguien cantó en el mundo.

Y hay también cientos de niños solos que se mezclan con la multitud, que se acurrucan junto a los muros, que caminan con los que caminan y corren y se detienen a ratos, con la mirada prendida en objetos destinados a una eterna lejanía. Aún harapientos y sucios son bellísimos.

Los niños, digo.

Es después del mediodía cuando descubro Ghumdam, es decir, el recuerdo de Ghumdam y siento ¿sabes? tengo la sensación de no haber equivocado el camino; y eso que hoy el palacio es apenas un cerro cubierto de escombros. ¡Pero qué escombros! Se diría que en aquellos pedazos de barro alienta todavía el espíritu de Sha'ar Awtar, el rey sabeo que lo mandó construir hace casi veinte siglos. Su sombra, decían los poetas, “alcanzaba los labios de Wadi Dahr y el resplandor de sus luces llegaba a Mecca”. Por unos instantes, volví a verlo tal como fue: con su altura prodigiosa, los sillares de piedra jaspeada y un frente adornado por águilas y leones de bronce que, los días de viento, rugían enfurecidos.

Estuve un buen rato recordándome a mí misma que habían pasado dos mil años. Nada más fácil de olvidar. Allá en lo alto, un palco de nubes hacía las veces de aquel transparente belvedere de alabastro bajo el cual, Awtar desde su lecho, contemplaba el cielo y todas sus criaturas. Dice la leyenda que el alabastro era tan claro que podía, fácilmente, distinguir el vuelo de los milanos del de los cuervos.

*

A partir del mediodía, la ciudad empieza a parecerse a lo que se parecen las ciudades en verano: gatazos adormilados abrumados por el calor y el silencio. De hecho, desde las doce de la mañana hasta las cinco de la tarde produce una sensación extraña ver las calles tan solitarias, amontonadas en el polvo: Desperdicios y cascotes, harapos y sombras se confunden. Al verme pasar, dos o tres hombres se levantan del suelo y me siguen, como esperando algo. Me vuelvo y sonrío, insegura; ellos pasan de largo sin mirarme.

No sé que imaginaba.

Vuelvo a remontar el camino hacia la Gran Mezquita. Frente a un edificio cadavérico, un hammam con un pequeño pórtico ante la fachada, un surtidor de gasolina y un semáforo y después, más adelante, al volver una esquina, un óvalo de tierra diminuto rodeado de palmeras mortecinas bajo la inmisericorde luz del sol.

De momento no siento el cansancio, ni me molesta demasiado no tener nada que hacer, quiero decir, nada en particular. Al contrario, a miles de kilómetros de una rutina atosigante, empiezo a sentirme feliz.

*

Asistí un día a una conferencia del escritor Santos Draco sobre Abdo Rimbo y puedo asegurar que casi se me quitan las ganas de seguir estudiando. Aquel tipo no sólo pronunciaba el francés con el acento de un corso analfabeto sino que su estilo pomposo y engolado resultaba atroz.; uno de esos estilos rebosantes de perífrasis típicas de la oratoria de un anciano senador más bien sordo, a medio camino entre el tópico más rancio y la teoría más descabellada. Al parecer, esta circunstancia no menoscaba su capacidad para dirigir un famoso programa de crítica literaria, ya que es sabido que determinados lugares como la tele, gustan de tratar la mayoría de los temas, incluida la obra de los escritores, y a los escritores mismos, como si fueran productos de cosmética, de este modo, afirman, contribuyen a popularizarlos y facilitan su lectura.

Podrías pensar que soy una exagerada, pero no es fácil aguantar la irritación que puede ocasionar un payaso así. Una irritación dirigida no sólo contra el escritor en cuestión sino, y sobre todo, contra mí misma. ¿Pero qué demonios hacía yo allí, perdiendo el tiempo?

¡Hasta la médula! me tenían!.

Algunas noches abría la ventana de mi habitación y, sin darme cuenta, me quedaba allí, alelada y a oscuras, mirando a través del patio de luces, las

ventanas iluminadas de la casa de enfrente hasta que el frío me hacía temblar y me obligaba a acurrucarme en la cama como quien se acurruca en la popa de una barca agujereada.

Solía soñar con las dunas. No llevaba cantimplora y nunca vi pasar las caravanas. No deseaba turbar aquel paisaje. Sencillamente me quedaba con los pies hundidos en la arena y los ojos entrecerrados mientras me venían a la cabeza sus versos:

Zut alors si le soleil quitte ces bords! / Fuis, clair déluge! Voice l'ombre des routes. (¡Al diablo el sol que abandona estas riberas! / Huye, claro diluvio! Aquí llega la sombra de los caminos.).

Al despertar, tenía que hacer un esfuerzo para recordar que aquellos versos no eran míos, que Rimbo los había soñado antes que yo.

Era como arrancarme una costra y dejar la cicatriz al aire, permanentemente abierta.

Y es que el desierto, además de símbolo ancestral y ambivalente de lo esencial, es también, o eso dicen, depósito de todos los mundos perdidos. Antes, yo creía que eso de los mundos perdidos era una metáfora. Encontraba extraña la simetría entre sensibilidad y la incapacidad para aceptar un tipo de vida que, en el fondo, me producía escándalo pero fue así como la existencia de un mundo diferente, estuviera o no perdido, se me fue haciendo imprescindible.

Pero esta quimera sólo adquirió algo de sentido cuando recordé una fotografía de Rimbo tomada en la azotea de su casa en Harar. Con pantalones y camiseta blancos y un blazer oscuro de paño, recordaba al capitán de un barco. A sus espaldas, un océano de caminos de tierra, el espacio borroso de lo absolutamente desaparecido. El poeta cometa, el polizón.

En la ciudad roja el polvo suavizaba todas las cosas. También el dolor. Allí conoció a un encantador de serpientes de cascabel. Las guardaba en un cesto y las alimentaba con ratas y conejos. Para tragar las presas grandes, las serpientes desencajaban sus mandíbulas y hacían pasar a sus víctimas por la garganta, con un movimiento de oscilación.

El poeta las miraba hipnotizado.

*

Ayer a medianoche ha explotado una bomba en Bab al Yaman. Han muerto cuatro personas.

Imagínate el bullicio (Bab el Yaman es la única parte de la ciudad vieja que conserva la animación hasta la noche).

O mejor no, no imagines nada, lo describiré para ti:

Las parrillas de *kebab*, los puestos de especias, los hornos de pan y la fruta fresca, los vendedores de ropa usada, los ancianos adormilados en las terrazas de los cafés. También podemos volver la vista atrás y contemplar cómo la medina se va durmiendo, la luz de las vidrieras difuminándose, color a color, antes de desaparecer del todo. Luego, si la luna acompaña, siempre podrás sortear las sombras ocres y pálidas del enorme dédalo. Imagina ahora una explosión, los gritos, la multitud de personas, animales, bicicletas....se podría enumerar todo un catálogo de seres diferentes que resultan ser siempre los mismos ¡Fíjate en ellos! Con las manos extendidas y cubiertas de sangre miran incrédulos el resto de su cuerpo y se tapan los ojos con el brazo doblado o buscan entre los cascotes uno de sus zapatos misteriosamente desaparecidos. Algunos gritan. Otros se retuercen en el suelo. Algunos mueren.

¿Cuánto dura esto?

Sabes que si se prolonga lo bastante dejarás de registrar el dolor como una punzada en tu propia carne para empezar a contemplarlo como

espectáculo. ¿Lo sabes, verdad? Y ahora pregúntate por qué. Tú sabes que lo sabes. Pero si no te lo preguntas, tu silencio se convertirá en ignorancia.

Y te cubrirá de escarcha..

El dolor que he conjurado para ti salpica todavía hoy las calles de la ciudad. Pero la vida discurre con normalidad. No hay crespones negros ni banderas a media asta. He paseado por calles y jardines y no he visto señales de luto.

El dolor ¿dónde se esconde?

¿No quieres saber si me lo he inventado? No, ya veo, no tienes ninguna duda. Existe pero es apenas un símbolo, un símbolo de algo que no forma parte de ti. Puedes olvidar, puedes si quieres, recordar. Pero has decidido, simplemente, pasar.

*

Llamo a la Delegación y me dicen que Otar Rhagib está de viaje y tardará algunos días en volver. Que me avisarán por teléfono, dicen. Doy las gracias no sin antes apretar las mandíbulas y repetirme, como un mantra, el consejo de un buen amigo: Tú tranquila, no te precipites, tú no te pongas nerviosa. Habla y actúa sin brusquedad, suavísimamente. Es posible que de esta forma, antes o después consigas algo. Quizá esté equivocada – insisto – pero ¿no podría acercarme por allí? Ruego que me dejen esperar en su oficina por si *monssieur* Rhagib aparece antes de lo previsto. Además, añado en el colmo del servilismo, no tengo nada que hacer. Una pausa. Alguien al otro lado del hilo, ronca suavemente. Prosigo en el mismo tono. ¿Qué son 3000 o 4000 kilómetros para una cita de trabajo tan importante? Comprendo que sería, quizá, pedir demasiado a unos funcionarios tan atareados como ustedes y, ahora (pianísimo) ¿No es cierto?.

Cuando, en efecto, telefonean una semana después, pienso que me están tomando el pelo.

*

Cierro con cuidado la puerta de mi habitación y bajo, uno a uno, los escalones hasta la puerta de la calle. No me fijo en la temperatura. Apenas me sumerjo en la luz, dejo de sentir calor. Como si me inyectaran anfetamina: Mis piernas son dos muelles elásticos y las rodillas, estupendos amortiguadores que alegran mi paso. En Bir al`Azab me detengo un instante antes de golpear el portón. Quizá tarareo algo, entre dientes, quizá hablo sola y ensayo lo que tengo que decir. Un hombre anciano con un turbante blanco inmaculado me mira de soslayo y su boca se tuerce en una mueca. Lo observo mejor: seco y ligero como una cigüeña desplumada, sus movimientos son los de un chico o mejor, los de una chica. Levemente histéricos, como de adolescente. Enseguida comprendo que su mueca quiere ser una sonrisa cómplice. También comprendo que está aguardando a que abran el portón y lo dejen entrar. A mí no me dejan pasar, dice, así que voy a intentar colarme detrás de ti. No te importa ¿verdad? Es que aquí no hay forma de conseguir el visado sin una carta de recomendación. Cosas que pasan. Tú también esperas algo ¿verdad?

Son las doce menos cinco. Me han dado cita para mediodía (tengo pánico a llegar tarde). Llevo puesto unos pantalones y una casaca de hilo blancos. Llevo también un chal ligero de color naranja por si tengo que cubrirme la cabeza. No estoy segura. De hecho, he perdido media mañana delante del espejo antes de decidirme por el modelo más adecuado y ahora... en fin, no estoy segura.

*

El Palacio de Bir al `Azab fue construido por los turcos. Sus jardines, ocultos a la mirada de los curiosos por enormes muros de barro, son esmeralda y ámbar y cornalina y huelen a jazmín y a naranjas. Hay cipreses negros y palmeras y regueros de agua como en la Alhambra. Hay un

silencio que reluce sobre corimbos rosas y láminas de plata sobre los cinamomos y los alelíes. Hay racimos de glicinias azuladas y heliotropos de olor agradable y suave, arcos enguirnaldados y candelas de azucenas. Al pasar, descubro mi reflejo en un estanque. Abro mucho los ojos, pero sigo viendo apenas un reflejo y me quedo con los ojos vacíos, parpadeando entre las pestañas. Luego, cuando recuerde y quiera saber lo que ha ocurrido, le echaré la culpa al sol. Pero no. Bien sé yo que no la tiene. No es el sol, soy yo, incapaz de concentrarme en tantos detalles al mismo tiempo. Detalles que ensamblados, sin fisuras, hacen de este lugar, algo único, un misterio sin precedentes, enteramente singular. En eso, pienso, consiste la belleza y cuando tratas de aprehenderla, se escabulle. Pero la siento entre los huesos. Ahora mismo y después, por la noche, estos mismos huesos me despertarán dando gritos, no porque duelan sino porque se encogen de nostalgia, se pulverizan, se diluyen.

Siento en mis huesos el dolor de tanta belleza.

De alguna manera tendré que ayudarles a sobrellevarla.

*

Me dicen que espere en el *diwan*. La habitación, en realidad una sala de espera, se abre, en tres de sus lados, sobre el jardín. Está decorada con enormes macetas llenas de flores y un pequeño surtidor de agua en el centro. El hombre que me ha acompañado hasta allí parece, por unos segundos, estar aguardando mis comentarios. Pero no abro la boca: intento con todas mis fuerzas concentrarme en lo que estoy sintiendo.

Instantes como estos (¡cuantos no habré vivido adrede para poder recordarlos!) son los que andaba buscando. Siento que me crujen los nudillos. Está claro, mis huesos no pueden con tanta sobrecarga.

Tendré que hacer algo.

*

Algunos hombres parecen estar desnudos aun cuando vayan vestidos como un maniquí. El cuello flexible como un resorte. La espalda inmensa. Las manos, en fin, ¡Admitámoslo, resultan excitantes! ¿Por qué, si no, se vacían de aliento nuestros pulmones cuando estos seres se materializan ante nosotros? Esa apariencia de fuerza casi divina y la promesa implícita de hazañas sobrehumanas para exclusiva admiración de nosotras, pobres mujeres muertas de hambre. Así es como se genera la lava que fluye por mi cerebro. Así y nada mas que así. Sobre todo cuando mira. Conozco a muy pocos hombres con una mirada parecida. Resulta de lo más extraña. Es una clase de mirada que va desapareciendo. Ciertos modales. Y sin embargo ¿qué iba yo a pensar acerca de alguien a quién no conocía en absoluto? Es posible que este cuello de ballesta no revele nada. ¿Y qué está haciendo allí, al fondo del jardín, con esa especie de paraguas? ¿Y qué son esas voces y carreras de criados a su alrededor? Adoro las cosas extraordinarias. Frente a ellas, te encuentras sola y a la vez, te sientes observada por un ojo mágico que espera tu reacción. Si te comportas como es debido, el ojo mágico volverá a darte una sorpresa el día menos pensado. Si no, tu vida se irá disolviendo de puro aburrimiento hasta desaparecer gorgoteando por una alcantarilla.

Bienvenida, soy Otar

Cuerpos que no se conocen. Cuerpos que se colocan uno frente al otro, limitando con el instante una primera vez . ¿Qué quieren decir los nombres? Es imposible averiguar qué clase de persona tienes frente a ti sólo por su nombre. Y sin embargo, nada más oírle, me doy cuenta que suena bien. Es un hombre tranquilo. Movimientos, gestos, miradas, todo lo que hasta hace un momento me resultaba extraño es justamente lo que más confianza me da ahora. Las vibraciones a ambos lados de nuestros límites,

excitación por mi parte, curiosidad por la suya, nos mantienen sin embargo a la defensiva.

Yo soy Olga, buenos días.

*

De padre francés y madre yemenita, Otar Raghíb pertenece por sus formas al universo diplomático de principios de siglo. Corte otomana pre-1914. Criados que esperan sus órdenes y hombres uniformados delante de todas las puertas que saludan en posición de firmes cada vez que él atraviesa alguna. Sus gestos incluyen leves inclinaciones de cabeza en forma de reverencia y palabras árabes en un tono más condescendiente del estrictamente necesario. Anda lentamente, con dignidad y decoro y después de presentarse: Bienvenida, soy Otar, me conduce a un salón interior donde, durante un buen rato, no hacemos otra cosa que disfrutar de la música del agua y del sabor y el aroma de unas diminutas tazas de café. A continuación, damos gracias a *Alah* por todas sus bondades y pasamos a comentar las bellezas de Sana`a.

No tengo ni idea de a dónde vamos a ir a parar. Pero, sin saber cómo, eso es precisamente lo único que importa. Lo que me importa a mí, porque lo que le importa a él sería difícil expresarlo con palabras. O quizás sí, con palabras, pero desde luego no ahora.

Empieza quejándose de su soledad, de vivir poco menos que recluso, sin amigos, rodeado de pueblerinos sin conversación, embrutecidos, sonrío, por la manía de mascar *qat*. Luego enarca las cejas y mira para saber si comprendo lo que está diciendo.

Y sí, claro que comprendo. Conozco esa hierba por los libros y porque, durante estos últimos días, la he visto vender y comprar en fardos grandes y pequeños amontonados en los puestos del mercado. Al parecer, se considera

un tanto atrevido que ciertas extranjeras sepan de esas cosas pero a mí me hace gracia, me hace casi tanta gracia como no saberlas.

La *Catha edulis*, sigue diciendo, esta vez dándome la espalda bajo la luz casi vertical de la baranda, es una simple dicotiledona con aspecto de forraje y aunque nadie lo diría, los yemenitas somos capaces de distinguir docenas de variedades según su procedencia. Antes de comprarla, necesitamos identificar ¿cómo lo diría yo? su pedigree. A qué región y dentro de cada región, a qué distrito, y dentro de cada distrito, a qué campo, qué árbol, a qué parte del árbol pertenece las hojas de un ramo en particular.

Nuestras reuniones más importantes se celebran en torno a las *mascadas*. Con el *qat*, hacemos negocios o discutimos de religión y política. Lo utilizamos de estimulante y para aumentar la concentración pero también, como un elemento más del menú en las bodas y en otras ceremonias. Por cierto, ¿sabes cómo se llaman las *mascadas* funerarias?

y yo,

No ¿cómo podría?

Y él,

Mujabarah que quiere decir “escena de huesos”. Esto es lo que quiere decir.

Menciono la cuestión de la legalidad. Comprensiblemente, él se pone del lado de la tradición y rebate con aplomo la posibilidad de que el *qat* sea una droga. Me pregunto si existe otra forma de decirlo. Me pregunto si la dichosa cuestión importa a alguien, aparte de mí que he cometido la indiscreción de preguntarlo.

¿Droga? El *qat* no altera tu percepción, por el contrario, la intensifica y te obliga, sin dejar de ser humano, a echar raíces de árbol de tobillos para arriba. De niño, estaba convencido de que cosas así eran posible y ¿por qué no? a veces todavía lo parecen. Es decir, hasta cierto punto.

*

Los belvederes no siempre están en el tejado. Los hay como éste, en Bir al `Azab, contruidos al ras del suelo, con fuentes y surtidores, rodeados de jardines. En árabe los llamamos *mafraj*, *mirador* y tenemos un proverbio “si un corazón está en paz, hasta las posaderas de un burro, pueden servir de *mafraj*”.

Como si la aparente incapacidad de tomarse a broma hubiera dejado paso a su contraria y una ironía un poco cruel se hubiera precipitado sobre su estudiada reserva.

De momento, hemos sustituido los rugientes leones de bronce del palacio de Ghumdan por tanques de agua en forma de misiles Scud sin mencionar, claro, las antenas que, como ves, se construyen al estilo de los platillos volantes.

Sonríe con sus labios de máscara y dentro de sus labios los dientes dibujan, creo, una burla no intencionada, como un truco de algún tipo que consiste, eso lo descubriré mas tarde, en que no tiene ningún truco.

Ya sabes, en el fondo envidiamos la técnica; nuestras vistas desde la azotea no tienen nada que hacer frente a la CNN .

Y de la técnica pasa, no sé cómo, a Asha y a los papeles de Abdo Rimbo.

No va a ser fácil.

La luz golpea el vidrio del *narguile* y hace que sus manos adquieran un brillo de ágata vetuada, como un camafeo. De pronto me doy cuenta que en todo caso, no será él quién me ayude a encontrarlos

Y yo,

Ya entiendo.

y él,

Pero no me entiendas mal. No hay muchos sitios en donde buscar. Lo siento mucho, dijo, pero es probable que los que vinieron antes que tú se hayan llevado lo poco que había.

Pienso que quizá, más tarde, seré capaz de recordar esas palabras, que encontraré la forma de demostrar lo equivocado que está y me digo que sólo necesito un poco de tiempo. Tengo que repetírmelo unas cuantas veces para no ponerme a gritar. Después contesto que lo de menos es si este trabajo resulta fácil o no. Le digo que cuando escribí esa carta a Mme. Doat, nuestra amiga común, para contarle mis planes, le había preguntado si sería posible localizar los antiguos archivos de la empresa Mazeran, Viannay, Bardey y Cia. O si, en caso contrario, la Embajada Francesa me permitiría investigar en la Casa de Abdo Rimbo, en Adén. Le advertí que se trataba de algo muy personal y que, desde luego, estaba segura de recibir enseguida alguna respuesta pero me sorprendió su rapidez. ¿Te interesa el Yemen?, me preguntaba Mme. Doat en su carta, porque conozco a alguien muy interesante en Sana`a que podría echarle una mano.

No llegué a saber de qué conocía a usted o en qué, según ella, consistiría esa ayuda pero recuerdo que sentí una fiera alegría en la boca del estómago al leer dos de aquellas palabras: “Yemen” y “Sana`a” ¿Algo más aparte de las increíbles perspectivas que este trabajo entraña? o, quizá, ¿la tímida fantasía en la que me vi convirtiéndome en su amiga?

*

Y él,

En realidad, ¿qué es lo que has venido a hacer aquí?

Conminatorio, como si yo estuviese de sobra.

Entonces yo, otra vez,

He venido a buscar un diario.

Lo que apenas es un tercio de la verdad ya que no le digo que, además, detestaba dar clase, sobre todo porque durante esas clases me veía a mí misma repitiendo paso a paso las mismas rutinas y los mismos tópicos contra los que tanto había protestado cuando era estudiante. Ocurría también que necesitaba seguir protestando. Agitándome. Con la juventud acabada, soy consciente de que el tiempo me huye a la carrera: un día, me dije, te levantarás y ella, la vida, también se habrá ido

y luego, siguiéndole el juego

Creí que me lo debían. No me pregunte por qué, pero me lo debían. Me refiero a esta oportunidad. O quizá, en el fondo, esta búsqueda de los diarios sea sólo una coartada cuyo significado intuyo pero no alcanzo todavía a entender y que empieza a revelarse como un gesto, una decisión regida por la urgencia de encontrar algunas respuestas que no me suenen a lo de siempre.

Comprendo, pero ¿por qué al Yemen, por qué precisamente aquí?

Esa fue la siguiente pregunta y, naturalmente, me encontró preparada.

Por Asha, la mujer que Abdo Rimbo conoció en Harar. Si no me equivoco, vivieron juntos mas de un año. En Harar, pero también en Adén.

Enarca las cejas y yo continuo,

Aunque escribía frecuentemente a su madre Rimbo se sentía solo y lamentaba no estar casado y tener su propia familia.

¿Y?

Sus cartas y otros testimonios sugieren que, por esa época, también escribía un diario.

¡Ah! Ya entiendo.

*

Como si eso fuera tan fácil.

Recordar cuando llegó a Adén tras “seis semanas de viaje por los desiertos” de África. Por una sabana rodeada de pedregales. Y los colores, pardos y verdes salpicados por el sol, las sombras descoloridas en las paredes de barro revestidas de ramos de palmeras. Volver a ver ese mundo de tierra seca que su mirada iba convirtiendo en caminos. El rostro quemado por el sol, los ojos claros y brillantes de fiebre.

Como un tronco ahuecado a punto de encallar en la ribera.

Como una canoa abriéndose paso entre los *dhow*s del embarcadero.

Se le ve, quizá, un poco demasiado blanco entre toda aquella gente. Pero él ni siquiera se da cuenta. Entre barracones con techos de hojalata, fardos, porches, escalones llenos de grietas se dirigirá al Gran Hotel.

Y, a partir de aquí, la imaginación aunque todavía nos lleguen fragmentos de anécdotas sobre aquellos días. Cuando al anochecer, frente al mar, se sentaba junto a los otros hombres y mascaba *qat* mientras echaba al té hojas de hierbabuena. O cuando en las afueras de Adén, un rápido anochecer, llamó a la puerta de una granja defendida por muros de barro rojo y grandes perros, que estuvieron a punto de comérselo vivo. Y luego venía la historia del barrio de los burdeles hacia donde se sentía atraído por las mujeres y la pacotilla brillante de mil fulgores, cuando el viento que venía del mar hacia vibrar la puerta de las casas y ellas, a veces rojas, a veces blancas, se dejaban poseer como animales.

*

Y entonces él,

Iniciar una investigación es como adentrarse en el océano. Desorientados nos agarramos con las dos manos a la cofa del palo mayor persiguiendo con la mirada las escasas señales de tierra que, más que ver, presentimos; leemos los signos que trazan lejanos págalos, pero no estamos seguros de saber en dónde nos encontramos. Nos rodean los naufragios por

todas partes ahí donde no cesan las mareas. A lo lejos, la sombra de una nube o quizás, el humo de una hoguera. Nos inclinamos sobre la borda, es cierto, parecen acantilados. Y mientras la nave va, el golpeteo de las olas contra el casco nos recuerda que seguimos navegando. De pronto, el llanto de una sirena atrae nuestra atención. ¿Dónde está la sirena?

Pero la sirena ha desaparecido.

y yo,

¿Parábolas a esta alturas?

y él,

Naturalmente.

*

Esta mañana Otar llamó para decir que tendríamos que esperar unos días antes de ir al sur de manera que aprovecho el tiempo buscando pistas en la biblioteca de la embajada y en los Archivos de la Universidad. Acabo rendida y además, no sé por qué, tengo la impresión de que el objetivo se aleja de mí. Estoy empezando a aceptar que mi destino es, simplemente correr tras él. O, en todo caso, alcanzarle y, si lo alcanzo, comprobar quizá que ese destino tampoco es lo que yo andaba buscando

Las noches son para las pesadillas. Durante el tiempo que llevo aquí, he tenido dos: la primera va de que, no sé cómo, se me rompe una costilla. Duele, pero lo terrible no es el dolor en sí, sino la transformación de la dichosa costilla en una punta de lanza que bucea ágilmente en mi interior mientras se abre paso hacia los pulmones desgarrándolos o, más bien desordenándolos y yo veo lo que ocurre desde el submarino de mi propia cabeza, como a través de un periscopio. La segunda es lo de siempre: sueño que pierdo el tren. El último. El definitivo. No es que me importe a dónde va (ni siquiera lo sé), lo espantoso es darme cuenta de que, vaya a donde vaya, lo he perdido para siempre.

Luego, por la ventana, llegan las mariposas nocturnas. Los dibujos de sus alas son signos de un lenguaje desconocido. Llegan del desierto, de las tierras de Tayma y Ma`arib y resulta difícil adivinar si están cortejándose o desafiando la muerte alrededor de las lámparas. Con sólo extender una mano hubiera podido arrancarles esa alas parduscas y negras pero, como me dan tanto asco, no las toco y ellas siguen revoloteando, golpeándose contra los pequeños cristales de colores que decoran las filigranas de yeso de las ventanas. Matarlas no las mato pero acaban muriendo de todas formas y, cuando me levanto, el suelo está salpicado de cadáveres. Me toca soplar un buen rato hasta que consigo amontonarlos en un rincón antes de poder deshacerme de ellos con ayuda de una escoba.

Animales estúpidos. Y estúpida yo por dejarlos entrar. Según van pasando las noches, me cuesta mas trabajo determinar quién lo es más.

Y esa misma incertidumbre me ronda durante el día.

*

Aquí, en el Yemen la vida adquiere un tinte irreal: no es fácil distinguir si se vive o se sueña. Por la mañana cada despertar es despertar a un largo suspiro retenido durante años en el fondo de los pulmones. O eso parece. Siento una necesidad de limpieza que nada tiene que ver con el jabón sino más bien con el derecho natural a sentir de verdad mi propia piel. Sin interferencias. Y así, empiezo a olvidar la penosa vergüenza de no querer aceptar ser quien soy ¿Cómo? Observando:

Seres que se levantan resignados al amanecer y resignados empiezan a ocuparse de algo; cuerpos que giran lentamente en una suerte de vacío a lo largo del día entero, un poco como los cangilones de una noria. Es triste pensar que ese eterno girar será el único resultado de tanto esfuerzo. A veces ocurre también que alguien escapa y te lo encuentras sentado bajo un árbol, absorto, como olvidado en los lindes. De pronto, parece, por fin,

entender algo y en sus ojos de hielo negro, se hace la paz. Una especie de resignación. Imagino que habrá descubierto que no le queda otro remedio que conformarse con ser lo que es. Levanta la vista: no debes esperar nada, parece decirme, ningún premio por resistir con un puñado de arroz al día. Sólo aguantar. Ese es el secreto.

En mitad de mi calle hay un árbol, un olivo viejísimo y rodeando el árbol, una empalizada de hojas de palma pintadas de colores. Cuando salgo a la calle veo, al pasar frente a la empalizada, a un hombre descalzo y a un viejo detrás de él inclinado hacia el suelo. Intento averiguar qué es lo que hacen y descubro un *sabil*, el cántaro de agua que los que tienen algo ponen a disposición de los que no tienen nada para que puedan beber y refrescarse.

Entonces, aguardo mi turno y bebo.

*

Dicen los libros que en el talón de Ruba`al Hali, en algún lugar entre Sana`a y Hadramut, se esconde Iram de las Columnas, la misteriosa ciudad construida por la gente de Ad. Los Aditas, esa raza de gigantes, desaparecieron barridos por un huracán de fuego que cayó del cielo como castigo de sus pecados. *¿No visteis – dice el Corán – lo que el Señor nuestro Dios hizo al reino de Ad?*

Iram la Blanca, Iram de las Columnas aguarda dormida el beso de su arqueólogo. El único problema es que su arqueólogo no sabe dónde encontrarla. En el siglo VII un nómada tropezó con el dintel de una de sus puertas mientras perseguía por el desierto a una cría de camella. Cuando quiso volver, no supo encontrar el camino. Nosotros tampoco. Quizá el hombre mintió. Quizá fue un espejismo. En cualquier caso, Yemen está empedrado de ruinas que eran ya restos arqueológicos cuando se construyó el palacio de Ghumdan.

A finales del mes de septiembre de 1991, Otar y yo iniciamos nuestro viaje a Adén acompañados por Mujtar, el conductor del Toyota bizco que habrá de llevarnos por barrancos y desiertos a través de todo el país. Ese día nos levantamos a las cinco de la madrugada porque queremos llegar a Marib antes de la salida del sol. Me lavo la cara en una palangana; escucho el canto del almuecín; fumo un cigarro. Luego, arrastrando la mochila escaleras abajo, voy al encuentro de mi propia deriva. Otar espera desde hace rato.

Y empezamos el viaje.

O a lo mejor sólo empieza la distancia, el recorrido sin límites por los bordes de lo desconocido. No sé, pero eso es lo que voy pensando mientras cortamos la niebla que se extiende delante de nosotros como un mar blanco

y Otar,

¿No dice algo Mandelstam sobre el viajero que regresa “lleno de espacio y tiempo”? Creo que sí. Me parece que el poema habla del color de la mirada de Ulises.

y yo,

¿El color de la mirada de Ulises? No entiendo.

Se echa a reír. Yo me sonrojo. Y es que cuando ríe, me hace sentir invadida; su risa desprende aire con inusitada violencia, un aire tibio que parece cuajado de esporas de adormidera.

*

Al norte de la soledad de Abyan, atravesando las dunas de Ramlat al-Sab'atayn, un dedo de arena se extiende desde Rub al Jali hacia el este y señala hacia Marib, la antigua capital Sabea. Ahí está pues, el emplazamiento arqueológico más famoso de toda Arabia, un lugar, como diría Otar, con el nombre horadado por los siglos.

A medida que nos acercamos a aquel mar de enigmas, siento una extrañeza nueva al comprobar cómo mi percepción y el mundo en el que hasta ahora he vivido, se separan hasta casi perderse de vista. Una tira de luz anaranjada aparece por el este mientras el sol naciente ilumina los gigantescos sillares de la presa. Y todo lo demás en tropel: leyendas con una antigüedad de tres mil años, canales que una vez regaron los legendarios jardines de Saba, mil adolescentes “sin pelos en la barba”, mil caballos píos anegados y los colmillos de acero de una rata.

Entonces yo,

En serio, ¿por qué se derrumbó la presa?

y él,

Diría que por aburrimiento, la presión ejercida por esos millones de toneladas de fango que arrastra el Wadi Adhanah desde las montañas, por la desidia, el largo desgaste del tiempo ¿quién sabe? La cosa es que en el año seiscientos y tantos la presa se derrumbó definitivamente.

Y es así que *en lugar de dos jardines, les dejamos sólo una cosecha de espinos, tamarindos y algunos árboles ilb.*

Me explica que la nueva presa, unos cientos de metros río arriba, tiene una capacidad siete veces mayor, que fue terminada en 1986 y que costó 70 millones de dólares que salieron del bolsillo particular de Shaykh Zayid, un ciudadano de Abu Dhabi. Pienso que si dice estas cosas no es porque crea que yo las ignoro, sino porque juzga oportuno llamar mi atención sobre ellas. No deja de recordarme que Shaykh Zayid no es en realidad un filántropo. Si creía importante la presa es porque esta gran obra representaba para él algo mucho mas importante que un monumento arquitectónico. Se trata, insiste, de un símbolo del origen común de todos los árabes, de un tiempo en el que no existían aún las nacionalidades y en el

que todos se reconocían descendientes de Qahtan, hijo del profeta Hud, nieto del tataranieta de Sem, patriarca de las tribus del sur.

En la ardiente ráfaga de viento amarillo que agita las ramas de los escuálidos *hilb*, se filtra por un instante el aroma de las lejanas boswelias, un débil aroma polvoriento y dulzón de lo que crece y siempre ha crecido en lo salvaje, antes incluso de que llegaran los patriarcas y las tribus, cuando el desierto no era desierto sino un brazo de mar en los confines de la lava.

*

Se me ocurre de pronto que es más que probable que el mismo Rimbo hiciera desaparecer el diario que sin duda escribió, que lo tirase a la basura, ese manuscrito inencontrable, por pura desesperación o por nostalgia al comprobar que, después de todo, ya no era el poeta tan “absolutamente moderno” que había sido antes. Le imagino sentado a la mesa solo o a veces también con Asha, al anochecer, tomando notas, rompiendo notas.

O tal vez se deba a algo aún más banal, tal vez la explicación sea que los guardó demasiado bien, entre las vigas de palma de su casa en Harar o en Adén, enterrados en la tierra caliente del patio de su última casa. Y se olvidó de decir donde estaban. Temo que, ya por entonces, se había convertido en Ulises. Había hecho de su propia deriva un aprendizaje personal, un intento de dar forma a su experiencia moral para desaparecer después, dejando huérfanos a quienes incapaces de valerse por si mismos, no soportan la impotencia de perder a sus maestros

y él,

¿Qué quieres decir?

El interés desplegado por Otar para convencerme de que, si bien el viaje a Adén puede ser interesante, cualquier intento por mi parte de encontrar aquellos hipotéticos papeles, va a resultar una pérdida de tiempo

y entonces él, otra vez

Sí, uno vuelve siempre al punto de partida. Yo también empecé a viajar para recorrer mundo y ¿qué encontré?- toma un poco de aliento antes de proseguir - ¡disolución! eso es lo que encontré: Vínculos que flaquean, el viaje como errancia profesional transformado en un ir y venir fuera del cual paradójicamente, no existe sino lo innombrable, nada y más nada de nada.

Diablos, necesito beber algo.

Estamos sentados a la sombra en un saledizo rocoso que se proyecta sobre las aguas de la nueva presa. El suelo, sembrado de casquillos de bala, habla de la ruidosa costumbre de los yemenitas de celebrar su alegría pegando tiros al aire. Mientras Otar baja al coche a por unos refrescos, me entretengo en reunir unos cuantos.

¿Un cigarrillo?

Digo que no con la cabeza.

Entonces él enciende el suyo rascando la cerilla sobre el suelo de granito. Miro sus manos del color de las hojas del tabaco. Lleva una alianza de plata ¿cómo es que no me había dado cuenta antes? Aún así, no creo que esté, ni haya estado, casado. Hay otras personas allí, gente de los alrededores y algunos hombres uniformados sentados en el suelo o medio tumbados y apoyados sobre un codo que parecen esperar algo. Nada especial, desde luego. Y sin embargo, da la sensación de que vigilan. Como si estuvieran a punto de clausurar el paisaje, como si las aguas no fuesen ya las aguas sino gemas valiosas y temieran perderlas

Y él,

Hombres de las tribus. Con tumbas, secretos y muertes a sus espaldas

y yo,

¿Muertes?

y él, otra vez

Sí, son su herencia.

Lo dice como si nada hubiera más evidente. Y luego, añade,

Hasta hace poco más de cien años, la Península Arábiga no conocía límites. Me refiero a los límites internos. Sus regiones disfrutaban de nombres flexibles que coincidían – en un sentido amplio - con los nombres de los puntos cardinales: al-Sham, Norte o al-Yaman, Sur y todas las otras que, aunque pudieran no parecerlo, disfrutaban de una identidad cultural propia con o sin circunscripciones exactas. Pero en el siglo XIX las potencias coloniales ... no, el Gobierno de su Graciosa Majestad y el Imperio de la Divina Puerta pensaron que esta flexibilidad no era necesaria. De manera que, mientras los antiguos funcionarios intentaban sobre el terreno preservar lo que había, los burócratas ingleses y turcos se empeñaban en ordenar las cosas a su modo. ¿Me sigues?

y yo,

Te sigo.

y él,

Bien, porque ese fue el origen de las nuevas fronteras en el interior de la península; flexibles al principio para después, a medida que el petróleo va apareciendo aquí y allá, volverse más y más rígidas. La historia de siempre. La necesidad de decidir qué pertenece a quien suele bloquear casi todo. Pero es que además, la invasión de Kuwait demuestra que el proceso continúa. Al menos, eso dicen:

Go gently, USA, gently, / for the power of God is mighty: / The power that long ago destroyed / Pharaoh, and Thamud, and Ad...

Hacia el sur, una ardiente extensión de arena; hacia el norte valles profundos que tal vez fueron ríos. O canales. Y en derredor, hasta donde alcanza la vista, tierra árida con algunos matojos; no exactamente un desierto, pero casi

y entonces yo,
¿Nos vamos?

*

La luna brilla alta y hace demasiado calor en la habitación. Las palas del ventilador se dirían cuchillas de cartón esforzándose por cortar en pedazos un bloque de fécula hervida, un puré espeso y húmedo que a duras penas permite la respiración. En camión, pringosa de sudor, me dirijo a tientas al cuarto de baño.

Pero no veo la luna ¿dónde está la luna? A veces mis pensamientos me son claramente ajenos. Los oigo hablar con voz desconocida y distante, en tercera persona, dar órdenes para obligarme a cumplir con los rituales diarios. Ahora te lavas, dicen y después te peinas. No se te ocurra salir sin revocar esa pálida fachada, esos ojos tuyos que miran como si no te conocieran o peor, empezaran a desconocerte porque sospechan, ellos y también tú, que el tiempo va diluyéndote poco a poco, definitivamente.

Una vez recompuesta, en el sentido de aderezada, con ingredientes tan sutiles como cremas hidratantes, aguas termales, aceite de rosa muscata, maquillaje, polvos marfil y de colores para los ojos, rimmel, barra de labios, brillos, perfumes, construida como un mecano con cosas diversas que nada tienen que ver conmigo pero que una vez dispuestas de inteligente manera parecen formar parte de mí misma de una forma mucho más íntima que cualquier adorno o gala, ataviada con esa imagen de quita y pon que he llegado a considerar imprescindible, echo a andar. Debo añadir, que sin esta suerte de disfraz, me vería incapaz de dar un paso.

Luego vendrán las primeras palabras del día. Pero no antes de tomar café.

*

La grava cruje bajo nuestros pies. Otar levanta los ojos al cielo y mira el reloj:

Tenemos que darnos prisa.

La sequedad del desierto nos envuelve en una telaraña de polvo. Son las cuatro de la mañana y la luz hace ondas de un brillo suave y blando que cuelga entre las hojas exhaustas de los tamarindos. En el patio, una fuente de agua que gotea, dos perros mugrientos, el conductor del toyota que hace gestos para que nos apresuremos y tres guardias de rostros macilentos que fuman sentados en las escaleras .

Enseguida dejamos atrás la carretera Sana'a – Marib y nos dirigimos hacia el norte. A nuestra izquierda, las montañas en cuyas laderas se distingue todavía la escarpadura de antiguas sendas; a la derecha, la llanura se aleja de Marib hasta perderse en la arena. Algunas hondonadas salpicadas de tamarindos, señalan el cauce de arroyos secos. Otar dice que cuando llega la lluvia, el agua inunda el valle de al-Jawf, la capital del reino Ma'inian, donde el principal, y el único interés de los hombres, es y ha sido siempre, guerrear.

Yo no digo nada y adormilada en el asiento de atrás dejo pasar el tiempo:

“¿Quién removerá los torbellinos del fuego furioso / sino nosotros y aquellos que imaginamos hermanos?/ Venid, románticos amigos: esto va a gustarnos”.

Nunca me había fijado en el latido juguetón de su precaria infancia. ¿O debería haberlo hecho? ¿Estaba demasiado pendiente de sus absurdos juegos de palabras para encontrarles sentido?, ¿demasiado preocupada, quizá, de las teorías de los demás acerca de su rabioso ingenio? ¿me comporté con él como se comportan los nietos con un abuelo cebolleta ? ¡vaya por dios! ¿acaso me había acostumbrado a él y había terminado por convertirme en una especialista en desesperaciones? Sacudida por todos los

baches del universo, zarandeada y batida hasta la náusea por culpa de las vueltas y revueltas de la carretera, me juré a mi misma, y le juré a Rimbo que jamás volvería a serle fiel. Estaba dispuesta a traicionarle con lo que tuviese más a mano. Cualquier cosa con tal de huir del aburrimiento de la rutina o del rencor que suele nacer por culpa de una convivencia demasiado prolongada. ¡Fulgor! ¡Éxtasis! Esto era lo que el mundo esperaba de él sin saber que al final, su patético ardor se agotaría sin dejar huella.

Pero mientras duró, hay que reconocer que fue un gran poeta.

Naturalmente, jamás me hubiera casado con él, eso es algo que no se me hubiera ocurrido aunque, pensándolo bien... en fin, tampoco hubiera estado *tan* mal que... me lo pidiera ¿no es cierto? lo que, por otra parte resulta perfectamente lógico si sabes intuir lo milagroso, es decir, si crees como creo yo, que en un determinado momento de su vida, cuando miraba hacia el futuro, Rimbo descubrió unos ojos rasgados, los míos, que oteaban el pasado en su busca.

La mirada que regresó a sus pupilas llevaba prendido un nombre: “Olga” y un mensaje “espera, enseguida estoy contigo”. ¿Quién hubiera podido resistirse a una imagen tan perfectamente surrealista? Él no, desde luego. Y es que esta clase de combinación - lo fantástico infiltrado en la rutina – resulta siempre estimulante. Por lo general, solemos creer que algo así no sucederá nunca. Nuestro mundo tecnificado y absurdo tiende a creer que ese tipo de cosas no sucede. Pero hay gente que no solamente lo creemos posible sino que en algún momento de nuestras vidas estamos, incluso, a punto de lograrlo.

En cierto sentido.

De lo contrario yo no habría venido aquí, Rimbo no hubiera recibido mi mensaje y su mirada, perdida definitivamente, hubiese seguido vagando por el espacio durante muchos, muchos años.

*

Pistas polvorientas cruzan y descruzan sus sucias lenguas ante nosotros. El toyota vacila, renquea y se inclina en medio de una nube de talco dorado. Nos detenemos unos segundos para escudriñar el panorama: la línea del horizonte se estremece en medio del silencio espectral del mediodía. Frente a nosotros, una mancha ligeramente más oscura que el resto del paisaje. Durante los veinte minutos siguientes seguimos rodando sin perderla de vista hasta que, poco a poco, va transformándose en algo más sólido, un bulto de perfiles conocidos a través de las fotografías pero cuya imagen, aislada ahora en esta llanura sin límites, resulta impresionante. El sol empieza a girar hacia el oeste y afilados baluartes emergen de los vanos abiertos en las murallas de Baraquish.

Dejamos el coche delante de la cerca levantada por el Departamento de Antigüedades y entramos. El polvo retorciéndose bajo nuestros pies y el siseo de nuestra respiración. En aquella quietud mineral, ningún otro ruido. De repente, a nuestra izquierda, un grito salvaje nos hiela la sangre. Desde un montículo cercano, un hombre armado con un rifle de asalto hace señas para que nos detengamos. Enseguida, se llega hasta nosotros, sonriendo,

¿Les he asustado? Soy el guarda, el guarda ¿les he asustado?

Después, sin mas preámbulos, me coge de la manga y nos empuja hacia el interior de la amurallada ciudad.

Mirad estas piedras, dice, suaves como mantequilla; estos sillares, mirad.

Y nosotros miramos y vemos:

Lagartijas plateadas.

Bloques de mármol salpicados de inscripciones.

Estelas con los nombres de quienes, hace más de dos mil años, pagaron por ellas, ricos comerciantes de Ma'in, del estado independiente de

Saba; reyes del reino de Himyar;

Y algunos poemas.

Camino/ Lejos en la distancia te has llevado nuestros pasos/¿Podrías soportarlo si no regresamos?/Di, camino ¿podrías soportarlo?

*

El brillo del sol me quema a través de las gafas. Incluso con los ojos cerrados siento las pupilas ardientes de luz naranja. No sé donde estoy, me siento desorientada y me suda la parte posterior de las piernas. No veo a Otar. Otar, eh, Otar. ¿por dónde andas? Otar está escribiendo algo en una libreta y no me presta atención. Me siento en una piedra y apoyo la cabeza sobre las rodillas.

Y pienso:

Pues vaya, ya me había dado cuenta, desde luego, que no tengo los mismos encantos que los restos arqueológicos. A mí no me han pulido, grabado o cincelado y ni siquiera llego al siglo. En mi carácter, como en el de cualquier hija de vecina, hay elementos de inmadurez pero eso no quiere decir que sea una ingenua. Por otra parte está el hecho de que por muy inocente que parezca, sé perfectamente lo que me interesa o cuando debo trazar una raya entre un tipo como éste y una servidora de manera que,

Afortunadamente (y ahora en voz alta) estoy acostumbrada a ir sola a todos los sitios pero, la verdad, diría que ahora se me hace difícil ver cuál es la diferencia.

y él,

¿Qué diferencia?.

Ha dejado de escribir y levanta la cabeza.

Entonces yo, sin hacerle caso.

Quiero decir que cuando conoces a alguien, lo primero que tiendes a hacer es aceptarlo por lo que *parece* ser. No te planteas que pueda estar

actuando. Pero a la que te descuidas, ese alguien te arrincona y te obliga a dar todo tipo de explicaciones.

Bajo el sol, en esta primera pausa, observo cómo él queda en suspenso, las finas cejas levantadas, los labios colocados como para decir algo que por fin no dicen. Y en su frente, unas pequeñas grietas horizontales. ¿En qué estará pensando? Pese a tener abiertos los ojos estoy segura que no me ve.

y entonces él,

Eeh, eeh, ¿pero qué dices? ¿a qué no sabes de donde viene el nombre de Baraquish? ¿eeh,? ¿a qué no?

Con un aire de desaforada animación Otar se echa a reír, balbucea, me mira, ignora lo que acabo de decir,

Se llamaba Yathill, `Athrula en las crónicas de Estrabón.

Ni siquiera he leído la *Geografía*. He oído, sí, hablar de ella. Él , sin embargo, se refiere al autor como si fuera su primo.

Y él,

Cuenta que los habitantes de Yathill sufrían un largo asedio. Y resistían. El agua les llegaba a través de un túnel desde un pozo situado al otro lado de las murallas. Cierta día, los atacantes vieron entrar en el túnel a un perro y fueron tras él. Sólo cuando descubrieron el cauce del agua lograron conquistar la ciudad y cuando la conquistaron cambiaron su nombre y le pusieron Baraqish, que quiere decir *manchada*, como el perro que la traicionó.

El cielo es una piel de melocotón. Un ligero sudor resbala por mi cuello y empieza a humedecerme la espalda. Levanto un brazo para cubrirme la cabeza y noto el cabello ardiendo. Literalmente. En unos instantes, me digo, cada uno de mis pelos se retorcerá churruscado como las

cerdas de los torreznos. Pero no me quejo. Hay personas que son incapaces de quejarse. No saben.

Lo que sí saben es que, si lo hicieran, nadie les prestaría atención.

*

Hacemos un alto en medio de ninguna parte. Miento. Hacemos un alto a diez minutos de Baraqish de regreso a la pista de Marib. Desde aquí, los torreones de la ciudad ya no se ven y la ciudad misma se transforma en un collado de piedras marrones, algo con la apariencia de no haber sido construido sino desparramado sobre la superficie de la tierra. Otar consulta el mapa y mira el indicador que marca la temperatura del motor,

y él,

Sería mejor que regresáramos al hotel.

y yo,

Vaya ¿y eso?

y él,

Algo pasa con la bomba del agua. Compruebo la junta de la culata y salimos enseguida.

Cenaremos en el mismo hotel. Uno de esos hoteles nuevos y ya desvencijados a las afueras de Marib. Un edificio verde lleno de aristas. La radio toca una canción infinita. Cansada, ceno con la cabeza en otra parte. Otar habla con el gerente para que nos ayude a encontrar un nuevo vehículo. Durante la comida comento algo relacionado con la posibilidad de regresar a Sana`a y volar directamente a Adén. Otar hace caso omiso de mis palabras. Sigue comiendo mientras el director del hotel, a su lado, chupetea la cucharilla del helado. Después, enciende un cigarrillo y deja escapar dos flechas de humo, una por cada agujero de la nariz. Otar vuelve entonces la cabeza y se pone a charlar con un hombre de la mesa de al lado.

Un minuto de atenta espera para una servidora.

Enseguida se les une el director del hotel y uno de los camareros se acerca a ellos con las pipas de agua.. Aprovecho para levantarme.

*

De vuelta a la habitación, cojo mis carpetas y las abro encima de la cama.

Están las caricaturas de Delahaye y un retrato del poeta convaleciente en casa de Mme. Pincemaille, rue des Bouchers, Bruselas, poco después de que Paul Verlain le hubiese pegado un tiro.

Están las fotos de Harar y esa suya, pálida con la mirada perdida; la casa azul de Adén y la reproducción de algunos manuscritos:

Están, en edición bilingüe, algunos de sus versos:

Y los vergeles quemados, las tiendas antiguas, las bebidas tibias./ .

Y el sol amarillo.

Yo miro estos papeles como quien mira el pozo donde ha caído su anillo, buscando, más allá de la propia esperanza de encontrarlo, pero segura que sigue todavía ahí. Y miro también cada detalle: esa sombra a la puerta de la casa, en Harar, fuera de mi alcance pero todavía visible, resplandeciente como nácar pulverizado, blanqueada por el flash o por el resplandor del sol. Los pliegues de una túnica, los desconchados de las paredes y las filigranas de las ventanas destrozadas y, en un extremo, la escalera que conduce a las habitaciones, una escalera cortada por la mitad que se apoya en el suelo vencida, como si únicamente sirviese para bajar. La luz quemada que atraviesa la fotografía deja un reguero de plata fundida sobre la cornisa de la casa. Un destello borroso. Como desdibujado.

Desdibujado pero preciso.

*

La ventana de mi habitación da al sur y tiene descorrida la cortina. Ante mí se extiende un amplio contraluz entre la blanda tibieza de algunos

plátanos amarillentos y las hojas dispersas sobre la arena herbosa de los jardines. Me siento un poco inquieta. Otar es un hombre extraño. Por otra parte parece muy educado ¿educado? ¿en qué sentido? Bien, para empezar, viaja con una maleta llena de libros aunque yo no le imagino leyendo en la cama. Ah y ¿cómo te lo imaginas? Pues ... diría que escribiendo, le imagino escribiendo a la misma persona a quien escribimos todos cuando garabateamos nuestros nombres en la arena. A ratos pienso que no debería haber aceptado viajar con él, me siento demasiado expuesta pero en aquel momento no se me ocurrió nada mejor. ¿Acaso son imaginaciones mías ciertas miradas, algunos de sus gestos? Imagino que su cabeza ha sido adiestrada para abordar cien asuntos al mismo tiempo. Quizá yo sea uno de ellos. Quizá. De cualquier forma eso no me tranquiliza, al contrario, su forma de hablar es pura interrogación y aunque se expresa con cuidado lo hace demasiado rápido y a veces resulta demasiado impaciente.

Sí, todo él es una emboscada, como una ausencia de afecto.

Es probable, además, que no le interese ayudarme salvo para decir que lo ha hecho. Rimbo y su diario, le importan un comino y yo, bueno, deja que te diga que me desagrada esta clase de hombres. Los tipos como él se creen mentes privilegiadas (generalmente no lo son, puede que sean seres privilegiados, pero eso es otra cuestión) no, el motivo por el que me desagradan estos hombres es que son capaces de hacer y decir lo que sea sólo para que se lo agradezcas.

¿No te parece descorazonador?

En la recepción del hotel he visto un periódico con una fotografía suya al lado de una pequeña reseña sobre la publicación en árabe de su último libro. Es una de esas fotografías que aparecen siempre en la solapa de los libros: escritores con la mano en la barbilla y el rostro adolorido, de color gris. De hecho, parecen intercambiables de tanto como se parecen,

con la mandíbula un poco bastante rígida y el entrecejo ligeramente fruncido que tanto inspira al lector.

En fin, a lo mejor estoy confundida, así que será mejor que cambiemos de tema. Con este calor, resulta difícil pensar y ya sabes que cuando te pones a pensar según qué cosas, te despabilas y no duermes, el corazón te late más deprisa y además sudas; entonces el papel se humedece, el bolígrafo resbala entre los dedos y antes de darte cuenta te has convertido en una furia insomne y agotada. Sabrás por experiencia que no es fácil superar una irritación así, esa clase de irritación que no va dirigida contra nadie en particular sino contra una misma.

¿Y contra quién si no?

*

Hablan del incienso. Dicen que nuestro viaje transcurrirá por las antiguas arterias del viejo comercio: Saba, Ma'in, Qataban y Hadramut antes de dirigirnos a Adén por la costa. Mientras hablan, beben té. Miro el reloj: son las cuatro de la mañana y no parece que tengan intención de salir antes de la calor. Yo escucho. Parece que aquí, la opinión general es que si una es lo suficientemente estúpida para arriesgarse a viajar con un desconocido, merece sufrir las consecuencias sean estas las que sean. En las mesas de al lado se arremolinan los ceniceros y los vasos vacíos que han ido consumiendo antes de que yo bajase y cuando me siento a su lado, cosa que hago al cabo de unos minutos sin que me inviten, es que ni me miran; cuesta determinar si les molesta la mera presencia de un recién llegado, que el recién llegado sea mujer o que la mujer sea precisamente yo, a menos, desde luego, que ni siquiera se hayan dado cuenta de que estoy allí.

Otar está diciendo que en tiempos de Herodoto, ninguna mujer asiria que se quisiera *elegante* se atrevería a hacer el amor antes de ahumarse en incienso. Vuelta y vuelta, supongo. Dice también que los árabes ocultaban

cuidadosamente las fuentes de los perfumes para, de esta manera, monopolizar su comercio y que los pueblos del Mediterráneo oriental les envidiaban de la misma manera que los occidentales, hoy, envidian su petróleo a los árabes del Golfo.

Un hombre menudo como un pájaro y con una enorme *jambia* a la cintura interviene para decir que los occidentales de entonces, es decir los romanos, eran unos ignorantes y que los árabes les tomaban el pelo diciendo que los depósitos de incienso estaban protegidos por serpientes voladoras sedientas de sangre o que la canela se recolectaba en los nidos de ciertos pájaros carnívoros o que la resina de laúdano procedía de las barbas de una raza especial de machos cabríos y que ellos se lo creían, o que por lo menos Herodoto se lo creía y además, lo había dejado escrito.

Por mi parte, tengo que reconocer que me encantaría que todo lo que dice este hombre fuese cierto. Una está harta de la historia oficial. ¿Demasiado harta, quizá, de esos hechos que los historiadores, siempre hombres, nunca pasan por alto mientras olvidan *otros* detalles importantes? O dicho de otra manera ¿existe alguna historia perfecta, una historia total de la que una pueda fiarse? Lo ignoro. Me veo incapaz de demostrar mi punto de vista pero sí puedo decir cuál es la ventaja que tenemos la mayoría de las mujeres en relación con esos historiadores: nosotras no tenemos necesidad de demostrar nada. Por el contrario, ellos sufren la maldición de la objetividad, cierta clase de objetividad *sui generis*: concretamente, la de una mitad de la humanidad que, por supuesto, nunca tuvo en cuenta lo que decía la otra. Quizá sea éste el motivo por el cual algunos historiadores acaban pareciéndose un poco a dios. Hablan, como si en lugar de escribir historia, la hubiesen inventado ellos; de sus trabajos se deduce que no queda margen para equivocaciones ni olvidos. Lo que ellos no cuentan, no pudo existir nunca, en ningún sitio. Naturalmente, investigaciones posteriores, podrían

aportar algunos datos nuevos; Aún así, lo cierto es que no serían muchos. Posiblemente algunos, pero no demasiado importantes.

A estas alturas.

Cuesta imaginar lo que hubiera dicho cualquiera de ellos si me hubiera oído pensar. Pero pensar no hace ruido. Y no podría ser de otro modo puesto que de esa, su cualidad silenciosa, depende que podamos seguir pensando o, si vamos a eso, seguir viviendo sin abrirnos la yugular unos a otros. Al dejar mi vaso a un lado, empujo uno de los ceniceros que cae al suelo con gran estrépito. Cuando me inclino para recoger los fragmentos, rozo sin querer el muslo de Otar que, sorprendido, sonrío entre dientes. Le veo arremangarse la sahariana,

Y entonces él,

Deja que te ayude.

y yo, un poco nerviosa

No es necesario, puedo arreglármelas sola.

Pero hace como que no ha oído. Y me ayuda.

*

Llegaríamos a Hadramut por el camino mas corto, cruzando las arenas de Ramlat al-Sab'atayn. Qué significado tiene aquí el adjetivo *corto* es algo que no me atrevo ni a imaginar.

Así pues, descendemos hacia el valle por donde el incienso trazó la antigua ruta que unía Shabwah y Marib. La llanura, casi sin árboles, se va haciendo cada vez mas blanda. Al principio, es una superficie grisácea atravesada por una pista de grava compacta pero a medida que el desierto se acerca, van aumentando las piedras hasta que al fin nos vemos obligados a detenernos y el conductor, ahora somos cuatro con el guía, tiene que bajar del vehículo para desinflar los neumáticos. El siseo que hace el aire al salir de las ruedas, es el único sonido en un millar de lenguas a la redonda. Ni

siquiera me oigo respirar pero, cuando cruzamos la primera duna Mujtar se vuelve para decir que la travesía será buena *in sha'Allah* porque no hay viento y la arena está todavía firme gracias al rocío de la noche. Mecida por el vaivén del coche sobre la arena, empiezo a dar cabezadas. Amanece y el sol empieza a elevarse mientras el coche proyecta extrañas sombras que giran a nuestro alrededor cuando cambiamos de dirección. Hoy hará calor, les oigo decir. Sí, será agobiante. Después, nada. Durante horas recorreremos en silencio un suelo de azúcar, inflado y blanco como el de Iram la bella, cuyas columnas recogían la llamarada del sol en perfectos diamantes, con un reflejo tan agudo que los ojos humanos no podían soportarlo.

De pronto un frenazo.

Y Otar

¿Qué pasa, Mujtar?

Y el conductor,

La vieja frontera.

Entonces, nos disponemos a esperar. Unos bloques de fealdad inconmensurable hacen guardia en la mitad del camino. Nos miramos y asentimos con la cabeza

y Otar,

Venga, vamos a dar una vuelta.

*

Y él, mirando la arena.

Fíjate, son conchas.

y yo,

Parecen conchas.

y él,

¿Sabes qué? Aquí la historia está llena de milagros. Los habitantes de al-Hasabah cuentan que en el año 750, cuando las tropas etíopes cercaban la

Mecca y la ciudad estaba a punto de perecer bajo las patas de los grandes elefantes del soberano etíope Abrahah, una bandada de codornices apareció de repente y dejó caer una lluvia de piedras sobre ellos. Murieron todos. En al-Hasabah, que es ahora un barrio de Sana'a, dicen que ese nombre se debe precisamente a esas piedras, los *hasab*, y que estas conchas fosilizadas que tanto abundan en el desierto, son en realidad los antiguos proyectiles. Caían con tanta fuerza que después de atravesar el cráneo de sus víctimas, les salían por el ano.

Sonríó. El rostro de Otar tiene el aspecto de un saco de cuero arrugado.

Y entonces él,
¿Te ha gustado?

y yo,

Esa no es la historia que me han contado.

Se sacude el polvo de las sandalias. Saca el pañuelo del bolsillo y se lo pasa por la cara y el cuello. Vuelve a doblar el pañuelo y lo guarda de nuevo. Me mira, me mira directamente a los ojos antes de decir,.

Para algunos, el pasado es apenas una nebulosa que no deja huellas, algo que surge de las dunas o de las olas del mar. Para otros, empieza con los Faraones de Egipto o con los Fenicios en el Mediterráneo o sabe dios con qué. Para nosotros, los del Yemen, es algo diferente. Aquí el pasado somos nosotros mismos.

El sol brilla. Yo me digo que este sol es el de siempre pero de tan intenso, se me hace que todo se congela ahí dentro. Ahí debajo, entre las arenas que cubren el suelo de liso basalto, se esconde nuestro pasado y el de los demás. Ninguno lleva estrellas o medias lunas en la solapa y por su aspecto no podrías reconocer qué pasado es el de cada cual pero todos, sin excepción, convertidos en carámbanos, son propulsados hacia el futuro sin

tener ni idea de las telarañas que poco a poco irán ensombreciendo sus perfiles: hilos de mitos, polvo de poderes varios, vacíos cerrados, zanjas de incompreensión, universos de guardianes aterrorizados.

y él, con un gesto dramático, señalando a su alrededor,

Es... esa especie de confraternidad con el tiempo.

Y otra vez él, bajando la vista ,

Será mejor que volvamos al coche. Nos espera el Vacío

Como si fuera un chiste, o como si él fuera lo bastante viejo o lo bastante joven para hacer lo que le diera la gana. Se me ocurre de pronto que no resulta difícil imaginar al adolescente que probablemente fue, huyendo de su casa al estilo Abdo Rimbo camino de hippIndia con amor y camisa estampada, a juego.

Y entonces él,

¿Te gusta la idea?

Me ofrece una mueca alegre, algo parecido a una grieta sonriente en el cuero curtido de su rostro mientras me abre la puerta y espera a que me instale de nuevo en el asiento de atrás. Después, con un par de palmadas despierta a Mujtar que se ha medio dormido en el suelo a la sombra del coche y ocupa el asiento del acompañante.

Un poco más adelante torcemos a la derecha, saliendo de la ruta de las caravanas y tomando un corto atajo a través de una serie de oteros cada vez más elevados. De acuerdo con las explicaciones de Mujtar, el puesto fronterizo que hemos dejado atrás señala el límite de influencia de alguno de los clanes mas alejados de la confederación Madhij para dar paso al gran desierto, dentro del territorio de los al-Mahra aunque, según los mapas, la distribución de estos últimos rebasa el Yemen para adentrarse en la región de Dhofar, en el vecino Oman, el extremo oriental de las Arenas.

El desierto de *Rub'Al-Jali* o “Territorio Vacío” ocupa casi la mitad del área total de la Península Arábiga. Se extiende a lo largo de mil quinientos kilómetros desde la frontera del Yemen hasta las estribaciones de Omán y a lo largo de otros ochocientos desde la costa sur de Arabia hasta el Golfo Pérsico y la frontera del Nadj. Es un infinito erial de arena, un desierto dentro de otro desierto tan enorme y desolado que hasta los mismos árabes lo llaman “La Cuarta Parte (de la tierra) Vacía”. Nosotros, que apenas lo bordeamos, llevamos comida, agua y combustible y apenas necesitamos nada de nuestro entorno.

Una verdadera ventaja.

Si no fuera porque a mí no me lo parece. En el desierto, pero aislada de él por la carcasa del jeep, no reconocería ni a la misma Balquish, la reina de Saba, aunque me diera de narices con ella.

*

Dice el Corán en la *sura 27* que un día cuando el rey Salomón (*Suleiman* en árabe) pasaba revista a las aves, echó en falta al *bul-bul*: “¿Cómo es que no está la abubilla? – clamó - He de castigarla con dureza o degollarla a menos que me presente sin falta, una excusa satisfactoria”. La abubilla, muerta de miedo, no tardó en regresar y volando fue a su señor y le dijo: “Sé algo que tú no sabes, y te traigo de los sabeos una noticia segura. He encontrado que reina sobre ellos una mujer a la que le ha sido concedido todo y que posee un trono augusto”. El Corán continúa diciendo que, informado por el *bul-bul* de que en Saba las gentes adoraban al sol, Salomón escribió una carta a su reina con la intención de convertirla a la fe del Dios verdadero y que ésta, en vez de enviar a su majestad a tomar vientos, le respondió con regalos que el sabio rey recibió como una ofensa. Como es casi lógico, ni el Corán ni la Biblia citan el nombre de esta reina,

pero las tradiciones arábigas recuerdan que se llamaba Bilqis o Balqis, Balkama según los yemeníes o Magueda según los etíopes.

A medida que pasa el tiempo, voy sintiéndome más y más lejos de todo. Saltando entre las guijas jaspeadas, cruzando la interminable llanura marcada por hondonadas de arena y dunas endurecidas cubiertas a trechos de matorrales que parecen azules, oigo cómo las voces se mezclan y separan del runruneo del motor hasta que, llegado un momento, desaparecen.

Y el guía,

El desierto tiene puertas.

Oigo que Mujtar le dice a Otar que el desierto tiene puertas.

Y entonces él,

¿Qué quieres decir?

y Mujtar,

Quiero decir lo que quiero decir. Los turistas creen que esta tierra pertenece al primero que llega pero lo cierto es que cada uno de sus montes y de sus valles tiene dueño y hay que llamar a la puerta para pedir que te dejen entrar porque cuando entras sin permiso, primero van en tu busca y después te matan. Entre nosotros, la vida de los clanes depende exclusivamente de la protección de sus árboles y de la del agua de sus pozos. La leña y la madera nos son más necesarias que la vida de los forasteros.

y Otar,

Yo no soy forastero.

y Mujtar, rápidamente

Eres medio forastero Y aquí, en el desierto, un forastero completo..

*

Al ir acercándonos a Shibba nos cruzamos con una pequeña caravana: cuatro hombres con ocho camellos atados en fila. Pregunto al conductor y dice que los camellos transportan el famoso *mughur*, incienso, pero que este comercio ya no es lo que era porque ahora a la gente, si le das a escoger entre incienso y cabras, se queda con las cabras.

Los hombres que conducen los camellos son sarmientos azules. Bajos y nervudos van vestidos con una pieza de lienzo azul oscuro sujeta a la cintura con una de sus puntas echada sobre un hombro; con el sudor, el índigo de la tela ha teñido de azul la piel de sus hombros. Llevan la cabeza al descubierto y el cabello largo, enmarañado como el de los *rastas*. Todos van armados con dagas y rifles. Mujtar dice que son *bedu*, del otro lado de las montañas, que pertenecen a la tribu de los Mahra. Le oigo nombrar a otras tribus, los Rashid, los Manahil, los Saar y poco a poco me voy adormeciendo.

Cuando consigo despegar los párpados, empieza a hacerse de noche. Los contornos de la región son demasiado apagados para que mis ojos, que quieren seguir cerrados de pura fatiga, puedan detenerse en ellos.

Será noche cerrada cuando lleguemos a Say'un en el Hadramut

*

¿Escuchas? *Cri, cri, cri, cri*. Y luego, por allí, un *fru-fru-fru-fru*, el roce del aire entre las ramas de los palmitos y otra vez. *Cri, cri, cri, cri-shsss, shsss, shsss*. La suave brisa de finales de Septiembre hace temblar las piñas del aromático *kadhi* con tronco de palmera y hojas de plátano. Un insistente siseo entre las ramas de los naranjos; una pausa cuando el imperceptible aliento de la tierra recién regada atraviesa el jardín de un extremo a otro; y luego una respuesta más suave desde el otro lado del muro. Agudo y grave, agudo y grave; como dos instrumentos de jazz.

¿Oyes el ritmo? Alégrate, descansa va diciendo el sonido; pero si cesara el viento o las chicharras desaparecieran, nos dejarían a merced del silencio.

Hace rato que el jardinero nos abrió la puertecilla que hay en el muro de adobe para dar un paseo por los rectos senderos de grava que dividen el jardín del hotel en cuadrados y óvalos. Cada sendero es una alameda de granados respunteada por acequias. En el interior de cada cuadrado hay árboles frutales y de sus ramas penden nidos de +++++ que gustan de construir sus lechos en el aire. Aquí y allá, rosas blancas de la variedad importada de Siria hace siglos y jazmines de flores amarillas iluminadas por la sombría luz de las teas plantadas entre los macizos. Por encima de los muros, asoma un monte de color malva y leonado, terriblemente yermo. La sombra ha engullido sus faldas, las escarpas más bajas y hasta la propia cumbre.

Y es entonces, a medida que va oscureciendo, cuando la transformación se invierte y se repite pues, desaparecida por completo la luz del sol, otra claridad asoma por debajo de lo negro e ilumina el jardín: son los vitrales del piso superior, los *takrim* que, abiertos en forma de media luna, colorean la noche con sus vidrios.

Cuando decidí venir - ¿o al final no fui yo quién decidió semejante cosa? – me dio por pensar que aquí podría detener al tiempo. Me imaginaba sumergida en un cultivo de sensaciones nuevas. A mi alrededor, amables voces irían descubriendo ante mis ojos expectantes detalles misteriosos sobre la vida de aquel desconocido mercader de sueños que vino al Yemen a enriquecerse con el café y las armas. Al igual que el niño que metió su dedo en el agujero del dique para evitar que reventase, yo creía que sería posible regresar a su lado por la sola fuerza de mi voluntad. Me alentaba saber que Colón navegaba sin los instrumentos astronómicos adecuados cuando, a

pesar de todo, descubrió a América. Desorientada como él, sólo me queda el instinto. Y el azar.

¡Qué diferencia de *azares*, sin embargo!

Rimbo de niño soñaba con las aventuras de un grumete fugado pero no imaginaba, estoy segura, que terminaría en Abisinia haciendo competencia a los negreros.

Lo dije como si eso hubiera sido lo peor

y él,

¿Has leído sus cartas?,

Mientras me descalzo para meter los pies en la alberca.

Algunas.

Vuelvo la cabeza. Soplo sobre una hoja que acaba de volar hasta su hombro. Ya empiezan a caer.

y él,

¿Has dormido bajo las estrellas?

Y yo,

Sí ¿Por qué?

y él,

Tengo mis propias teorías.

Y él, otra vez

¿Has subido a la cima de un monte y deseado quedarte allí para siempre, sola, como un animal salvaje?

y yo,

Sí, sí

y él,

¿Qué sentías? ¿Era como una especie de delirio que te obligaba a decir palabras de un color especial y, de pronto, tomaban forma, las palabras, y sabías como si lo hubieras sabido desde siempre, que los colores

blanco, rojo, azul no hubieran podido llamarse de otra manera y sentías la necesidad de gritarlos para oír cómo las devolvía el eco?

y yo,

Me gusta arrojar al eco sílabas sonoras y palabras esdrújulas y extrañas.

Y él, con risas,

Estás un poco loca. Hace años te hubieran quemado por bruja pero ahora sólo eres una profesora en viaje de estudios, un poco silenciosa y que empieza a caerme simpática.

Me coge una mano y se la pone sobre el pecho. Siento los latidos de su corazón .

¿Qué eras en tu vida anterior? ¿Una yegua, un árbol, alguna clase de viento?.

y yo,

Un soplo. Un soplo de aire de mar pero ¿a qué vienen tantas preguntas?

y él, como si creyera haberme adivinado, como si esa fuera la obligada respuesta antes de separarnos,

Eres una mujer extraña. No, extraña no, imprevisible. Llena de murmullos.

*

Esta mañana hace mucho viento, el cielo se ha teñido de un naranja siniestro y las ramas de los árboles han empezado a agitarse como si el genio de la botella quisiera abrirse paso entre ellas. Nos han pedido que no salgamos del hotel porque el vendaval pasará directamente por encima de nuestras cabezas y, algunos dicen, durante las tormentas de arena, la gente se vuelve loca. Otros insisten en que no hay que mirar al sol porque los

rayos te derretirán la retina. Que cuando tus párpados tiemblan has de meter la cabeza bajo una piel de cabra porque sólo así lograrás salvarte

Y yo,

Me gustan las tormentas. Cuando niña, solía ponerme nerviosa pero con el tiempo he aprendido a disfrutar con esos fantásticos despliegues de energía. Quizá sea una forma de reconocer que la fuerza que a mí me falta sigue existiendo en alguna parte. O quizá no sea más que una forma de decir que adoro los buenos espectáculos.

y él,

Aquí las tormentas duran poco pero bastan para crear un aire nuevo; se sacan un aire nuevo de la manga y entonces la respiración se transforma, se hace más volátil. Pero no solamente la respiración.

Del bolsillo de su chaleco, saca unas cuartillas y las deja sobre la mesa: texto y algunos dibujos, el esquema de un yacimiento de Shabwah, un antiguo asentamiento cubierto de arena, los restos de unas murallas, unas minas de sal y un sendero hacia el sur que conduce a Adén atravesando todo el Hadramut. Seiscientos años antes de Cristo aquí, en el Yemen, las gentes habitaban en rascacielos de barro rodeados de templos. Cuando en 1974 una misión francesa llegó por primera vez a esta ciudad, los arqueólogos no daban crédito a lo que estaban viendo.

y él, murmurando,

Recuerdo que fue entonces, tenía yo once años, cuando mi madre me confesó que mi padre había sido también francés y arqueólogo y que una parte de su familia, de la familia de mi madre, procedía de al- Mukalla. Al- Mukalla es el puerto donde Asha dio a luz a su hija y donde las dos esperaron durante mucho tiempo, el regreso de Rimbo. Según mi madre, una de sus tías resultaba ser una especie de descendiente de Asha. Imagino que esta es la razón por la que Mme. Doat te puso en contacto conmigo.

La luz proyecta en su rostro una penumbra que oculta sus ojos como bajo un velo. Le miro tratando en lo posible que no se dé cuenta. De la calle asciende un griterío que se interrumpe enseguida, mientras Otar, sin prestar atención a lo que sucede, empieza a revolver otra vez en su carpeta evitando mis ojos. Le miro con la curiosidad de la mujer que mira a un hombre. La amiga a su amigo. Un ser humano a otro ser humano.

Y se me ocurren dos cosas :

O bien que este hombre es un desconocido con el que he topado por casualidad o bien que es alguien a quien conozco desde mucho antes de que nuestra vida empezase, antes de que nos naciesen a los dos en lugares lejanísimos. Ambas cosas, sobre todo esta última, perfectamente absurdas.

Inimaginables.

El cielo, el pedazo de cielo que se cuele por la ventana, es de un azul tan verdoso como el mar. ¿Descendiente de Asha? Todos estos días juntos ¿Asha, la mujer hararí? Siento una opresión en el pecho y no puedo respirar. El cielo se vuelve cada vez más verde, como agua suspendida y de pronto, descubro que son sus labios los que me hacen soñar con el agua, con la humedad de una hierba que aquí sólo crece en pardos matojos rodeados de arena y sobre un suelo cuarteado en el que a cada paso, una imagina tropezar con huesos humanos.

Son sus palabras. Dice que pasaremos por al-Mukalla antes de llegar a Adén. Que Um Gad, su tía, vive allí todavía y que podremos pedirle que nos muestre sus fotografías y algunas cartas de Rimbo de entre los años 1883 a 1889.

Recupero el aliento pero me tomo un tiempo antes de preguntar por qué no me lo ha dicho hasta ahora. No se inmuta y con una risilla irónica confiesa que no estaba seguro si merecía la pena.

Le hubiera arrancado los ojos.

Por su parte, suelta una especie de bufido, se da un golpecito en la frente y echa atrás la cabeza mientras me mira con toda la malicia del mundo, como si el solo hecho de mirar ya fuera de por sí, un atrevimiento. La risa que sigue es casi muda, como un hipo. Luego, alarga el brazo y siento cómo me acaricia la mejilla con el dorso de la mano.

*

Otar ha pasado más de la mitad de su vida en el Yemen pero, desde que nos conocemos, pocas veces le he oído hablar de sí mismo. A veces, habla de esta tierra como si no fuera la suya y me impresiona lo que él denomina su *instinto de continuidad* refiriéndose a esa pulsión ancestral que impregna el ánimo de sus habitantes, semitas que pastoreaban aquí desde mucho antes de que se construyeran las pirámides de Egipto

El paisaje vuelve hacia nosotros su rostro desolado mientras avanzamos, muy despacio, hacia Shibam. Despacio pero alegremente porque, además de no tener prisa por llegar, así nos da tiempo a ver más cosas: las huellas de camello al pie de una acacia, la forma y el color de las ondas sobre la arena, los minúsculos brotes que se abren paso en el macadán y sobre la dura pista de cal sobre la que rodamos, los macizos de tréboles de flor amarilla que crecen donde el agua cayó hace un par de meses.

A lo largo del borde del desierto, va diciendo Otar, crecieron y se hundieron las civilizaciones pero los *bedu* sobrevivieron sin alterar su modo de vida. Sugiero que esa clase de supervivencia suele salir muy cara y él me contesta que eso depende del valor que se dé a las cosas. Al parecer ellos valoran su libertad muy por encima de cualquier comodidad y están ferozmente orgullosos de las dificultades de su entorno. Según él, ni nosotros, ni nuestra forma de vida significamos gran cosa para ellos que, hambrientos y andrajosos como están, representan para sí mismos y para la inmensa mayoría de los árabes, una transmutación de los legendarios héroes

del pasado. Todavía hoy, ni los *mutair* ni los *ajman*, aceptarían casar a sus hijas fuera de la tribu así fuera con el mismísimo rey de Arabia. (Un rey, dicho sea de paso, sobre cuyo prestigio moral, los *bedu* albergan toda clase de dudas).

Me explica el significado de la palabra “moral” para los *mutair*.

Tiene explicaciones para todo.

*

A medida que avanzamos hacia Shibam, el paisaje se va haciendo más y más árido. A estas tierras se las conoce como *Jawl* y forman una meseta desgarrada por profundas gargantas que el toyota se ve obligado a sortear, subiendo y bajando igual que una oruga por una montaña rusa (ahora que lo pienso, quizá sea esta la razón de un nombre *jawl*, cuya raíz en árabe significa *serpentear*).

Tierras de topografía quebrada como un arrepentimiento.

Tierras agazapadas.

Otar dice que las guías turísticas europeas describen con muchos matices la pobreza de la región pero en realidad, no tienen la menor idea de cómo son las cosas. Yo recuerdo unas fotos que debo haber visto en la guía, una instantánea descolorida del curso superior de *wadi* Do`an, en Hadramut, con luz vertical arrasando unas paredes de roca tan altas como las de los Cañones del Colorado y otra en blanco y negro, de las milenarias cisternas de Adén, una foto tomada en 1888 por el embajador imperial austriaco y de paso observo sus manos, unas manos delgadas, de finas muñecas. Cuando se queja de que *eso* no es todo (y supongo que con *eso* se refiere al desconocimiento general de todo lo relacionado con el Yemen), le siento vulnerable como un niño

Pero se supone que no debo decírselo. Y no se lo digo

Y entonces, como no sé que hacer, vuelvo a mirar este paisaje de pesadilla e imagino el viento y la lluvia que erosionaron primero, y excavaron después, su superficie. Descubro grandes baches que son arroyos que son valles que son gargantas. Sombras aisladas de algunos seres humanos esparcidos por la faz de este sudario ajenos, al parecer, al *horror vacui* que embruja al viajero. Y también, a ratos, un cielo que parece querer derrumbarse encima de nosotros .

Cuando por fin salimos de *wadi* al-Ayn, vemos a lo lejos, la ciudad de Shibam..

*

Shibam.

Manos alzadas en un gesto de plegaria. Dedos de adobe teñidos con *henna* y cal. Una masa compacta de torres de entre cinco y ocho pisos recortada contra el cielo. Barro ceñido por las palmeras del wadi y en los adentros, un laberinto de bocacalles, plazuelas y patios en sombra perpetua. Otar me toma de la mano. Con la mirada puesta en las últimas ventanas me dedico a contemplar lo que ocurre. ¡Y ocurren tantas cosas!: niños que saludan, mujeres sin velo detrás de las celosías, bolsas de plástico enganchadas en los cables de la luz, gatos, sábanas de colores. Simplemente no quiero perderme detalle para ... ¿qué? sí, ¿para qué? Para ser capaz, quizá, de recordar un día algo parecido a este sueño donde las cabras pastan encima de los, pocos, coches aparcados mientras yo me veo descalza, con ajorcas en los pies, peleando por hacerles entrar en un portal.

De pronto he olvidado qué estoy haciendo aquí. Me encuentro perdida. O no. Mas bien se trata de lo contrario. De repente estoy harta de libros, de poetas y de traficantes de armas. Estoy más que cansada de calentarme los cascos con teorías sublimes acerca de un diario que, a lo peor, nunca existió. ¿A punto de abandonar? No, creo que no. Pero por más

que me empeñe, el Rimbo de mi diario no dejará de ser un personaje de novela y aunque seguramente preferiría que así fuese, ese personaje no tendría nada que ver con la realidad; quizá, incluso, ésta sea la razón por la que, en lugar de haber ido directamente a Adén en busca de sus huellas, nos dedicamos a recorrer el Yemen.

Él hubiera estado de acuerdo, me refiero a Rimbo, claro.

Aparte de estos paisajes, ¿qué es la embriaguez, amigos?

Para la gente corriente los planes lo son todo. Por lo general creen que hacerse un plan es algo bueno porque indica que uno sabe lo que quiere; por otro lado, esa situación lo complica todo porque te impide ver las variantes, aceptar las sorpresas; pasa como con las guarniciones de las caballerías, esas que caen a los lados de los ojos y sólo permiten ver el frente. Pero ¿qué pasa con lo que se sale de los límites? Podría resultar mucho más interesante. A fin de cuentas, lo diferente es un misterio y el misterio está lleno de hermosos enigmas ¿no te parece?

*

Déjame descansar un poco.

Quiero reunir fuerzas para separar las historias que se pelean en mi interior. Alguna tiene que ver conmigo, unas pocas con Rimbo y otras con Asha. La mías son más sencillas pero resulta difícil aislarlas de las demás historias, las tuyas por ejemplo, mucho más complicadas y apremiantes. ¿Por dónde empiezo? Porque aquí, lo verdaderamente difícil es empezar. A contar. Aunque tampoco estoy muy segura. Puede que sólo se trate de acertar con la palabra verdadera dentro de una historia confusa como suelen ser todas las historias más o menos reales como ésta. De manera que, repito, no te molestes si, de vez en cuando, divago un poco.

En realidad, no sé por qué todo resulta tan confuso, es decir, quizá sí lo sepa pero como resulta tan difícil explicármelo a mí misma es más fácil

decir que no lo sé y así me ahorro el esfuerzo de tener que explicárselo a los demás. Escribir es, por lo visto, sólo una entre el millón y medio de formas que una tiene de dar salida a sus malditas explicaciones y aunque quizá no sea desde luego la más cómoda, permite al menos reflexionar sobre ellas, las explicaciones digo, intentando ordenarlas de la mejor manera posible para no caer en el fárrago y de ahí, directamente, en un silencio con propiedades infecciosas que iría acabando no sólo con los sonidos sino también con las palabras y su sentido, lo único, créeme, que garantiza hasta cierto punto mi supervivencia.

Salí, como te dije, en busca de un camino. Suena bien ¿no es cierto? Siempre y cuando no te fijes demasiado en lo que viene después puesto que si te fijas, verás que no se trata precisamente de *mi camino* sino de algo un poco más abstracto. En resumen, yo quería demostrarme a mí misma que *había* un camino. Sí, ya sé, algunos dicen que caminos no hay, sin embargo, los poetas los desean y también los desean las mujeres y los hombres cuando no se avergüenzan de ser tiernos y lúcidos como los poetas. Lo cierto es que con una ingenuidad desesperada intenté condensar en la búsqueda de Rimbo la resolución de todas mis dudas. Con malicia y parsimonia me puse a hacer toda clase de preguntas, al principio sobre las razones que él tuvo para dejar la poesía y con la poesía, su vida antigua como otros dejan la suya o, para ser aún más exactos, como yo dejé la mía para ir en su busca, y después, cuando salió a colación lo de aquella muerte desgraciada, preguntas también sobre la posibilidad de una historia diferente, de una teoría brillante en la que todas las claves parecían escondidas pero ninguna de ellas estaba oculta.

*

De vuelta en el hotel, ella (o sea yo) deja la gibosa mochila del color de la mugre en el mostrador de la entrada, tuerce a medias la cabeza sobre el eje

de su cuello, sacude el aire con la mano derecha en un leve gesto de despedida dirigido a Otar, sube sin volverse la escalerilla que conduce a su habitación, pasa los siguientes veinte minutos bajo la ducha y después baja de nuevo a la recepción dispuesta a compartir mesa con su amigo.

Pero ¡oh! sorpresa! yo (o sea ella) aterrizo en un comedor a oscuras, como fangoso. Con puertas que no cesan de golpearse las unas contra las otras debido a las corrientes de aire y con una supuesta cena que nadie ha tenido la previsión de encargarse. Mi decepción es total: la siento como una cucharada de vinagre en plena cornea. Pregunto y me dicen que Otar ha salido con unos amigos. Bien, pues a ver que hago yo ahora. Llevo sin comer desde el almuerzo y me muero de hambre.

Afuera, un cielo de estrellas disparatadas y, a la vera de los terraplenes rocosos, el hada Flora con sus amigas las alcaparras, las acacias y los pequeños conglomerados de *saf*. Doy un pequeño paseo por los alrededores del hotel antes de irme a la cama.

*

A la mañana siguiente damos una vuelta por la ciudad guiados por Almass, un ser extraño y velludo que parece haberse cosido a la piel todas sus ropas: un *futah* de harapos ceñido a la cintura, y una extraña camisa que deja a la vista un torso lleno de tatuajes y cicatrices. Apenas habla pero cuando lo hace, su tono sorprende por lo pausado y amable. En su compañía recorreremos las calles hasta llegar a una, un poco más ancha, que atraviesa la ciudad de este a oeste con alguna revuelta en el centro y que deja, la mayor parte de las calles principales al lado sur de esta vía principal. Al pasar por el cementerio oímos el insistente sonido de una bella música. *Ya nazilat al bir* (Oh, tú, que bajas al pozo) y Almass nos explica que describe el lamento de una joven esposa cuyo marido, al poco de casarse, se ve obligado a emigrar en busca de trabajo. En el Hadramut, dice, los hombres se van a

Indonesia y cuando vuelven, se gastan el dinero en casas y atartelados palacios. Otar le interrumpe para decir que tiene sed y que mejor vamos a beber algo. Almass dice que bueno pero que entonces él se va. Otar le da una propina y sugiere que subamos a la terraza del *funduk* y nos sentemos un rato. Es un hotelucho, dice, pero las vistas desde allá arriba son estupendas. Yo, como no podía ser menos, me fío de su palabra y dejo que decida.

*

Encontramos al administrador del hotel repantingado sobre un montón de almohadones. Lleva puesta una sucia *gandourah* blanca y, en la cabeza, un turbante de algodón marrón en forma de calabaza. En su mano izquierda sostiene un *misbaja* cuyas cuentas, al chocar, suenan como canicas y en la derecha, un palillo con el que se hurga los dientes sin el menor recato. Le pedimos permiso para subir a la terraza. Murmura algo entre dientes y lanza un escupitajo sin preocuparse de dónde va a parar. Otar le mira y se encoge de hombros después, se dirige a la escalera. Yo le sigo.

Allá arriba nos sirven café en tazas diminutas con un asa de cobre que evita que te quemes los dedos. Bebo en silencio mientras Otar me observa y exhala un leve suspiro. Por su expresión deduzco que parece alegrarse al comprobar que no hago ruido al sorber. O acaso, simplemente, el suspiro sea de puro desconcierto porque, a decir verdad encuentra rara esta tranquilidad mía, que no le pregunte, que no parezca devanarme los sesos tratando de averiguar lo que podría ocurrir si los papeles que nos esperan en al-Mukalla no son los que deberían de ser, que me lo tome todo con una resignación que, según él, roza la indiferencia porque nunca me oye mencionarlos o sólo de tarde en tarde cuando él saca la conversación y entonces sí, entonces, dice, me acuerdo de ellos, los

diarios digo y entonces, repito, sería estupendo encontrarlos, sí, estoy segura, a Rimbo, quizá, también le gustaría.

Y eso que su imagen parece volverse menos nítida a medida que Otar me va acercando a él, borrosa como la fotografía que él mismo se hizo en Harar *de pie en un jardín de café*, una foto doblada por la mitad en la que aparece vestido con un pijama de lienzo blanco delante de un fondo casi irreconocible, palmeras o arbustos moteados de manchas oscuras producto de un revelado defectuoso y recuerdo que la miré sin encontrar semejanzas con el arcángel de las portadas de alguno de sus libros, el Rimbo que tan bien se acordaba con el adolescente maldito de la leyenda. Y recuerdo que me llamó la atención su amaneramiento, con la mano izquierda apoyada en la cintura y la derecha, bueno la derecha rígida como un guante relleno de borra sobre la rodilla ligeramente doblada que aún sigo preguntándome cómo pudo impresionarla con tan pocos medios y el agua, ese agua que lo ponía todo blanco según explicaba a su madre en una carta enviada el seis de mayo.

Por lo demás Otar se limita a estar ahí, es mi acompañante, se lo pida o no y, si cierro los ojos, lo veo a mi lado como una sombra, mi ángel de la guarda tal vez, siempre listo, siempre a mi disposición.

Y él,

Son varias carpetas llenas de papeles, documentos y otras cosas, poemas, un cuadernillo y un paquete con las cartas de Asha. No será difícil que encuentres lo que buscas.

Le miro sin decir nada.

Y entonces él,

¿Entiendes lo que quiero decir?

Asiento con la cabeza.

Me cuenta entonces que, por lo que él sabe, Rimbo dejó preñada a su amante *harari* y que ese fue el verdadero motivo que le llevó a deshacerse de ella y yo asiento, sin atreverme a añadir que, por el contrario, en mi opinión esa fue probablemente una de las razones que le impulsaron a quedarse.

y él,

Sobre Rimbo se ha dicho de todo, pero si quieres saber mi opinión, este hombre sólo tiene de rebelde lo literario. Lo que nos queda al final, a parte de su poesía de infancia, es la negación de toda creencia, de todo principio. Rimbo es idolatrado por surrealistas y románticos de toda laya por haber renunciado a su propio genio, como si este renunciamiento supusiese una virtud sobrehumana o, peor aún, como si el genio no hubiese renunciado a él por anticipado.

Escucho con humildad y resentimiento. Supongo que tiene razón y eso me inquieta aunque procuro que no se me note demasiado. Por cierto, no recuerdo quién me metió en la cabeza la idea de que una mujer segura de sí misma no tiene que esforzarse por parecer encantadora: ser quién es ha de resultar suficiente. Imagino que eso es algo que se da por sabido pero ¿y si no funciona? Siento que se me enciende la cara. Otar se da cuenta pero no hace el menor gesto para tranquilizarme.

No quiere tranquilizarme.

y él, insistiendo,

Es más, creo que tuvo su instante de gracia pero enseguida pasó y como si toda aquella belleza, aquella nostalgia irresistible de lo imposible, la hubiera padecido otro, toda la magia se le perdió en el olvido: ni siquiera fue capaz de conservar una versión imaginada de sí mismo. Nada. A juzgar por esas cartas en las que no habla sino de dinero o de sus deseos de casarse

con alguien respetable, cabe pensar que tu mítico rebelde murió de una vez por todas mucho antes de llegar al Yemen.

y yo,

Ahora no puede defenderse.

y él,

Tampoco entonces hubiera podido.

Alguien acaba de encender la radio. Con tanto ruido se me hace difícil captar los efectos tornasolados de su voz que, a ratos, adquiere una dulzura sin debilidades para encontrar, de improviso, la forma de golpear mi desconcierto con acentos bruscos, secos como de piedra pómez.

y yo,

En cualquier caso son sus palabras, no su forma de vida, lo que le hacen verdaderamente grande ¿no crees? Cuando lees sus versos, es como si te frotaran la piel. Me gustaría saber cómo - si es que lo hace - describe su relación con Asha. ¿Es tan sincera como sus gritos? Él mismo la califica de “mascarada” ¿Qué quiso decir? ¿Cómo podríamos estar seguros de que *eso* fue exactamente lo que quiso decir?

y él,

Antipático. Violento. Escéptico. Amargo. Hermético. Estrafalario. Impaciente. Mentiroso. Criminal.

y yo,

Poeta

y él,

Fue en Chipre, en Troodos. Se empleó allí como capataz de un grupo de canteros y para tenerlos contentos, les permitía malgastar grandes cantidades de explosivos. Al parecer, cada retumbante explosión de pólvora, como la traca final de unos fuegos artificiales, les servía de desahogo. Con el tiempo, la disciplina se va resintiendo y Rimbo pide a la

empresa que le proporcione un arma. Hay veces, ya lo sabes, en las que hasta el encargado más competente puede verse metido en líos. Y él se metió. Claro que se metió. Las crónicas lo llaman “desafortunado accidente” Pero no fue desafortunado sino todo lo contrario. Tiró a dar y acertó en el blanco. Aquel pobre trabajador murió de una pedrada y Rimbo tuvo que salir por piernas. Tan rápidamente que ni siquiera tuvo tiempo de esperar al vapor de línea. De madrugada roba una barca y aborda un barco de vela que se dirige a Egipto. Desde allí, no parará de dar vueltas hasta llegar a Adén. ¿Rimbo un hombre libre? ¡no me hagas reír! Pero ¿por qué crees que se quedó aquí? Con aquella muerte a sus espaldas no podía volver a Francia porque le trincaban. Y de hombre libre nada, tal y como yo lo veo, se vio sometido siempre a las circunstancias en lugar de controlarlas.

Mira su reloj de bolsillo y me regala una sonrisa con sus labios del color de las moras claras,

Tenemos que irnos.

Y se levanta para salir. Sus movimientos son coreográficos, camina como si buceara por el dorado espacio de la terraza antes de esfumarse en la penumbra de la escalera. Es como si el aire se plegase a su paso, sus hombros, por el contrario, parecen expandirse; todo es él. Estoy impresionada, tengo la sensación de que mi cuerpo se desborda por encima del escote de la camiseta y por debajo del borde de los pantalones y siento ganas de echar a correr tras él, obligarle a besarme y meter mi lengua hasta el fondo de su garganta para saber a qué sabe.

*

Veamos pues.

Digamos que está anocheciendo. El gran disco de color bermellón ya se ha puesto. Ha salido la luna. A pocos kilómetros de Shibam, en los amplios y poco profundos barrancos que bajan hacia las Arenas atravesando

las llanuras pedregosas, vemos a los pastores llevándose a toda prisa a sus cabras por la llanura. Algún *rashid* baja entonces de su camello y lanza un puñado de arena al viento en señal de buena voluntad. Entonces ellos se acercan en busca de noticias *Salam alaikum, Alikum as salam* y tú les cuentas que si los pozos o el pasto para los camellos, que sí alguna muerte o alguna boda en las tribus y ellos se alegran. Luego, si no tuviésemos prisa beberíamos té, dulce y negro antes del café negro y amargo.

Otar me habla de cómo sería si estuviese en el desierto con él en las horas que los árabes llaman del *Samar*, la tertulia a la caída de la noche.

Escucho en silencio.

Él, recorta su historia frase a frase, palabra a palabra y disfruta haciendo que entrechoquen los fragmentos.

Hay que tomárselo con calma ¿sabes? ofrecer el café es un asunto formal que no puede apresurarse. Mientras sirvo, tendré que permanecer en pie para ir echando el café gota a gota en una tacita minúscula que después, por turno, ofreceré a cada uno. Todos los invitados serán servidos, la costumbre dice que hasta tres veces, pero si no desean repetir, me lo harán saber sacudiendo ligeramente la taza antes de devolverla.

Al unir las inflexiones de las palabras con el imaginado aroma del café, la voz de Otar evoca mucho más de lo que nombra: el aliento de los hombres que llena el aire de un aroma denso, el zumbido de las moscas que rondan las orejas de las cabras de cara negra, el olor de las tortas de harina entre las cenizas o el ligeramente salado de la leche de las camellas a la luz de las hogueras, el recuerdo de los muros perfumados de aquel palacio que un príncipe de la frontera mandara construir para su amada con arcilla amasada y el néctar de un millón de flores.

Mujtar sólo lleva dos cintas de música: una grabación del Corán y otra de *mizmar*, un tipo de música tradicionalmente letárgico que si se

escucha durante más de dos horas acaba por volverse hipnótica. Por lo que a mi concierne, había empezado a levitar cuando siete horas después de dejar Shibam, avistábamos al-Mukalla, la antigua capital del Sultanato Qu'aiti.

*

Al-Mukalla es un pequeño puerto pesquero cuya influencia antaño se extendía por toda la costa y gran parte del interior del Yemen antes de ser parcialmente demolido en 1980. Sus pequeñas casas blancas desaparecieron para dejar paso al enorme malecón que rodea hoy la ciudad de este a oeste y cuando en 1990 dieron fin a la faena, de la ciudad antigua sólo quedaba en pie el Palacio del Sultán y la Mezquita de Omar.

Nuestro *funduq* está al lado del mar. Es uno de los de “dos sábanas”, con baño privado en el pasillo, ventiladores, y un sistema de aire acondicionado permanentemente averiado. Marwan, su dueño, es un geólogo palestino casado con una yemenita residente en Bahrain que se vio obligado a abandonar el emirato después de la Guerra del Golfo. Hasta entonces, él y otros muchos emigrantes como él, habían disfrutado de un estatus especial que les permitía trabajar y vivir allí sin problemas, pero la posición palestina durante la crisis, defendiendo con el Yemen y otros países árabes de la zona, la idea de que era preciso encontrar una solución árabe antes de permitir la entrada en el conflicto de países no árabes, les salió bastante cara. Por otra parte, los Emiratos del Golfo y Arabia Saudita, al expulsar a todos sus residentes, no sólo se privaron a sí mismos de la mayoría de sus médicos, maestros e ingenieros que durante décadas habían contribuido fielmente a su enriquecimiento, sino que condenaron a la penuria más absoluta a miles de trabajadores árabes. Muchos fueron los que llegaron al Yemen con lo puesto dejando atrás su trabajo y único medio de vida. A comienzos de 1991, la cuarta parte de los coches que rodaban por las

carreteras del Yemen pertenecían a refugiados, muchos de ellos yemenitas. Los pocos campamentos que se construyeron para recibirlos, se vieron pronto saturados y con graves problemas sanitarios. A fecha de hoy sólo los más afortunados han conseguido rehacer su vida.

*

Para las mentes amplias, la Tierra es pequeña. Acogedora como un saloncito. Piensan que sólo dentro del hogar puede evitarse el naufragio. Pero ¿cómo podríamos vivir toda una vida ahí dentro? y si no es ahí ¿qué importa el dónde o el cómo? Así que *Yalla, yalla*, supongo que tendrán apetito. ¿No les importa que les dé un consejo?. Mejor en el puerto. No vayan al centro. Mejor en las casas de comidas que hay en el puerto. Enseguida verán las mesas corridas que hay en la calle; dan el pescado más fresco. Háganme caso y no se fijen en el aspecto de los camareros. Cuando les sirvan, dejarán los peces sobre la mesa, sí, encima de unas hojas de papel de periódico, recién sacado de las brasas el pescado. Y el pan. También pueden pedir *sabaya* para acompañar. Otra cosa: los gatos. Están ahí para comerse las raspas. Igual que ustedes sólo que sin dedos. No, no ponen cubiertos. No, tampoco hay vino. Sí, agua, sí. De acuerdo, cuando vuelvan les estaré esperando. *Yalla, yalla* que se hace tarde.

Y nos despacha sonriendo.

*

La calle huele a algas y a leña quemada, a meadas de gato y a pescado a la brasa. El cuello de Otar huele a neroli y a bergamota amarga y también a algo más que no tiene nada que ver con las naranjas pero que no puedo describir todavía. Yo huelo a jabón (aunque también puede ser que me equivoque) y el puerto huele a recuerdos como huelen todos los puertos. Un olor abrumadoramente nostálgico porque está hecho de imágenes y emociones que nadie ha tenido tiempo de precisar. Una memoria líquida

¡eso es! que fluye por entre los corredores de gentes que se entretienen charlando en torno a los puestos del afilador o del barbero.

Vamos hacia el puerto cuando Otar, sin mirarme, dice.

¿De verdad te interesa tanto Asha?

Y tomándome del brazo hace un gesto al paso de dos jóvenes veladas, sombras frescas y limpias. Se me ocurre que la vida aquí ha sido siempre eternamente igual: los hombres a sus tareas, las mujeres – para nosotros casi invisibles – en la cara oculta de la luna. Ninguna influencia extranjera ha sido capaz de introducir el más mínimo cambio en este mundo que me hace sentir inocente como una niña. Y ¿qué siente una niña cuando se despierta la mañana de reyes y descubre frente a ella los juguetes que ha estado esperando a lo largo de todo un año? Asombro, temor y una fiera alegría es lo que se me viene a la boca del estómago

Fuera, en la playa, unos muchachos buscan cebos, y cerca del muelle un niño corre por el agua hacia las rocas que allí sobresalen .

y entonces Otar, otra vez,

Um Gad sabe muchas cosas

Silenciosa, disfruto de la maravilla y me le quedo mirando, mirando cómo saca la cajetilla y coge un cigarro y lo enciende, todo con una mano, y hago como que no oigo lo que oigo aunque el corazón ha empezado a saltarme dentro del pecho cuando repite,

Muchas cosas

y él otra vez,

Muchas cosas

Y me doy cuenta que esta vez sí, esta vez seré capaz de recordar exactamente todo lo que me digan, que algún día encontraré las palabras adecuadas para contarlo y entonces a alguien le importará esta historia lo mismo que me importa a mí para lo cual, imagino, sólo necesito un poco de

tiempo. Y lo del tiempo me lo repito, simplemente, para no ponerme a gritar de puros nervios.

Imagino a Asha como un espejo horadado, un espejo agujereado por los dos lados pero ¿sabes? yo me veo en ella porque sé también que fue en algún momento de 1883 o de principios de 1884 cuando Abo Rimbo y ella se conocieron y él se la llevó a vivir, primero a Harar y después a Adén a donde debió llegar en el mes de Agosto. Para entonces, Rimbo había alquilado allí una casa y pasaban juntos la mayor parte del tiempo fuera de las horas de oficina. Aparte de los detalles descritos por Françoise Girard, el ama de llaves de Bardey, poco más se sabe de ella.

Que la compró en el mercado cristiano extramuros de la Puerta de Shoa, en Harar, o en Obock, a orillas del mar Rojo. Que era alta y delgada con un rostro muy bello de facciones armoniosas y de piel no muy oscura. Que estaba bautizada. Que durante algún tiempo su tía vivió con ellos. Que vestía a la europea y fumaba dentro de casa. Que salía con él al anochecer. Que era silenciosa y atenta y Rimbo parecía quererla. Que la trataba bien y le enseñaba a hablar francés....

No puedo dejar de preguntarme qué cosas serán esas muchas que sabe Om Gad o qué puedan tener que ver con Rimbo o con Asha y ahora pienso que esa mujer, pese a todas mis dudas, seguramente no inventa nada pero si lo hace, pues bueno.

y entonces él,

¿Pero qué pasa si no quiere contarte?

Suelto una risita nerviosa, pero él no afloja y sin transición alguna se pone a decir que no me preocupe, que hay formas de convencerla. Y otra vez nada, sólo sus miradas fijas, sus miradas en la lejanía, y la brisa, que igual que todos los días empieza a soplar antes del anochecer, a rachas, desde el mar, rodea la bahía y se abalanza sobre nuestro cuerpo hasta

hacerlo volar, ingrávigo, presa de esa singular ligereza que parece arrastrar toda la ciudad en una inquietud imparable.

*

Dejamos atrás la mezquita de Rawdha. Pasada la puerta, una callejuela bulliciosa y estrecha baja sinuosa hasta el Puerto Viejo cuya rada se abre a los pies del cementerio. Casi todo el espacio del Cabo al-Mukalla está ocupado por el muro blanco que rodea este cementerio. Y, en la pared oriental, la enorme, bulbosa cúpula. La calle llega hasta el mar. Transitan por ella furgonetas y carros con neumáticos en las ruedas que emiten un extraño chirrío al frotarse contra el empedrado; hay balcones cubiertos con celosías de madera, ventanas pintadas de azul y un olor picante a algas y a sal.

Y entonces él,

¿Sabes? En sus *Delirios*, Rimbo dedica a estas tierras algunas de sus profecías:

Amé el desierto, los vergeles calcinados, las tiendas mustias, las bebidas tibias. Me arrastraba por las callejas malolientes y, con los ojos cerrados, me ofrecía al sol, el dios del fuego

Historia fantástica ¿no te parece? en la que un hombre pasea por una ciudad inventada, un paseo tanto más angustioso por la simple razón de que la conoce bien sin haber puesto jamás un pie en ella y, tan bien la conoce, que su paseo se convierte en un ir vagando sin rumbo por aquel sueño calcinado, un andar a tientas a través de una total confusión de voces, los gritos de los estibadores, los gestos obscenos de las putas que, proscritas, se ocultan en la sombra, los insultos de los borrachos.

y yo,

¿Cómo lo sabes?

y él,

Lo sé

Y detrás de sus palabras resuena el mismo escepticismo con el que, también Juan, me hizo esa pregunta, la misma sorpresa, como si yo fuese la única a quién se le hubiera ocurrido, la misma incompreensión

y entonces, él otra vez,

¿Es que te has creído que *todos* sus poemas tienen un sentido, que todas sus descabelladas combinaciones de palabras quieren decir algo?

y yo, interrumpiendo,

Los poetas, bueno, yo creo que algunos poetas, están *poseídos*. Ni siquiera ellos mismos comprenden todo lo que dicen ni, mucho menos, por qué lo dicen.

¿A quién alquilarme?, ¿qué bestia hay que adorar?, ¿a qué santa imagen atacar?, ¿qué corazones he de romper?, ¿qué mentira sostener?, ¿qué sangre pisotear?

Estaba furioso.

y él , con cierta sorna,

Palabras, sólo palabras

Su rostro se ilumina con el último rayo de sol que aún brilla sobre los palos más altos de las barcazas que, recostadas unas sobre otras, se balancean sobre el agua y enseguida dice que quiere contarme un sueño y yo me quedo de piedra, un sueño imagina o una pesadilla, dentro de una mar dorada, buceando entre anémonas y corales cuando de repente sientes algo pero nada ha cambiado a tu alrededor. El sol se filtra a través de la superficie del agua y transforma en turquesas las piedras *çaffuri*, tan lucientes. A tu alrededor, peces unicornios y peces halcón, de hocico largo que nadan tan tranquilos. Es un lugar hermosísimo pero tú, ya digo, sientes algo. Imagina entonces que ese sentimiento crece y crece. No en tu pecho sino por todo el cuerpo, en la garganta, en el estómago. Imagina que es

agrio y que te sube a la boca y la llena de saliva y de dolor líquido justo antes de verlos llegar, azules, con las fauces abiertas,. Imagina que te rodean, que los sientes por todas partes aunque todavía crees que puedes hacer algo para librarte de ellos aunque por poco tiempo, porque enseguida te das cuenta de que no, que no puedes. Se van acercando, digo, y entonces, justo antes de que suceda comprendes, con la absoluta seguridad que se comprenden este tipo de cosas, que ya estás muerto. Simplemente no conoces la forma de comunicarte con ellos.

Con los otros.

y yo,

Puede que se vayan

y él,

Puede, sí. Pero nunca antes de que te despiertes.

Me sorprende que sin esperar mi respuesta, siga preguntando,

¿Entiendes lo que estoy intentando decir?

Sin atreverme a levantar la vista, contemplo las diminutas barcas de remos en la bocana y las paredes de la lonja pintadas de azul hasta la altura de los ojos, un azul como de cielo disecado y por encima, de blanco y las esquinas redondeadas como para impedir que los ciegos se rompan la crisma contra ellas, y digo

Sí

y él, cogiéndome la cara con las manos

¿Estás segura?

y yo,

No ¿cómo podría?.

*

Envuelta en calina, ensartada por los rayos del sol.

Como un gran terrón de masa mineral procedente de los espacios interplanetarios donde se ha permitido que habiten los humanos. En al-Mukalla todo huele a salitre. Y a yodo. Pero los atardeceres, de una lentitud enloquecedora, son de una belleza inaudita. Hasta el mismo instante en que se sumerge el sol. ¿Sumergirse? Este verbo sugeriría lentitud, cierta calma. El caso es que cuando en el horizonte el astro rojo toca el mar, la noche sale catapultada de sus aguas, como si alguien echase un capirote negro sobre lo que resta de la luz del día. Entonces vemos abrirse un boquete en el cielo y la esfera incandescente de la luna aparece tan cerca de nosotros que nos priva del aliento.

Y su aparición es una voz de alerta. Coincide con la llamada de los muecines desde lo alto de los minaretes. Como si agazapados en el calor del día, los cuerpos sólo esperasen el guiño de *al-qamar*, la luna, para arrancarse a correr y poblar las calles que aparecen abarrotadas de gente, con todas las puertas abiertas. Todos los gatos ausentes. O, mejor dicho, todos los gatos alrededor nuestro, debajo de la mesa, subidos en las tapas de los contenedores, en los bancos. Al quite. A ver qué es lo que pueden pescar, y nunca mejor dicho, entre los restos de nuestra más que abundante cena de pescado a la brasa, ensalada de tomate y guindillas, queso fresco con *fattah*, pan reciente, untado con mantequilla y miel de acacia *alham-dulil-lah*

Y él.

Se parece a la felicidad.

Y yo,

Es fácil de saber

Y él,

¿Cómo?

Y yo, haciéndome la interesante,

La felicidad es algo que hace daño. Aquí, ya sabes.

con la mano en el corazón y luego le oigo decir que está de acuerdo y bueno, enseguida sé hasta qué punto cuando pasa un rato en el que sólo se oye el siseo de las olas, un sonido inarticulado como si alguien manifestase su acuerdo, como si alguien susurrara sssii, sssii y unas palmadas, antes de que sus palabras las ahogaran,

¿Te apetece mascar un poco?

Y su voz, de nuevo, diciendo que esta noche es tan buena como cualquier otra y que me invita a una mascada, si quiero acompañarle.

Así que cogemos un taxi, un Chevrolet grande y negro, y él se sienta a mi lado y me pide que compruebe si la puerta está cerrada no vaya a abrirse de golpe y yo a caerme y me doy cuenta que es la primera vez que me habla en ese tono, tan de confianza, como si quisiera hacerme la corte con toda la seriedad del mundo y que en el fondo eso es algo que nada importa por sí mismo, sino por el hecho de hacerlo juntos.

Y eso le gusta, me doy cuenta. Y a mí también.

Es un lugar especial, ya verás.

y yo,

¿Seguro?

y él, burlón,

Seguro

y yo, insistiendo

¿Por qué es especial?

Y cuando se pone de pie y pasa a mi lado para dirigirse hacia la pila a lavarse las manos repito,

¿Por qué?

y entonces él se me acerca y me mira como si estuviera solo o mejor como si estuviéramos solos los dos y me cuenta que en un año del que ya

no me acuerdo, los sultanes Qu'ayti trasladaron su capital de Ash-Shihr a al-Mukalla y aquí construyeron su casa, una especie de palacio hindú con influencias neoclásicas y escaleras góticas que albergó a la familia y a las principales dependencias del Gobierno hasta que, a finales de los sesenta, el último sultán decidió exilarse en Yedda y andando el tiempo, las autoridades revolucionarias terminaron por convertirlo en un museo. Sigo pensando que todavía no ha contestado a mi pregunta y mientras habla le miro a los ojos pero no a los labios y pienso si a lo mejor sólo con eso se dará cuenta y parece que sí porque sin esperar otra vez mi pregunta sigue diciendo que fue a finales de 1994, cuando debido al expolio sufrido durante la guerra civil de ese año, el museo fue clausurado pero que entre tanto empresarios y comerciantes de la ciudad lo convirtieron en una especie de club privado para sus reuniones y *mascadas* de negocios. Hay un sala reservada a los invitados donde se nos permite alternar con hombres y mujeres de otros países.

No le miro a él, miro la pesada luna sobre nuestras cabezas, un coloso plateado con un aro de colores en las narices, miro el lunar al lado de la luna y los tallos, indefinibles y secos de las constelaciones, las estrellas apiladas y las cajitas de luceros afilados apuntando hacia nosotros, veo el reflejo de sus ojos oscuros sobre mi frente y digo,

Muy bien, vamos

y él, juntando las palmas de las manos

¿Estas segura?

Y yo,

Sí.

*

La habitación en penumbra. Antes de entrar me ruega que me quite los zapatos, después, se acerca al hombre de la puerta y le susurra algo al

oído. Y girándose hacia mí,
¿Tranquila?

Acaricia mi antebrazo con las yemas de los pulgares para comprobar que no tiemblo. Y no tiemblo pero tampoco sé muy bien cómo funcionan este tipo de pactos. Hace tiempo que no me fío de nadie; hace mucho tiempo que no siento necesidad de hacerlo.

Y yo, insegura,
Estoy convencida de que puedo estarlo,

Lo digo de corazón. Cuando veo sus gestos y cómo se mueve dentro del caudal de almas que le rodea siento un extraño sosiego. Le digo eso también y le explico que puede interpretar mi aparente inquietud como síntoma de una cierta inseguridad, un peligro de dependencia que me veo obligada a combatir. Me dice que nunca lo hubiera adivinado pero que en efecto, puede que tenga razón.

Ven, sentémonos aquí.

Pero aunque parece sentirse especialmente cómodo en su papel de anfitrión, se me ocurre que quizá persiga algún fin con el experimento o que quizá, más tarde pudiera querer examinarme, podría querer detalles de cómo me siento y yo verme en la obligación de decir que estaba distraída o que no vi aquellos gestos en la penumbra tan parecidos a los nuestros de estudiantes, liando pellejitos de chocolate con las briznas de los Celtas o, también, de tener que explicarle mi incapacidad para inhalar el humo o admitir que drogarme está fuera de mi alcance, que incluso, mi pasión por el vino tinto tiene un límite, y confesar que ni siquiera haciendo el amor, me gusta cerrar los ojos.

El *mifraj* está rodeado de ventanas abiertas a ras del suelo. Las aspas de los ventiladores cortan el aire por encima de nuestras cabezas. Levanto la

vista y en la tracería del techo veo escrito el nombre de Alá y el de su Profeta y leo, o más bien intento leer, las palabras del Libro

¿No has visto lo que hizo tu Señor con los dueños del elefante? (Cor.105,1).

Cobre pulido centellea en todos los rincones, hisopos de agua de rosas, incensarios, escupideras, bandejas y *narguiles*. Bancos cubiertos de alfombras afganas se alinean contra la pared y un número indeterminado de hombres – quizá unos diez o doce – tumbados sobre almohadones dorados, hablan en voz muy baja. Otar les saluda al entrar.

y ellos,

Acabamos de empezar,

Sus voces suenan apagadas,

Ahora subirán el *qat*,.

Me tiendo en uno de los bancos mientras me esfuerzo por demostrar interés en las explicaciones acerca del *pedigree* de la dichosa hierba. De vez en cuando miro hacia el hombre que me pilla más cerca y veo cómo arranca, una a una, las hojas más pequeñas de una rama de medio metro de largo. Después, también una a una, va envolviéndolas delicadamente en un lienzo húmedo, como si fueran hostias consagradas.

y yo,

¿Qué hace?

y él,

Es un *snob*. Seguro que en tu país ocurre lo mismo con los vinos, a veces no puedes evitar que algún *connaisseur* se siente a tu mesa..

Entretanto, el hombre de la puerta ha dejado a nuestros pies otro montón de hojas, del color de una lechuga recién nacida, en manojos apretados como ramos de novia.

y él, otra vez,

Espero que te guste

Dejo que arranque las primeras hojas y me las tiendo con los dedos curvados formando un pequeño cuenco. Después, sí, abro la boca y dejé que ponga sobre mi lengua el brillante paquetito verde.

Tan leve el gesto, tan tierno.

Y me pongo a mascar. Noto la aspereza de la hoja sobre las encías, el primer chorro de jugo un poco amargo al principio, ligeramente anestésico, después. A partir de ese instante, se que dejaré pasar el tiempo sin desear nada más que lo que tengo: hojas para mascar, té para beber, su aliento a mi lado.

Las voces se han ido apagando. El grupo se disgrega, algunos hombres conversan por parejas. Con la oscuridad, el silencio. Yo miro por las ventana, hacia la bahía. Será también esta noche cuando, sin meditarlo mucho, decido confiar en él; decido dejarme en sus manos para que no se sienta cohibido por mi actitud, a menudo, agresivamente en guardia. Decido también, no volver a culpabilizarme por sentir como me siento cada vez que le miro.

y él, con la voz quebrada,

Los corazones se enternecen ante su esbelto talle / Y cuando mastica, en su boca aparecen / Perlas engastadas en cornalina y, en medio, / la esmeralda, disolviéndose.

Recita a al-Hindi, del siglo XVII. Recorta sus versos palabra a palabra y disfruta haciendo que entrechoquen los sonidos *es-me-RAL-da di-SOL-viénd-do-se*, al tiempo que desprende de ellos un sentido inesperado que no mantiene ninguna relación con la pulpa triturada o la saliva, sino con el puro paladeo del placer.

y él,

¿Cómo te sientes?

Su voz estampa la belleza de los versos en mi cerebro. Luego, sin transición,

Nosotros, los consumidores habituales de *qat*, no somos ni unos libertinos ni unos pecadores irredentos, ni tampoco – hace un gesto con la mano como para alejar telarañas invisibles - una de las peores plagas del Yemen. Todo lo contrario.

Y yo, sin parpadear, lo miro como si de esa manera quisiera ganarle, como si la sola belleza de aquel instante fuera ya de por sí una prueba de su irreprochabilidad, algo tan evidente como el propio humo

Espero que sepas lo que dices

Mientras él da una profunda chupada al *narguile* y echa el humo por las narices antes de reanudar su discurso con aire distraído

El *qat* no produce dependencia ni deja secuelas físicas o psicológicas. Es caro, reconoce, pero mira (me mira)

Nada dura y el inconstante sol / nunca se alza donde se pone / Si límpido y rojo nace / muere azafrán.

Para Otar y para todos esos poetas que sólo él conoce, *Qat* equivaldría a inspiración convertida en esmeralda líquida. En absoluto un asunto de narcóticos ni de sanidad pública, sino un pacto entre nuestra sensibilidad y un tiempo que tiende a licuarse arrastrando recuerdos, del mismo modo que la corriente del agua arrastra las ramas. Recuerdos que pudieron ser percepciones de sonidos, de colores, de perfumes, de sentimientos

Y con un pizca de duda, y aparentemente mareada, mi voz haciendo aguas,

Venga, pregúntame qué estoy haciendo. Vamos, estoy esperando,
y él, siguiéndome el juego,
¿Qué estás haciendo?

Dejo transcurrir unos instantes antes de contestar. Miro el reloj, las doce, se diría que ese tiempo líquido del que tanto habla empezara a solidificarse,

No me preocupa no hacer nada pero cuando no sé por qué no lo hago, me vuelvo loca,

y una especie de gemido,

Miedos tontos. Estás sentada en la penumbra y tienes una bola de hierba verde en la boca. Nada más. De momento no es fácil reconocer sus efectos pero si la hierba es buena y te encuentras en el lugar adecuado, el *qat* puede ayudarte a pensar, a estudiar y también a trabajar. Mientras mascas no debes moverte pero si tienes que hacerlo, no percibes el movimiento como cosa tuya, es más bien como si el mundo se moviera a tu alrededor mientras tú te limitas a contemplarlo y por unos instantes sabes, pero lo sabes con absoluta certeza, que estas viviendo el momento perfecto en el lugar perfecto.

Y luego, casi inmediatamente, otra pregunta

¿Cómo te sientes?

Y la respuesta que se me escapa

Poseída. Poseída a través de tus gestos. Poseída a través de la inquietante extrañeza que me producen tus palabras. Tu voz las transforma en caricias.

Entonces alguien enciende una cerilla y vuelvo a oír el burbujeo del agua dentro de las pipas, el arrullo de las palomas en sus jaulas, todos los suaves sonidos que impregnan el silencio de la habitación. Alguien pulsa el interruptor de la luz. Click. Nos frotamos los ojos. En voz alta, un viejo bendice al Señor, nuestro Dios y todos respondemos a una ¡Bendito sea!

Y enseguida nos hemos ido.

*

Otra vez una cama diferente en una habitación distinta. Una habitación con vistas al mar. Las ventanas, todo un lujo de cristales viselados; la cabecera de la cama es de hierro pintado de azul. En el suelo, hay una gruesa y áspera alfombra de lana color ciclamen. En la pared, una fotografía del Puerto de Adén con un *dhow* en primer plano que se llama *Fatah al-Jair* (“El que trae cosas buenas”). En un *dhow* idéntico a éste, cruzó Rimbo el Mar Rojo para dirigirse a Somalia. Hay también un sillón de mimbre con almohadones granates, una mesa estrecha pegada a los pies de la cama y una pequeña repisa con algunas revistas. No tengo ganas de dormir así que para ir ganando tiempo le pregunto,

¿A qué hora habías pensado salir?

Mientras abre la puerta de su habitación y yo – son habitaciones continuas – juego a encontrar la llave de la mía,

Muy temprano.

y antes de darme tiempo a preguntar

No antes de las cinco.

Créeme, sólo puedo asombrarme de que pierda el tiempo insistiendo, que dé la impresión de querer castigarme con el madrugón como si todavía no se hubiera dado cuenta de que es la una de la mañana y que yo, es decir esa mujer que tiene en frente, sólo espera a que le invite a entrar en su cuarto,

y yo, un poco irritada

Entonces...

alejándome unos pasos, dos exactamente, en dirección a mi cuarto antes de que por fin se decida a decir mi nombre.

Olga.

y yo,

¿Sí?

y él,

No, nada, hasta mañana

Y mientras él cierra su puerta, a mí no se me ocurre nada mejor que seguir mirándole. Mirar. Para tenerle después. Cuando se haya ido. Ahora, quizá.

*

Madrugada. Claramente, nadie. Hubiera sido demasiado sencillo pero había que intentarlo: un paso adelante, dos pasos atrás. Cualquiera tonto hubiera podido decirme que es una temeridad avanzar con tanta facilidad en terreno enemigo.

En el espejo, un toque malva en los párpados y parezco menos triste.

La maleta abierta, rodeada de telares. Me pongo el camisón y vuelvo a dejar cada cosa en su sitio. Él no va a venir y yo no voy a esperar. Está claro. Me pasaría la vida esperando y él haciéndose esperar al otro lado de cualquier frontera. Lejos, noches enteras. Bueno. Pero, a fin de cuentas, ¿Por qué no? me ha gustado siempre jugar con las fronteras. ¿Acaso no está una hecha de escapadas? ¿No es así como siempre había pensado que me gustaría vivir? Sumergida en el misterio de los paisajes, de los huidos territorios de aquel *allá* que él nunca conocerá, que ni siquiera sospecha. De acuerdo, esperaré ¿por qué no? A eso le llaman paciencia, primera entre las virtudes esenciales.

Esperaré.

Y eso fue lo último que pensé antes de dormirme.

Después soñé que estaba en uno de esos no-lugares, quiero decir, en una región desolada sin límites ni espacio. Miré a mi alrededor sin reconocer, tampoco, la luz. Lugar hundido aquel, sin ni siquiera un pequeño sendero y en donde la sombra, mi pequeña sombra, simulaba una especie de fetiche a derribar. Sólo que no podía, yo no podía derribar nada porque esa

sombra que era la mía, me miraba con una mirada dominada por el pánico del descubrimiento. ¿Así que eres tú? Parecía decir. Y yo me avergonzaba del silencio de mis ojos que no sabían hablar por mí, ni aproximarse, ni entregarse a ella ni contestar a su pregunta y se mantenían, me mantenían lejos, incubando ya no sombras de respuestas sino peligros.

De pronto, en la puerta de aquella vasta soledad, sonó un golpe.

Soy Otar.

y yo,

¿Qué hora es?

y él,

Las tres. Lo siento.

*

Le beso en plena boca. Con mi lengua lamo la suya, acaricio el interior de sus mejillas y la hundo en su garganta. Siento su sabor a *qat* amargo, la tibieza de los pulsos de ese cuello que se entregan a mis labios. Le atraigo hacia la cama. Recupero el aliento y con el borde de mis labios sorbo una pequeña gota de saliva que se ha deslizado por su barbilla. *Perlas engastadas en cornalina*. Luego, vuelvo a sumergirme en su boca mientras rodamos desde las sábanas hacia la alfombra, demasiado dura para nuestros cuerpos abiertos y húmedos,

y yo,

No, aquí no ¿dónde estamos?

y él,

Lejos,

con una voz que no es la suya mientras me arrastra hacia la luz cobriza de la lámpara y yo me aprieto contra su espalda para no extraviarme, aún más, en lo vacío de todo aquel brillo. Luego, él se vuelve hacia mí y me suelta el pelo y me abre la blusa porque, dice, quiere ver la

curva de mis pechos, mi ombligo y aún más abajo, la grieta de mi vientre entre los muslos. Ver. Besar, Acariciar. Ver. Y mientras él me toma lentamente yo me dejo penetrar y planeo, horizontal, en el vacío. Floto, palpito con los ojos cerrados, sin ver nada, toda hacia adentro, besada como nunca, por nadie jamás.

*

Hubiera tardado meses, pero cuando grito, me despierto. Es de día y, con el sol de la mañana, el reflejo del mar tiñe de turquesa el techo de mi habitación. Un espejismo de mar azul, liso y reluciente. Como una prolongación del sueño aunque ahora, ya consciente, siento el frescor soleado de las olas en los brazos que se dejan, en contra de mi voluntad, flotar en ese agua imaginada y me arrastran nadando hacia la playa, de cualquier manera, un poco demasiado lejos para que él pueda alcanzarme.

Son las siete.

Resulta difícil de explicar pero a veces oigo mi propia voz y siento vergüenza (una vergüenza brusca, confusa, un poco somnolienta) por mostrar demasiado a las claras mis verdaderos sentimientos. Así, hoy. Con las pestañas entreabiertas acabo de comprobar que, en efecto, es de día, no estaba soñando pero Otar ha desaparecido y, como dios no lo remedie voy a llegar tarde. ¡Maldita sea!

Naturalmente, lo único que queda por hacer es irritarme por haberme dejado llevar, recordar lo ridículo que resulta dejarse seducir, medio dormida por un hombre casi extraño pero enseguida le oigo llegar y decir, en voz muy suave

Espero no haberte despertado,

y

enseguida,

¿Estas lista?

y yo,

Enseguida, espera un momento,

y él, con un par de palmadas,

Yalla, yalla, ya habibati.

y aunque sé que puedo molestarle no puedo evitar burlarme un poco de su acento árabe tan extraordinariamente francés y repito,

Yalla, yalla, vamos, vamos

Entonces él me mira y hace un gesto de amable resignación que me parece conocer de antes de haberle conocido a él, que es algo que me ha sucedido ya otras veces, algo no se cómo decirte ¿mágico? y luego su tono de voz cuando “hay que darse prisa porque se nos viene encima una tormenta” o cuando retrocede unos pasos, se sube encima del pescante y señala a lo lejos, en dirección a Adén, una nube de arena y sigue, tranquilamente, sonriendo. Diría que todo él es una calma serena y parece, además, irradiarla. Como si su manera de ser fuera un tranquilizante para los que se topan con él, gente muy diferente, gente como yo. Basta fijarse un poco. Cuando te mira, y por un instante, te ves rozada, tocada por esa gravedad y esa calma. Sucede, ya digo, sin que pierda la sonrisa y antes de que te des cuenta, sabes, al menos yo estoy segura, que nunca nadie volverá a mirarme de esa forma. Y tal vez dentro de un año, o tal vez dentro de cincuenta, cuando este mundo - Yemen, mi vida, todo - se haya vuelto irreconocible o desaparecido de mi memoria, recordaré esta clase de mirada: la mirada de un ser humano que contempla a otro más allá de su futura ausencia.

*

Luego se hace un silencio cuando nos sentamos en el coche y el guía se sienta entre nosotros, ahora que Otar se ha puesto al volante, y los dos hombres miran impasibles el mar donde una tormenta de aire caliente peina

la superficie entre las rocas y un agua de algas rizadas se acerca por su propio impulso a la costa. Y al rato, cuando le oigo toser pienso, como no podía ser de otra forma, que se pondrá a hablar de lo que vamos a hacer y dirá finalmente que Um Gad nos está esperando para contarnos lo que Rimbo tenía de especial pero él nos mira, primero a Mujtar y luego a mí, como si esperase algo y dice,

Te ayudará,

Y yo, sin apartar la vista de la ventanilla, atenta al paso de la tormenta a ver si empiezan los truenos, el impresionante duelo en la distancia, y los claros en medio, cuando el viento cambia, las pausas, ese vacío de luz polvorienta que se propaga en oleadas por lo que tardo un poco en comprender que, seguramente, se refiere a su tía abuela, bisnieta de Asha y entonces, yo que he devorado una docena de biografías de Rimbo, caigo en la cuenta que en el fondo, nunca llegué a creer del todo que los descendientes de Rimbo, si los hubiere, fueran seres de carne y hueso a los que una pudiera visitar algún día.

*

Entonces el coche se detiene y la veo allí, sentada bajo un tamarindo, en la linde de un pequeño campo de sorgo, espantando a los pájaros con una vara para que no se le coman el grano.

y él

Buenos días, *jalti*.

y ella, contenta de verlo,

Marajaba ya ibni, hace meses que no llueve ¿sabes? y como a principios de julio, Sirio amaneció borrosa supe enseguida que las lluvias de verano no llegarían a tiempo. Buen día, hijo. Explorar el cielo para descubrir cuando salen o se ponen las estrellas, vigilar los cambios en la evolución de las sombras, a eso me dedico. Pero los pájaros tienen hambre

y lo que debería estar granado y firme, está hueco y polvoriento. Este año, las espigas se apelmazan dentro de la tierra y sus raíces, como uñas, se rompen al crecer. No siempre ha sido así. Recuerdo cierto mes de Agosto, entonces ¿recuerdas? teníamos café, hojas de tamarindo, nueces de betel, almendras, uvas, dátiles, azafrán y sésamo. Un noche desperté y me vi joven y hermosa pero al abrir los ojos a la mañana siguiente ya me había hecho mayor. Estaba sola . El barrio entero estaba sólo y cuando andabas por la calle podían pasar largos minutos antes de cruzarte con alguien. Sus calles eran estrechas y estaba salpicado de callejones sin salida y de casas de barro. Nos conocíamos todos pero todos vivíamos asustados por culpa del *hassad*.

Y volviéndose hacia mí,

¿Sabes lo que es el *hassad*?

Y de nuevo un murmullo ininteligible, un carraspeo y la larga, larga cadencia de su voz..

Tenía diez años cuando mi hermano murió. Fue eso, el *hassad*, el mal de ojo. Yo me volví loca. Lloraba y reía al mismo tiempo y me dio por bañarme casi desnuda en la charca. Debería darte vergüenza, gritaban las mujeres, ¿no ves que hay hombres delante? Pero yo seguía riendo y también gritaba *ya aji, ya aji* y después corría hacia mi casa con el pelo chorreando. Una tarde, él, mi hermano también estaba en la charca: se ponía de pie y el agua resbalaba por su cuerpo casi transparente. No lo pensé, me metí también en el agua pero él extendió la mano y me dijo: no temas, nadie puede vernos. Miré a mi alrededor y se había hecho la niebla. Luego me curé. A partir de entonces, cuando quería hacer algo, lo hacía. Siempre lo he hecho. Miraba a mi alrededor por ver si me estaban observando y siempre veía una niebla. Entonces hacía lo que tenía que hacer y me sentía mejor.

Y ella, esta vez con su rostro muy cerca del mío,

Pero tú, ¿qué quieres saber exactamente? porque yo no puedo decírtelo todo. La totalidad confunde como confunden las cosas excesivamente claras. Entre los humos del hachís, el Abdo Rimbo del que tú hablas decía que veía *lunas negras* y *lunas blancas*. Una quisiera que las lunas fuesen así todos los días ¿no es cierto? negras o blancas para saber a qué atenerse. Incluso en Septiembre, con cuarenta grados a la sombra. Esa intensidad, ese calor del sol como un cuchillo troceando tu cuerpo de mantequilla. Ya te digo: las informaciones directas sólo crean confusión ¿comprendes? Había empezado, creo, a hablarte de mí. No por vanidad, claro, sólo intentaba ayudar un poco. Pero lo cierto es que nada tiene demasiado sentido. Mi vida no interesa y, a partir de cierta edad, una no interesa tampoco. Dicho de otra manera, interesa lo que recuerdas antes de llegar a esa *cierta* edad. Yo tengo ochenta y dos años y soy – fui – comadrona, hija y nieta de comadronas; Aquí, para estas cosas, y supongo que ya lo sabes, nunca se utilizaron documentos así que tendrás que fiarte de mi palabra; Siempre he vivido aquí, en al – Shihr, a 54 kilómetros al este de Mukalla, un puerto muy antiguo y, durante años, el más importante de Hadramut. Me gusta el *qat* y fumo, al menos, dos *narguiles* al día. Nunca llevé velo y no me gustan los extranjeros. Tampoco conocí a Rimbo. En cuanto a la abuela de mi madre, ella sí lo conoció aunque no hubiese debido. En fin. Creo que ya he dicho que en mi pueblo existe la costumbre de protegerse contra el mal de ojo. Una se cuelga amuletos y ojos de gato de cristal a fin de evitar los maleficios pero si está de Dios que el maleficio te alcance, acaba alcanzándote. Las mujeres fuertes resisten más que las débiles pero, al final, ambas sucumben.

Se hace un silencio y luego continúa,

Françoise, el ama de llaves de Bardey, decía que Rimbo la compró, compró a mi bisabuela y que después de enseñarla a leer y a hablar francés,

la rechazó y la envió de vuelta a su casa, en Obock, al otro lado del mar Rojo. Ocurría, creo, hacia 1884. Lo cierto es que todo lo embarullan. Nadie compró a nadie. Por lo menos, no Rimbo que en aquella época jamás hubiera podido permitirse esos lujos. La verdad es que Asha acababa de llegar a Tadjoura cuando él la conoció. Llegó allí desde Obock donde vivía con Ainalam, una especie de tía, que fue quien se la presentó a Rimbo como criada. Pero su familia no era de Obock, sino de Shoa, en las tierras altas de Abisinia. A parte de eso, él nunca pudo librarse de ella. Es cierto que una vez, en 1885, se separaron por algo que tuvo que ver, según contaría Asha, con el profundo, casi inconsciente racismo de Rimbo y cierto también que ella regresó desde Adén a Shoa antes de que Rimbo dejase el Yemen para conducir una caravana de armas desde Tadjoura, en la costa, hacia el interior, a través de las tierras de los *danakil*. Luego, cuando él enferma, Asha, que ya ha parido a su hija, volverá a Adén para estar con él. Llegará tarde, pero eso es otra cosa.. Recuerdo que mi abuela me contó que Mme. Girard y Asha solían sentarse a bordar en la baranda y que un día Asha le comentó que Rimbo estaba pensando en casarse y tener hijos.

y yo,

¿Con Asha?

Y ella que reacciona al instante

¿Con quién si no?

sólo para añadir enseguida que todo lo que sabía de esta conversación, es lo que le había oído decir a su abuela, quien a veces, cuando acudía a visitarla, le gustaba contar historias.

Rimbo siempre quiso educarla a la europea pero ella nunca accedió y, por todo lo que sé, me cuesta creer que encontrara la forma de convencerla. Cuando van a vivir a Adén, ella se deja vestir al estilo de las mujeres francesas y aprende a fumar cigarrillos pero se niega a olvidar sus

tradiciones. Cristiana *amharí*, tenía un carácter dulce y parecía tímida pero nunca fue lo que se dice una mujer tradicional. Se comportaba como una mujer libre y hubiese podido casarse con quien le diera la gana como hizo Bara' a su amiga, con Labatut. Pero no. Naturalmente, ella no aceptó casarse a la europea porque no se fiaba pero cuando Rimbo cae enfermo sabe que es su obligación volver a su lado. Ella y Adjami su joven criado, le esperarán en Adén hasta que llega la noticia de su muerte. Después desaparecen. Adjami nadie sabe dónde y ella, ella se vendrá a vivir en al-Mukalla, con Ainalam su tía pero nunca volverá a casarse.

Y antes incluso de que yo pudiera replicar,

Hubo un tiempo en que se amaron. Él quería, incluso, enseñarle francés ¿te imaginas?

Yo, queriendo parecer sorprendida

¿Francés?

que no me parece nada fuera de lo común y, además, ya lo sabía pero hago esta pregunta por amabilidad y no me sorprende cuando Um Gad insiste,

Así es. Hubiese sido mejor que le enseñara a cocinar o a coser, pero por algún motivo, y a pesar de que se entendían bastante bien en árabe, el primer regalo que le hizo Rimbo fue una gramática francesa.

Y entonces yo, sólo condescendiente,

Estaba sinceramente interesado por Asha ¿verdad?

Pero enseguida me doy cuenta que ha sido un error atreverme siquiera a dudarle cuando ella, que no se molesta en responder, mira fríamente hacia algún lugar por encima de mi hombro y, a partir de ese instante, tengo la impresión de que empieza a hablar con cierto distanciamiento, como si la historia ya no tuviera nada que ver con ella.

Salían juntos a pasear por el zoco o daban una vuelta por el puerto. Cuando en 1930, Asha rondaba los setenta, apareció por aquí un periodista francés que iba detrás de los diarios de Rimbo y que quería saber también si habían tenido hijos. Pero Asha amaba sus secretos y sólo le contó algunos detalles de las muchas horas que pasó a su lado. Como cuando Rimbo se sentaba a escribir y ella, en silencio, leía o bordaba a su lado.

Sí, creo que durante un tiempo fueron felices pero enseguida llegaron los problemas y los días malos se fueron haciendo más frecuentes. Creo que Asha intuía que, en el fondo, Rimbo la menospreciaba por su falta de cultura. De la falta de respeto a la crueldad sólo hay un paso y Rimbo no tardará en darlo; Empieza a dejarla sola, pasa muchas semanas fuera de casa y sólo se preocupa del negocio y de dar con la forma más rápida de hacer dinero; la humilla constantemente. Un día lo hace en público y Asha responde. Es difícil aguantar en silencio las faltas de respeto, los insultos. No son gotas de agua que una vez lanzadas al aire se evaporen. El estómago no olvida. Alimentados por sus jugos, los insultos se agrandan, te pellizcan por dentro y no te dejan dormir por la noche. Como un *zoba'a*, el rencor acaba destruyendo hasta el aliento. Todo esto, claro, sin olvidar el rumor que circulaba entre los que le habían conocido cuando joven. La posibilidad, decían, de que tarde o temprano Rimbo terminara volviéndose loco y la amenaza de que su espíritu se instalara para siempre en una furia insomne y estéril, como si no tuviera tiempo de vivir antes de seguir gritando.

Temiendo cansarla con mis preguntas, no la interrumpo, sólo miro fijamente sus ojos enormes y pienso que desde hace tiempo debería haber sabido que *ellas*, las mujeres de la familia, no guardaban buenos recuerdos y pienso también que tenía que haber un motivo o mas de uno, mientras la imagen de Rimbo iba volviéndose menos nítida a medida que iba hablando.

Y ella, con fingida tranquilidad,

La mayoría de las veces, Asha prefería guardar en secreto sus propias opiniones; sabía que al cabo de cierto tiempo, Rimbo volvería a apaciguarse. Y en efecto, él desaparecía durante unos días o se pasaba un par de horas sin hablar. Su árabe, en aquel entonces, seguía siendo regular y cuando de repente regresaba, cambiaba a un francés cortante. Entonces ella tenía la impresión de que él se regodeaba en eso, de que se alegraba que ella no pudiera seguirle por esos vericuetos lingüísticos y, en silencio, procuraba no provocarle más. Pero aquella vez, Rimbo se pasó de la raya y Asha se le enfrentó. Después, se marchó de casa.

*

Hace mucho calor ahí fuera y Um Gad me invita a entrar en la baranda y se disculpa por no haberme ofrecido nada para beber. De la habitación contigua llegan las voces de otras mujeres, pero en vano intento comprender lo que dicen mientras adentro, en lo que debe ser la cocina, se oyen ruidos de cacharros. Hubiese querido acercarme a echar una mano pero en menos de un minuto vuelve a aparecer en la puerta con los vasitos de té y cuando se sienta le oigo decir:

Mucho más no puedo contarle,
y como no reacciono enseguida,

Dicen que en una ocasión dijo o escribió, no recuerdo bien, que *había endurecido su corazón y despedido a la mujer*. Desde luego, nadie como él para resumir en pocas palabras una situación tan desagradable. Tengo entendido que se le daba bien escribir pero entonces ¿por qué le hicieron un trono por haber renunciado a su oficio? ¿qué mérito tiene el que traiciona su genio? Desde que llegó al Yemen no hizo sino cuentas de sumar y restar y, que yo sepa, a excepción de su diarios y unas pocas cartas no volvió a escribir una sola letra. La verdad es que en el fondo no le preocupaba más

que el dinero. Eso y casar con mujer de “porvenir”. Sólo que Asha no tenía porvenir. Ella era una mujer de tiempo presente, no como él – de eso nos enteramos después – tan preocupado por su futuro que durante meses se la pasó con un cinturón de ocho kilos de oro pegado al vientre. No es de extrañar que enfermara de disentería, vuestro famoso poeta, el diablo coronado por los dioses del que vino a hablarnos aquel periodista francés. Con razón mi abuela no quiso entregarle los diarios. Desnudar a un mito o retocar sus arrugas puede resultar entretenido pero, si quieres saber mi opinión, al final, resulta inútil, sobre todo para el mito.

Um Gad ha vuelto a ponerse de pie y sigue ahí rígida como un ídolo con los brazos cruzados sobre el vientre. La miro y descubro que irradia la misma clase de magia de esos seres que transforman todo, hasta sus propias vidas, en ficción como una manera, quizá la única que conocen, de manejar la realidad. Por cierto, recuerdo que Juan me decía siempre que eso de manejar la realidad a través de la ficción sólo es posible a medias porque la misma ficción es algo que forma parte de la realidad. Es decir que si tú puedes mirar en los ojos de Rimbo a través de los recuerdos de Um Gad y eso te hace pensar en Asha, en su vida de mujer y en la tuya, no es que tú o alguien que no seas tú, se haya ocupado de convertir tu experiencia en ficción, sino que te has topado con la ficción misma. No hay pues ninguna duda, la ficción se hace realidad y es por eso que escritores como Rimbo sus versos o sus fracasos se hallan inseparablemente unidos a mi vida, forman parte de ella, de ahí que en sentido estricto, ya no sean ficción sino una parte muy real de mi existencia y de mi espíritu,

y entonces ella, en voz más alta,

Las palabras son imágenes que cristalizan en las hendiduras de la mente. Las que Rimbo dejó aquí, nos pertenecen ¿Por qué hubiera tenido que dárselas? ¿Por qué tendría que dártelas a ti?

A nuestras espaldas, los pájaros han vuelto a reunirse sobre los granos de sorgo mientras, en la distancia, un grupo de muchachos los contempla con una mano en visera sobre los ojos y con la otra sobre la *futta* que el viento se empeña en levantar. Tampoco falta el perro que corre por entre los surcos, ni los bencejos que el perro espanta y que revolotean en el aire como oscuras bolsitas de plástico. Oigo el ruido que hacen, un aleteo con pausas un poco prolongadas, un batir de alas, un intervalo, luego otro aleteo. Sin volverme, siento que a mi espalda se ha puesto el sol porque con su último resplandor el alabastro del ventanuco se ha vuelto rojo. Detrás, la penumbra de la casa parece resistirse a su propia fuerza, a perder el equilibrio, a punto de encenderse las estrellas, entre la luz y la sombra.

*

Nunca esperé otra cosa, nunca creí del todo en las palabras tranquilizadoras de Otar que me aseguraban que Um Gad se alegraría de nuestra visita, esta mujer que dependía de su memoria para sobrevivir, que estaba acostumbrada desde hacía décadas a la curiosidad de los extranjeros, tampoco había esperado nada distinto de este mi viaje al Yemen o de lo que ocurrió cuando, al principio, hablé a Juan de mi teoría, o cuando el mismo Juan, ahora hace un par de meses, me mandó a la mierda. Por todas partes la misma extrañeza, en todos los lugares que visitaba, enclaves remotos que, a la espera de la *British Petroleum*, no tenían todavía carteles que los identificara, uno igual a otro, por todas partes la misma cegadora luz, mientras avanzaba a ciegas. No, la extrañeza no dolía, y al principio ni siquiera me di cuenta de que tenía muchas probabilidades de no acertar, fue sólo cuando conocí a Otar y supe de la existencia de Um Gad cuando empecé a sentirme convencida de lo que hacía, como si ellos fueran la única prueba que andaba buscando, como si los años que Rimbo vivió en el Yemen hubiesen sido un producto de mi propia imaginación y no otra cosa

fuera la causa de su desventura y ahora no supiera, quiero decir, yo no supiera cómo dar por terminada esa historia. Pensé en lo ridículo de todo eso y ya no quise saber por qué había querido mantenerme en mis trece durante tanto tiempo. Um Gad era la descendiente de Asha y su decisión de no entregarme los diarios de Rimbo habría de tener sobre mí, sobre Otar y sobre mí, un doble efecto, ¡qué me había creído! Um Gad era mujer y era testigo y si se negaba a ayudarme, no había nada que hacer y si decía que Rimbo no había vuelto a escribir una letra, es que no había vuelto a escribir una letra y no quedaba ninguna esperanza.

*

Al principio, sólo fue un susurro, yo misma repitiendo en voz baja sus palabras, sí, ¿por qué tendría ella que entregármelos? mientras Otar, en silencio mira primero a la vieja y luego a mí y yo pienso, en la calma que a estas horas lo invade todo, pienso y durante un rato oigo todavía las voces de los niños que regresan corriendo hacia sus casas, el trotecillo amortiguado de sus pasos por el sendero de tierra y, al final, sólo el gorgoteo del agua en la alberca. Y, de nuevo, me sobrecoge la misma, antigua sensación de estar aislada de todo, ahí, sentada, sin entender lo que hablan entre ellos, tan deprisa, el mismo vacío de siempre, un vacío que se extiende como la niebla y me deja muda y ciega hasta que consigo reaccionar y decido mantenerme alerta para escuchar su respuesta y me siento aliviada cuando repite la pregunta ¿por qué? y ella, insistiendo,

Sus palabras, sí, ¿por qué tendría que dártelas a ti?

y entonces decido dejarme guiar por la intuición que es un instinto parecido al olfato y también porque sé que lo que no se me alcanza por intuición se me hace muy difícil sino imposible. Razonar, para según qué cosas, equivale a un lento proceso de vericuetos turbadores que alteran y desordenan el juicio, embridan la curiosidad y retrasan las decisiones. Yo, al

menos, recorro a él cuando no queda otro remedio. Prefiero observar. Si observas con atención aprendes enseguida a conocer a la gente. Qué valoran y qué no. El paso siguiente consiste en jugar con ellos. Si lo haces bien, el éxito está garantizado porque ellos, los otros, aceptarán el envite con la misma esperanza que tú de ganar. Es entonces cuando el otro se da cuenta que es el miedo a perder lo que nos obliga a los dos a seguir jugando.

y entonces yo,

Algunos hombres se hacen a sí mismos. Inventan su propio esplendor sobre la marcha y luego se inventan a sí mismos, rutilantes polillas que zumban imparables alrededor de las mechas, en una atmósfera de absoluta irrealidad. Escriben libros enteros en su propio honor. Creo que Rimbo nunca supo agradecer a Asha todo lo que había hecho por él ¿no es cierto?

la respuesta de Om Gad no se hace esperar,

Aguarda un momento,

mientras desaparece en el interior de la casa antes y vuelve con una arqueta de madera llena de papeles que me entrega después de revolver un rato y mostrarme una fotografía que saca del fondo y me enseña como por casualidad, una foto en la que se ve a Rimbo con un uniforme de dril o algo parecido, delante de un fondo ya irreconocible. Llama la atención su brazo, torcido hacia atrás para ocultar el palo o muleta que le sirve de apoyo y una especie de orla a derecha e izquierda como si por un truco fotográfico alguien hubiera borrado las otras imágenes que pudiera haber habido a su alrededor y se me ocurre, a la vista de semejante tentetieso, dónde habría dejado su arcangélico encanto, con esa cara de desdén, un hombre tan insignificante mientras ella murmura:

Ni fuerza, ni dinero

y con un hilo de voz,

¿Comprendes ahora lo que he querido decir?

Asiento con la cabeza

y ella, de nuevo

No imaginas, no tienes ni idea del daño que un hombrecillo como éste puede llegar a hacer.

A mí me hubiera gustado decir que sí, que puedo imaginarlo, con toda seguridad puedo hacerme una idea pero no digo nada y lo dejo correr y Um Gad levanta entonces sus viejas manos y se las mira al contraluz como si quisiera asegurarse de que aún corre sangre debajo de esa piel rugosa y luego sigue hablando y me cuenta lo que una vez le contó su abuela acerca de cuando Rimbo descubrió cómo Asha se ganaba la vida antes de conocerle a él o de cuando le preguntó, en voz baja y en medio del bullicio del zoco si quería casarse con él y ella no se lo pensó un segundo y tampoco dijo no, dijo sí, sí, *habibi* y eso fue todo.

Veo cómo inclina la cabeza y no puedo reprimir un gesto de interrogación. Ella parece esperar a que le ayude a salvar el silencio que ha caído sobre nosotras después de éste, su último comentario, pero como no atino a decir nada, sigo callada hasta que oigo a lo lejos que el muecín llama a la oración del mediodía y entonces la miro fijamente,

Y ella,

¿Has oído?

Y vuelvo a escuchar esa letanía que aparece y vuelve a aparecer, como un surtidor de agua cuando menos te la esperas sólo que, esta vez, un poco distorsionada por la distancia, la voz de la oración y de las horas.

Y ella sólo dice,

Es suficiente.

Y él, que ya se lo esperaba,

¿Quieres que esperemos afuera?

Y ella, otra vez.

No, ya es suficiente.

*

CRONOLOGÍAS, 1883 - 1891

2 de Septiembre de 1881

Cuenta sin embargo esto: la pura maldad del destino que nos toma el pelo con sus pequeños trucos de magia. Adén es el cráter de un antiguo volcán con el fondo cubierto por la arena del mar. Y tu eres un marrajo de dientes romos que busca en los bajíos algún despojo que echarse a la boca. Por suerte no hace demasiado calor. Tirito de fiebre pero no siento calor. De hecho, no siento nada, lo que no deja de ser una ventaja.

Me registré en el *Grand Hôtel de l'Université*. Glorioso nombre de pretensiones cósmicas y casi idéntico al de ese Café de Charleville próximo a la estación de ferrocarril.

Pierre estaba de viaje pero su capataz me dio trabajo en el almacén con una paga de tres chelines diarios ¡Mierda! Está visto que nunca lograré hacerme rico.

No odiar, no amar, sólo existir. Y si esa existencia mía ha de alimentarse de la vida de los demás, sea. Al fin y al cabo ¿no se trata de eso? Siempre al acecho de la debilidad ajena que justifique nuestras victorias. El que resulte cruel no quita verdad al hecho de que sólo sobrevivan los más fuertes.

Me llamo Abdo Rimbo y tengo veintisiete años.

Era poeta.

5 de Septiembre

Clasifico fardos de pieles y pongo los precios: tres rupias por la de mono, ocho la de pantera, quince por una cebra. Sin contar los

sacos de café. Estos últimos llegan de África y las mujeres los pesan y desembalan acuclilladas bajo los soportales. Luego los empaquetan y a mí me toca llevar la cuenta.

Caigo rendido.

Respondo, pues, a la inutilidad presente abriéndome en canal ante mí mismo. Como si existiera. Como si fuera capaz de encontrar una nueva conciencia entre toda esta lava que, en realidad, no refleja nada mío.

Esta noche, bajo las rocas lunares pensaba qué gran poesía sería la que desvelase el misterio de este lugar. Pero yo sé que los misterios no existen, lo sé, estoy convencido de ello. Por tanto, otros serán los que puedan escribir esa poesía, no yo.

19 de Enero 1882

Saqueada la veta me siento demasiado cansado para seguir sumergiéndome en el pensamiento oscuro, esa mierda. En fin, así es la vida. Lo que queda de la vida. Y mucho me temo que eso sólo significa que ya es hora de cambiar de música o al menos, de instrumento.

El muecín está llamando a la oración. Más que una llamada parece el alegre alarido de un naufrago al divisar la costa.

¡Ven y reza!

Reza por el terciopelo oscuro que sirve de lecho a las estrellas. Reza por los gorriones que gorjean en el aire. Reza por los hombres acuclillados sobre el rescoldo de la hoguera. ¡Arrodíllate! Reza con los riñones, con la frente y no sólo con los labios.

Mas ¿De dónde sacaría yo la rabia que necesito para rezar? ¿De dónde, maldita sea, en este desierto de barro donde sobrevivo cocido como un cangrejo?

Volveré, con miembros de hierro, la piel oscura, el ojo furioso; a la vista de mi máscara, creerán que pertenezco a la raza de los fuertes.

¡Já! ¿En qué estaría yo pensando?

25 de Febrero

Escritura y sangre.

En mi sueño, tenía la cara cortada en pedazos. Entonces estalló la guerra pero a Charleville nadie le hizo daño porque se rindió a tiempo. Después, lo primero que vi al abrir los ojos fue aquella estructura roja tejida de palmera. Una torre con un penacho de humo encima y ojos de cristal sobre cada ventana. Las montañas alrededor brillaban como torsos mutilados, cubiertos de sudor. Conocía esos cuerpos. Cuerpos de traidores sin brazos ni piernas.

Me puse a blasfemar.

Y aún no lo he dejado.

Bardey y Pinchard están acostumbrados a dirigir sus negocios desde Adén, pero ahora piensan ir a Zeila, al otro lado del mar. Rauf Pacha acaba de abrir al comercio Harar, la ciudad roja. Quieren construir unos nuevos almacenes pero ¿están listos si creen que van a poder contar conmigo para trabajar allí de negrero!

2 de Octubre

Vuelves a ser un hombre en tránsito de camino hacia lo extraño. En estos días de ocio febril, la vida se convierte en un paréntesis vacío. Los recuerdos van desmoronándose y se destruyen rutinas a las que – por suerte tuya – nada sustituye hasta ahora. Cuanto antes vuelvas al estado fetal, mejor. Hoy sólo puedes cavilar sobre el paso del tiempo, esforzarte en encontrar una fórmula para acabar con tanto aburrimiento.

15 de Octubre

En Chipre mandé a tomar vientos al gobernador inglés y a toda su familia incluida su reverendísima madre. Después fue Alejandría. Luego Yidda,

Suakin, al-Hodeida. Y ahora Adén. Nunca he trabajado de veras y en realidad no tengo ningún oficio pero en todas partes, las condiciones son inaguantables ¿Qué me había creído? Todo eso, sin mencionar la satisfacción que antaño experimentaba revolcándome en la mierda, soñando que en una de esas, las experiencias más viles acabarían por convertirme en un genio. Y mira por donde, ahora que he alcanzado la plena abyección moral ¿sabes en qué pienso? Pienso que sería fantástico si esa abyección alcanzase también todos los rincones del ancho mundo.

Truenos y relámpagos, pájaros muertos, cascos prusianos por doquier.

27 de Octubre

El calor es espantoso y el agua escasea: bebemos agua de mar destilada y a estas alturas se me ha vuelto la lengua blanca y mi aliento tiene olor a gato muerto.

¡Cuántas puertas que no llevan a ninguna parte! Creo que las he atravesado todas. Alejarse del ombligo de la tierra, en eso consistía todo. Alejarse. Viajar. Una palabra de la que cuelgan todo tipo de perifollos morales. Para llegar aquí donde el silencio del mar posee propiedades tan asombrosas como el siseo de un basilisco. Por si acaso me he puesto a cubierto: tendido en la cama miro las aguas del inocente techo, pero las aguas no me miran a mí.

Y eso me salva.

10 de Noviembre

Sedentarios como ostras, sueñan con la aventura. Al atardecer, plácidamente, leen a Rousseau. Helos aquí, dispuestos a descubrir el Paraíso Terrenal como si fuera una comarca con latitud y longitud, atravesada por una cañada que termina ¡feliz hallazgo! a los pies de su sillón.

Ya han llegado.

Muchachos asqueados y tenderos conmovidos ante la sola mención de palabras como Astrolabio o Sotavento.

Cándidos imbéciles.

Sólo que llegan tarde. Ahora todos los paraísos tienen dueño y en todas partes te señalan con el dedo: el Edén es un emporio comercial especializado en granos de café; Mocca, un pequeño puerto y el buen salvaje se ha convertido en esclavo. Los dioses, ¡todos blancos! engañan a los antiguos monstruos y del Tahish, mitad vaca mitad hiena, no queda sino el recuerdo.

Sí, ya hemos llegado.

19 de Noviembre

Que les den. Si algo tengo claro es que hay que dejar que se pudran. Esos tenderos. Yo que he olfateado los colores y acariciado los gestos más audaces me conformo con seguir dando tumbos por el mundo y cobrar algo a cambio. Bardey y el coronel Dubar saben a qué me refiero.

Y si no lo saben, lo sabrán enseguida: Barr-Adjam, la Terra Incógnita, está al suroeste, tres mil kilómetros tierra adentro, al otro lado del desierto de Somalia.

Quiero ir y, a diferencia de las ostras, yo iré.

24 de Noviembre

Ay, las monstruosas imágenes de mis sueños.

Compartía con ellas un secreto deseo de locura. Pero no existe tal cosa . Locura es mentira. Existe eso sí, el tipo que cuanto más bajo cae y cuando debería pensar sólo en levantarse, más piensa en volar y más se anima. Nadie que no tenga el vicio del dolor puede soñar esta clase de sueños. Luego, un día, después de vivir aferrado a ellos te despiertas inevitablemente marcado por la locura y ya no puedes escapar de la costumbre de soñarlos. Y es que entre las muchas cosas ridículas que

puedes llegar a hacer, el hábito de soñar es una de las peores. Te puedes quitar de todo, pero no de eso.

Hay que andarse con cuidado.

Ni idea de lo que puedo encontrar al otro lado, pero la semana que viene firmaré con Bardey por nueve años y dejaré atrás la maldita civilización. Harar es una ciudad sin caminos ni servicio de correos. Una enorme estructura roja tejida con nervios de palmera y rodeada de murallas cuyas puertas se cierran al anochecer para que no entren las hienas.

Ni, imagino, los sueños.

29 de Noviembre

Cuenta:

Cruzamos el Mar Rojo en un *dhow* y dejamos atrás la isla de Masha antes de arribar a Seila, en la costa somalí. devastada por los recolectores de huevos de aves marinas, inmersa en un mar de sangre, descubierta por el Bicornio poco antes de los monzones.

Cuenta:

Que también hay una isla con casas y cúpulas blancas que aparecen y cobran forma ante los ojos de aquellos que anhelan alcanzarlas. Pero cuanto más se acercan a ella, más lejos parecen sus costas. Al divisar al Bicornio, los desesperados marineros la emprendieron a pedradas con él. Después, empezaron de nuevo a remar.

Cuenta:

Que es un puerto poco profundo, un dique construido con las ruinas de la vieja muralla, unas pocas chozas con techumbre de paja trenzada, y una pequeña mezquita de blancura reverberante bajo el sol de Somal.

Cuenta, sí.

De los descendientes de aquellos desesperados, esos hombres salvajes que se peinan con largas trenzas untadas de grasa.

Y escribe:

Mis ropas son tan bárbaras como las tuyas, pero yo no me pongo manteca en el pelo

8 de Diciembre

¿Qué has venido a hacer aquí?

Vagabundo irritado ante la estupidez del mundo. Ya basta. ¿Ha importado alguna vez lo que sientes? Y si hubiera importado, es decir, si hubieras alcanzado la gloria, estuvieras agradecido a la vida y alegre; si todo hubiera salido así ¿tendrías algo más? ¿Habría merecido la pena? Y si respondieras que sí ¿no estarías diciendo una estupidez? Y entonces, entonces, ¿echas de menos sólo lo que no tienes?

Atento, curioso como un mico, con todos los recursos de tu mente preparados para resolver el enigma. Voraz y despiadado.

He aquí que sólo tú tienes la llave de este desfile salvaje

20 de Diciembre

He llegado a Harar después de cruzar durante veinte días el desierto somalí.

Después de recorrer vericuetos insoldables.

Un desierto que nos abraza tan fuerte que apenas sobrevive la posibilidad de un hablar claro. Palabras que se incrustan en la boca, fósiles, espinas, sonidos que te dejan mudo entre la sed y la fiebre como quien resucita.

En cualquier caso, heme aquí hundido hasta las cachas en el barro antiquísimo de Abisinia, inmóvil como un ídolo a lomos del abombado espaldar de un tortuga gigante.

Y otras bellezas: los campamentos de los nómadas, las canciones de los porteadores, las carcajadas de las hienas y la imprescindible dulzura de los oasis.

Nos salva reconocer los límites que el desierto impone.

28 de Diciembre

No siempre, no sin cesar, pero de vez en cuando siento vértigo. Un vértigo que consiste en que en mi cabeza, dentro del cráneo, hay un mar de dunas. No es que las vea, piense en ellas o les tenga miedo. No, nada de eso. Se trata de que esas dunas están dentro de mi cabeza y también debajo de mis pies. Con el viento, se estremecen y aúllan. Cuando el tiempo está en calma, lo soporto bien, incluso resulta agradable. Pero a veces, cuando el vendaval, las dunas se vuelven monstruosas y rugen. Entonces, este rugido hace que me estalle el cráneo y enloquezco.

Se podría creer que este apestoso calor me está trastornando o puede también que intente comprender esta extraña obsesión desde fuera, muy lejos, donde no quede sino un meditabundo hundirse y dilatarse en el espacio de esta Ciudad Prohibida

Algo como una gran gota de sudor resbalando por la frente.

O los aullidos nocturnos de las hienas.

El agua pútrida de los odres.

Los montones de basuras acumulados en las calles que suben o bajan desde la colina y que sirven de refugio a una curruca de perros sarnosos y tuertos.

1 de Enero de 1883

Harar es un pudridero de mercaderes, artesanos, mendigos, leprosos y jóvenes esclavos disfrazados de peregrinos, algunos recuperándose todavía de la castración. Huele a carne azul, medio podrida, a caña de azúcar y a excrementos. Creo que si estuviese ciego, podría orientarme en el interior de esta masa rojiza sólo por el olfato. Por las noches, el olfato me habla a gritos de la cercanía de las hienas. Lo primero que noto es un aleteo, un estremecimiento en el borde de la nariz. Cuando los animales se acercan y hozan entre los desperdicios, mi nariz se dilata para recibir mejor el flujo agrio de su piel que parece avanzar desde el suelo en pequeños remolinos y ascender por mi cuerpo hasta que siento una boqueada de calor en la nuca.

Con la luz, los olores se hacen más y más débiles, y mueren más allá del horizonte de las murallas. Entonces sé que ha amanecido y puedo salir a la calle.

13 de Enero

Hay mucho que hacer en este país:

1 Ejército – Administración – Artillería – Caballería egipcia

2 Pandilla de perros y bandidos

3 Comercio de reses: ordeñar – despellejar – descuartizar – comer

4 Hienas

5 Marfil – café – oro – almizcle – pieles – perfumes.

6 Pajarillos rojos bajo los tejados de adobe y juncos

7 Yo, sentado a la mesa: papeles – té – qat.

8 Hormigas grises y planas pululan por mi cerebro. Y por el techo.

9 Tinieblas.

10 Boca de Sombra.

25 de Enero

Fíjate en tus pies: un par de sandalias *afaries* diseñadas de tal forma que las huellas de los pies al caminar sobre la arena del desierto no revelan la dirección de tus pasos. Por hábil que fuera, ningún rastreador sería capaz de adivinar si vas.

O si vuelves.

Más no te inquietes: dejaste de ser joven cuando te diste cuenta que rastreadores no hay, caminas solo.

Y a solas miras por encima de tejados y minaretes, más allá de las tierras del valle con sus franjas verdes, más allá del distante anillo de colinas marrones hasta que te invade una sensación de vértigo, no por la hondura, sino por la extensión inabordable del espacio que imaginas.

Fobia contradictoria la tuya: estar aprisionado por el infinito.

¡Silencio! He aquí tu destino ¡Bebe!

Son extrañas las gentes de esta tierra ¿Sabes cual es su definición de vida humana?: no tener nada, no ser nada. Quien quiera ver ha de comportarse como si fuera invisible. Quien quiera recordar ha de vivir olvidado y sin llamar la atención.

1 de Febrero

En las habitaciones del ala derecha de este edificio vive una mujer llamada Sunait. Es una *adari* que dice descender de colonos árabes y persas y que se considera a sí misma de un linaje mucho más antiguo que el de los *oromo* o de los *galla* de origen bantú. Esta mujer que ya es vieja, se mueve pesadamente porque tiene una pierna más corta que la otra. Está sola, sus hijos y antes sus maridos, la han abandonado y vive aterrorizada por el desahucio. Aún así, sonrío. Ayer me invitó a *gulban*, una especie de puré de trigo y a café perfumado con cardamomo. Cuando le pregunté por qué parecía tan feliz, se alejó unos pasos y se puso a silbar mirando hacia otro lado. Al cabo se da la vuelta y dice:

La verdad ¿quieres saber la verdad? ¡búscala! Cada quien tiene la suya. La verdad no está en las alturas ni flota por los aires. La verdad es un camino que se cuele entre los pies. Nada extraordinario. Bestias y hombres la pisotean y ensucian pero cuanto más la pisan, mas ancha se vuelve ella y resiste ahí transformada en el suelo mismo que todo lo sostiene. Es un consuelo saber que, aunque quisieras, ¡jamás podrías caer más bajo! Por eso sonrío, ¡no tengo nada que perder!

12 de Febrero

No tenías que dar cuentas a nadie pero ahora, mira por donde, te toca sobornar a los guardias de Bab al-Ftouh para que dejen pasar tus fardos de pieles y los sacos de café. Ayer, poco antes de las seis, entraban los camellos. Después caminamos largo rato antes de llegar a la casa de Rauf

Pacha. Calles y más calles llenas de gente. Enseguida empezó a llover y se fueron todos y ya nadie nos acompañaba. Me vi solo con los esclavos y el negrero. Entonces, cesó la algarabía. Al comprender que me tocaría a mí hacer todo el trabajo, pensé en escapar. Pero no. La casa de Rauf Pachá es una antigua fortaleza y la única puerta que hay da al patio. Nada más entrar, los guardias cerraron las dos hojas y quedamos atrapados.

Como ratas.

Y una vez dentro, ¡hasta el cuello!

26 de Febrero

Bardey pasó por aquí.

Excéntrico: Wagner, Nietzsche, dar patadas a un balón. No le interesa otra cosa aparte de los negocios. El aire que le rodea está vacío y puedes verle con toda claridad. En realidad no parece un hombre sino un artefacto. Encerrado en esa complacencia, reducido a ese poder, esa fuerza que sólo puede girar alrededor de sí misma, no ocupa espacio pero está tan inmerso en él que ha terminado en estatua.

¡Dios, cómo le envidio!

5 de Marzo

Me digo:

Has recorrido malhumoradamente la región del Harar Sirwal, mandado fabricar para vender un tejido de algodón tan fuerte como las velas ligeras, organizado una cacería de leopardos y ordenado su desuello, contratado a toda una tribu del interior para que siga cazándolos para los blancos y, por fin, has decidido volver a Ogaden en la primera ocasión que se presente, es decir, cuando las tribus se tranquilicen: buenas son sus plumas y el marfil pero no tanto como para arriesgarte a que los *gallas* te corten el cuello. A pocos kilómetros de Harar, hacia el sur por el vado del río Herrer, hemos descubierto un mercado, el de los Babili. No hay muchos por esta región. Y

ahora menos todavía por culpa de las lluvias que han ocasionado cascadas torrenciales en todo lo largo del curso del río. El gobernador de Maligur, Omar Husseini, ha prometido su ayuda. Es de fiar. Los egipcios, sus señores, le consideran más un aliado que un súbdito. No sé si el hecho de compartir la misma religión tendrá algo que ver. Pero sí sé una cosa: nunca han invadido sus territorios.

17 de Marzo

A veces la vida es como un viaje tranquilo apoyado en la batayola, mirando al océano; a veces es un viaje largo y uno se cansa del esfuerzo de remar, de tanto océano, de tanta sal, de la crueldad del viento; y a veces es un simple viaje imaginado, en la noche, el aullido lejano de la sirena de un buque.

10 de Abril

Pasaste por el zoco. En el silencio de la noche, unos camellos trabados hacían chocar las cadenas y pateaban la arena blanca. El zoco está al lado de la playa. Una sombra delgada caminaba hacia orilla del mar. Era una muchacha negra. Aquí, a veces, las muchachas negras se vuelven un poco locas. Ésta bailaba sola bajo la luna, muy despacio, con los ojos cerrados, como ciega, fuera de sí, con los brazos extendidos hacia delante.

22 de Abril

En el punto más alto de la colina que sirve de base a Harar, se encuentra la plaza principal que hoy se había llenado hasta los topes. En uno de los costados, Rauf Pachá mandó construir hace años una gran mezquita; en el lado opuesto hay un cuartel y en un tercer lateral se levanta la única casa de dos plantas que existe en toda la ciudad. Aquí están los almacenes Bardey las oficinas de las *Messageries Maritimes*. Cuando llegamos nos dijeron que estarían encantados de mostrarnos las instalaciones. Estuve visitando todas las dependencias, la nave recién construida y los almacenes donde el señor Bardey atiende sus negocios: ¡tantísimo polvo salpicado entre los

fardos! Se diría que jamás han salido de allí. Por encima de nuestras cabezas, una claraboya, de unos dos metros de anchura deja pasar la luz a través de una miríada de partículas de tierra seca y deshecha. Parece un chorro de agua turbia, esa luz. En el exterior, bajo las arcadas, un desorden permanente. Pasan por delante rebaños y caballerías mientras mujeres de los Gallas preparan los fardos que, en los próximos días serán transportados hacia la costa. El bullicio era enorme. Pedí un lista de mercancías. Esto fue lo que me dieron.

Espicias: Pimienta negra, Clavos, Jengibre, Nuez moscada, Macis, Cardamomo, Assa fétida, Hinojo.

Hierbas Medicinales: Mirra (también aromática), Tamarindo (condimento), Opio, Alcanfor, Tutty (óxido de cobre), Sándalo (astringente), Benjamín (benzoin, analgésico), Turbit (purgante), Cubeb (anticatarral y afrodisíaco), Betel (contra la ictericia), Piedra de Bezoard (antídoto contra venenos), Alumbre.

Perfumes y Ungüentos: Áloes, Agua de rosas, Ámbar gris (de Socotra), Algalia, Incienso, Nardo, Sándalo, Almizcle, Bálsamo

Condimentos: Café, Tamarindo (también como medicamento), Sal, Nuez de Betel, Anacardos, Almendras, Pasas, Dátiles, Miel, Azafrán, Aceite de sésamo.

Otros: Goma arábiga, Sangre de Dragón (de la isla de Socotra), Ébano, Myrobálano (para teñir), Índigo, Caballos.

Manufacturas: Telas de algodón, Pieles, Piedras semi-preciosas (Ónices, Cornalina), Joyas de plata, Coral, Caparazones de Tortuga, Dientes de Tiburón.

30 de Abril

Se hacía de noche cuando regresé a casa. Por unos instantes se me vino a la cabeza la naturaleza totalmente fantástica de este lugar. Comparada con él,

mi antigua vida ha perdido todo su encanto y lo que antes me contentaba, se ha desvanecido. Ahora bien, no he venido en busca de aventuras, tengo muy presente que todos estos descubrimientos habrán de ser utilizados para producir, no poesía sino algo útil. ¿Dinero, quizá?

4 de Mayo

En fin, todavía no tengo claro si sigo siendo poeta o me he convertido ya en bucanero pero con seguridad estos años atroces serán la prueba decisiva. Si, como espero, hasta los más grandes hombres tuvieron que pasar por pruebas semejantes, entonces no vamos mal: la vida se venga, y muy bien, de quien intenta avasallarla. Vivamos pues, al día y dejemos los augurios para los locos.

10 de Mayo

Vas a visitar al jerife de los mercaderes . Llamas a la puerta y te das a conocer: Encargado de negocios del señor Bardey, comerciante de Adén, etcétera. Te reciben bien, te invitan a tomar asiento sobre una alfombra, entre almohadones y te ofrecen café y *qat*. Lo triste es que en realidad no tienen ni idea de quien eres tú, qué vileza, que radical salvajismo escondes dentro. No tardas en sentirte un poco ebrio, en la medida precisa en la que un borracho pasa por conversador brillante. Te ofrecen pastas secas. Imagina la escena: un espacio largo y estrecho como un vagón de tren, alfombras indígenas, mesas bajas. Te atragantas con las pastas secas. Les pido mil disculpas, señores. Humilde, hipócrita, servil, excesivamente cortés para ser honrado, sin ganas de enseñar tus puños gastados, con una taza de café a la altura del escroto, te emborrachan las pamemas, lo mismo que el vino. Al rato te dejan sólo. Arropado por la penumbra, te dejas llevar por la pereza y te quedas dormido. En el sueño, un hombre que no eres tú pero que tiene tu rostro dice: tengo miedo, la vida no deja de gemir dentro

de mí, de hacerme sufrir y yo soy incapaz de pararla entonces, ¿comprendes?, me entra miedo.

23 de Marzo de 1883

¿Es esta seducción de cuervo lo que me hipnotiza? ¿la misma que desgarró mi alma cuando muchacho, será aquella?

Qué extraño fue despertarme en esta habitación soleada con sus piernas enrolladas en las mías! Los repliegues, la tensión de la muñeca, la agresión de un olor desconocido. Estoy sudando y al mismo tiempo tiemblo de frío. La luz se filtra entre las persianas. Me incorporo y apoyándome en el suelo, me deslizo a duras penas por debajo de su cuerpo. Su respiración implacable. ¿En qué sueñan las mujeres? ¿Son sus sueños parecidos a los nuestros? ¿Cómo sería poseerla dormida, con la mandíbula inerte y las piernas extravagantemente abiertas?

Le doy la espalda y voy a mirar por la ventana. Los camellos en el arenal del puerto imperturbables, seguros de que el sol amanecerá otra vez para ellos. Muy poca gente llega a estar segura de lo mismo. Así pues, ¿qué debo hacer? Sería cosa de preguntárselo a ellos. Ciega naturaleza.

Luego se despierta y pregunta ¿dónde estoy? En casa, respondo. Sí, balbucea, la casa grande. ¿Y tu tía? Y ella ¿por qué te acuerdas de ella? A nadie le importo, con la cabeza baja. A nadie. Y deja caer rápidamente estas palabras.

30 de Marzo

Estado de nervios morboso. Tengo la boca cubierta de llagas y los calambres de estómago no me dejan respirar. Los dolores son inaguantables. A veces tomo digital y otras belladona o quinina. No quiero ni pensar que este asunto pueda tener algo que ver con la sífilis. Habrá que tomar precauciones.

5 de Mayo

Entre las señales que me advierten de que puedo haberme aficionado a ella, la suprema es darme cuenta de que empiezo a incluirla en mis planes. Es decir, pienso en lo que podríamos llegar a hacer juntos. La miro y me deslumbra en toda su desenvoltura (superficial y oculta que sólo descubre ante mí). Se mueve como quien nada, equívoca. Balbucea incoherencias al azar (y además incomprensibles) pero se me ocurre que puedo ¿por qué no? enseñarle a hablar francés.

Por ahora sé que le asusto. No es que le haya dado motivos para que me tema (la decepciono porque por parecer adusto ella no sabe cómo acercarse a mí), sino que tampoco sé muy bien cómo tratarla pero, lo que más me desconcierta de todo esto, es cuanto la deseo.

15 de Septiembre

En el zoco de Magallah se me acercó y pidió que la llevara a casa. Soporta mal que nos vean juntos en público. Atravesamos la placita del matadero: en unos postes ganchudos clavados en el suelo se desangraban, abiertos en canal, dos bueyes. Al pasar a su lado, ella cerró los ojos y se cubrió la boca con el velo. A menudo se comporta como una reina.

22 de Septiembre

He descubierto a un sujeto que se toma trágicamente en serio el papel de representante del imperio británico. Para él la gente de África, especialmente los árabes, *están allí*; no poseen una lengua antiquísima y bien estructurada, ni una historia que haya sedimentado en tradiciones o leyendas y obras de arte. Este tipo cree que él acaba de descubrirlo todo; que si no fuese por él que atestigua su existencia, ésta no contaría y nadie más en el mundo sería capaz de apreciar tanta riqueza. Aterrado por tamaña responsabilidad, no se atreve a declarar válido lo diferente. En el fondo se trata de otro cipayo más.

2 de octubre

Sueño que estoy en una ciudad roja y helada, en una callejuela con mujeres de oferta. Elijo a una que luego resulta ser Asha y subo con ella a su habitación. Las llamas del fuego que arden en la chimenea, iluminan las paredes y el alabastro de colores de las ventanas. Parece tener sólo quince años y sus mejillas son del color del ámbar. Calza sandalias de cuero y lleva una túnica de algodón blanco. Las hermosas trenzas dejan al descubierto su cuello de niña. Le beso en la nuca y suavemente acopo sus pechos. Luego le entrego su dinero. Prepara un *narguile* y me da un masaje en los pies con aceite de almendras. Después se tiende y abre los muslos. Entonces la penetro profundamente muy cerca del fuego; con las sandalias araña mis caderas desnudas. Me dejo hundir en su cuerpo y cuando despierto, lava mi vientre con el agua tibia que ha vertido en una palangana de hierro. Me quedo con ella hasta la noche, amándola y echando leña al fuego. Al partir, la oscuridad empieza a caer sobre la ciudad. Igual que ahora. Los camellos han abandonado la plaza del mercado y la brisa del mar sopla sobre nuestras cabezas.

13 de Octubre

Cuanto más me enredo en una pasión, más desconfianza me provocan hechos en sí indiferentes: Desilusionado, tal vez por su pasividad, su tensa atención. El temor que Asha me abandone, a quedarme solo, deshechos mis planes una vez más, me amarga la vida. Hace poco soñaba con hacerla a mi medida, ahora me conformo con que se deje querer. Esto de vivir juntos es como navegar dentro del temporal. Nada de alivio (más bien una razón de ser)

26 de Octubre

Lo que me ata a Asha es lo improbable de nuestro futuro juntos. La ausencia de sentido de esta relación, las dificultades de nuestra vida en común (no quiere dejar de fumar ni aprender a cocinar) que se renuevan

cada mañana, esa amenaza de castigo (por parte de su tribu) entre nosotros, la sospecha misma de que todo esto no lleva más que al fracaso...hoy ha vuelto a decir que una mujer como ella necesita tener hijos y que es mi deber dárselos. No le importa que después la abandone. Según parece sólo los hijos, o al menos un hijo, la rehabilitaría a los ojos de los suyos. Yo, entre tanto, he descubierto algo: amarla consiste en ocultárselo. De lo contrario, la perderé enseguida.

20 de Noviembre

Los avestruces que brincan en la plaza, los leprosos, las fieras salvajes... resulta entretenido. Hablando de fieras salvajes, digamos que la cosecha de pieles no ha sido del todo mala. Lástima. Vivas, las bestias son también muy hermosas: el niala con sus cuernos en espiral, los chacales de lomo negro y su presa favorita, la rata topo, el ruidoso ibis y la gaviota ojiblanca. Y también los camellos, sobre todo los camellos. En los próximos días volveré al desierto a comprar algunos. Espero que Asha regrese antes de que me vaya, en caso contrario aprovecharé estos días para descansar un poco de mí mismo.

1 de Diciembre

Lo valioso es un concepto extraño. Si lo pedimos nos lo niegan pero si miramos hacia otra parte sus dueños nos lo arrojarán a la cara. De momento habrá que abstenerse. De pedir, digo, pero mientras las tribus están revueltas, algunas reciben a los blancos como emisarios del cielo pero otras sacrifican a uno de cada diez entre los que osan cruzar sus invisibles fronteras y se comen sus testículos.

Y además hay esto: Si es cierto que el tiempo borra el dolor de las ausencias, ¿cómo es que con el paso de los días me acuerdo más de ella?

13 de Diciembre

Pensar en el lento aprendizaje del disimulo, saber que ese cuerpo suyo tiene sueños y un espíritu y que sus años en el poblado a merced del miedo, cuando tribus como la suya han sido masacradas y sus poblaciones forzadas a emigrar o vendidas por sus vecinos a compradores de esclavos, son el resultado de la intervención de hombres blancos como yo, debería haberme hecho comprender su desconfianza.

¡Qué raro! Hubiese jurado que yo era inocente.

29 de Diciembre

De repente, sin esperarlo, el regreso de Asha me confunde. Ni siquiera el *ughaz* (el que interpreta augurios) fue capaz de predecirlo. Pero aquí está. Es decir empieza a estar. De verdad. Ahora todo consiste, supongo, en lanzarse de cabeza y saber aguantar el castigo.

Hablando de otra cosa, temo que nos obliguen a evacuar Harar: las guerras tribales y la desastrosa política de los ingleses conseguirán que Egipto abandone sus posesiones en el mar Rojo.

Y nosotros con él.

25 de Enero de 1884

La razón por la que Asha amartilla mi alma es en el fondo ésta: mi naturaleza la necesita, la suya no. Si me lo permitiera sabría cómo hacerla feliz. Y una vez que aprendiese, estoy seguro, no soñaría con otra cosa. Estaría dispuesta a cualquier bajeza con tal de volver a serlo. Entonces, y sólo entonces, yo volvería a recobrar mi libertad. ¿Lo más desesperante? Que ella pueda llegar a ser consciente de su poder. Hemos entrado en la jaula de donde no saldremos sino muertos.

1 de Febrero

Los británicos mantienen conversaciones secretas con el Gobierno de Italia (muy secretas no serán cuando las conoce todo el mundo). Imagino que esperan convencer a los romanos para que actúen como guardias de tráfico

en Abisinia hasta que la región vuelva a estar tranquila. Temo que, una vez más, su política esté hecha de pretensiones. Proclaman su voluntad de transformar a los africanos en hermanos cuando en realidad su único deseo es convertir la selva en suelo francés. Anuncian su deseo de construir un nuevo reino cuando lo único que les preocupa es asegurar sus mercancías. Conociéndoles un poco, ¿quién demonios iba a creerles?

23 de Febrero

Evacuamos. Últimos preparativos para dejar lista la caravana antes de marzo. Asha viene conmigo. O eso ha dicho. Y también: cuando lleguemos a Adén no quiere que piensen que es mi criada. Se quita la túnica y me da la espalda: descotada, vestido blanco. Sonríe en el espejo y con las dos manos, se alza la falda hasta la altura de las rodillas. Todavía va descalza.

28 de Febrero

Extraños reflejos en la noche sin estrellas. Los murciélagos sobrevuelan en la oscuridad el dominio de las hienas. Al igual que ellos, sobrevuelo yo su cuerpo, aleteando torpemente alrededor de su dorada hermosura, intentando volver al punto donde se torcieron las cosas. Pregunto ¿Por qué te doy miedo? Ella dice que me porto como si la hubiese comprado. Como un amo que tuviera que enseñárselo todo, como si su placer y su vida dependieran sólo de mí.

¿Cómo se atreve?

12 de Abril

Al llegar a Adén pasamos la primera noche en el barrio del puerto, la Taza del Diablo según los ingleses. Edward, el encargado de recibirnos tenía reservadas dos habitaciones en el *Grand Hotel de l'Universe*. Ha adelgazado. En estos climas tan calientes el cuerpo de los blancos se derrite fácilmente. Pierde sus jugos, diría yo. Supongo, claro, que no es sólo por el clima. Vivimos rodeados de gentes extrañas de carácter más bien hosco.

Advierto a Asha que no salga sola a la calle. Podrían confundirte, dije para gastarle una broma, con alguna “esposa complaciente”. Y es que en Adén como en Somalia, no hay putas pero sí esposas en abundancia que, debido a la escasez de trabajo, se ven obligadas a mantener a sus maridos. Los tratos tienen lugar en la calle y ellas, sin el menor recato, se van con el primero que llega después de acordar el precio por medio de gestos más o menos obscenos.

5 de Mayo

Si tuviera que explicarlo diría lo siguiente:

Se trata de apropiarse de ella, quizá de una forma inconsciente y desfigurada. Del alma y del cuerpo de ella para poseerlo en exclusiva. En esto consiste el amor. Lo triste es que uno no pueda apropiarse de alguien y alejarlo de todos los demás sin tener remordimientos.

¿No resulta curioso?

21 de Junio

A petición del director – sigo con úlceras en la boca – envié un correo al Cairo para pedir una consulta personal con el médico. A su vuelta, el correo me entregó un despacho con las informaciones siguientes:

Es casi seguro que no se trata de una (no se lee bien lo que dice) aunque también presenta cierto peligro al tratarse de otra enfermedad venérea, terrible si se abandona a su evolución espontánea.

Que las “complicaciones” tardan años en aparecer después de la infección primaria.

Que no me asuste pero que se trata, probablemente, de sífilis.

No sé. De todo lo que dicen entiendo solamente la palabra “peligro”. Por ahora no me encuentro mal, no siento nada.

El despacho aconseja sin embargo que me cuide. Según él médico “soy un cuerpo predispuesto”.

28 de Julio

Sentirse desgraciado y disfrutarlo. Jamás creí que pudiera ocurrir algo así. Me aferro a mi propia infelicidad como si no tuviera otra cosa. Y no la tengo. Asha me deja sólo a menudo porque, dice, la enfermedad le espanta. Es posible que intuya el contagio. No sé, pero si quiero conservarla no puedo admitir que me he dado cuenta. Tiemblo como una rata cada vez que la veo desaparecer por esa puerta.

Infinita la libertad de los amores sin objeto.

El suyo, desde luego. Yo, por mi parte nada tengo que añadir. Haría lo mismo si estuviera en su lugar. Pero no. Siempre anduve desatinado en esto del amor. O quizá lo desatinado sea el amor mismo, o la vida ¡qué sé yo! Resulta todo tan fútil.

3 de Agosto

No, ninguna desmesurada certeza en la vida ni en la literatura ni por supuesto, en uno mismo.

Y entonces sales huyendo hasta llegar al culo del mundo y cuando llegas, cuando ya estas aquí, ¡qué hermosos los barcos al atardecer, si regresan!

Pero también es posible que no puedas salir huyendo de aquí, entonces te hincas en la arena del destierro con la fuerza del *saf*; acuerdas contigo mismo olvidar toda impostura, tu antigua candidez poética y otras zarandajas; decides, en una palabra concederte el perdón y volver a intentarlo con esa forma de coraje que tienen los sonámbulos. Entonces ¡qué fuerza te invade, qué optimismo!

Hasta que un día te das cuenta de que ya estás muerto.

10 de Agosto

Indistinguibles. Y sé muy bien de lo que hablo. Sus huellas

Tumbado en la calurosa habitación con los postigos entornados y los ruidos que suben de las calles descoloridas, la descubro a la vuelta de cada

esquina, ese trozo suyo que desaparece ya mismo. Imagino la seda de sus muslos hasta la cintura salvajemente desnuda y me ahogo en las llamas desgajadas de mi propio deseo. Entre la enfermedad y el dolor físico de ese deseo, mucho más profundo que todos los demás – imagino sus caricias. Bueno ¿y por qué no? A veces se acerca a escondidas con el rostro descubierto, los brazos al aire y el cuerpo entero flotando líquido, la muy puta, se quita el *natala*... : no importa lo que pueda llegar a ocurrir ni cuando le dé por intentarlo, rozando sus pechos con mis labios y la risa al borde de las pestañas. ¿Qué espera?

Quizá a que vuelva a levantarme y salga con ella a la calle. Cuando baje la fiebre.

Pero antes tengo que saber cómo hacerlo. Señalaré hacia delante, hacia algún lugar un poco más lejos, ella me seguirá, descubriendo mis huellas en el polvo con la secreta intención de llegar de un punto a otro y luego, más allá. Nómada.

15 de Agosto

La mostré cómo traficar con el deseo, la inquietud y el vértigo de las preguntas y ¿tienes idea de a dónde condujo todo esto?

A adentrarse en la oscuridad, cada paso un poco más lejos de la luz de la luna. Asha imagina que saldrá a la otra orilla, a la que ella llama “mundo civilizado”.

Pero nuestra ignorancia estará allí, esperándola, toda temblores y luz negra.

1 de Septiembre

Es cierto. Hace una semana, desapareció. Me dejó tirado en la cama, cogió sus cosas y desapareció.

Que me había equivocado lo supimos los dos exactamente al mismo tiempo. Cuando Marilo llegó con todos esos cuentos sobre Asha y sobre él, sobre las tabernas de Dire Dawa y Djibouti, los soldados egipcios y los

comerciantes portugueses, se me abrieron las carnes. Y cuando aquel desgraciado se fue, se llevó también nuestras voces y así estuvimos durante horas: mirando al techo en silencio, inmóviles para no desangrarnos.

Marilo llegó y prendió fuego a los rastrojos de nuestro futuro.

A partir de aquel día no quise volver a verla

20 de Septiembre

Había pensado crear algo desconocido con la forma de este fracaso. Me equivoqué. Pero ser capaz de reconocer las equivocaciones no altera la situación. Y la situación es que Asha, por un tiempo, hizo desaparecer las tinieblas de mi alma cuando lo único que yo quería era perderme en ese laberinto de asombros.

Sí, Asha me privó de las tinieblas.

23 de Septiembre

Fue una equivocación.

Y de mis equivocaciones soy incapaz de extraer conclusiones, sólo destellos, aromas de lo que una vez sucedió o pensé o soñé bajo los párpados, pesadillas, demonios, locuras, todos los desconciertos y las penas y las preguntas sin respuesta, las engañifas inventadas para salir del paso, seguir viviendo, ya digo, decidido a que nada me importe menos que su desaparición en el *dhow* que zarpaba de Risali con dirección a Obock o ¿quién sabe? Djibuti, haciéndome el duro con Franzoj para que nada supiera de mi desesperación, emborrachándome, enfermo por esta mascarada y confundido.

Por cierto, cumpliré treinta años el mes que viene.

Pero ni siquiera un cataclismo como éste evita, a lo largo de la noche, que la sueña, que me acuerde de cómo la vi al salir de mi vida con aquel gesto de llama que un débil viento inclinase hacia el cristal refulgente de la arena.

25 de Septiembre

Labatut ha obtenido permiso para embarcar sus armas gracias a la mediación del Cónsul francés. Saldrán para Shoa en el mes de Octubre.

Este hombre me intriga. Todos nosotros, risueños o despreocupados, nos conformamos con los pocos beneficios del cuero o del café. No pensamos demasiado (y mucho menos Bardey) en términos de grandes ganancias. Este tipo, sin embargo, ha sabido montárselo: lleva quince años viviendo en Shoa. Tiene una mujer abisinia y parece completamente adaptado a las costumbres africanas. Sin contar con que las buenas relaciones que mantiene con Menelik II le han procurado tierras, ganado y una más que respetable riqueza.

En lo que a mí se refiere estoy cansado de esta rutina. Vuelvo a sentir que esta vida mía no me pertenece. Al parecer, no soy yo quien debe disfrutarla o malgastarla a su antojo. Mas bien parece una responsabilidad, una clase de herencia de la que no he hecho otra cosa que escapar desde el día que nací. Sí, ya sé, peor lo pasan otros. Se conoce que lo mío consiste más bien en dar vueltas: todo lo que hago se transforma en leña para el fuego de este diario cuyo contenido no puede ser más insulso aunque de eso, como de costumbre, me daré cuenta más tarde.

Se terminó, me largo.

¿Y qué es lo que ha dicho Bardey al enterarse de mi partida?:

“... un crimen....por lo que a mi respecta no tengo ninguna intención de seguir adelante con el comercio de armas. Los nativos no las conocen y es peligroso para los europeos, pero también para ellos”

El muy hipócrita, le aborrezco pero, hasta ahora, no me había atrevido a decírselo. Sin su ayuda, mis recursos, tan desesperadamente escasos, bien podrían desaparecer del todo. Pero si ahora no liquida lo que me debe, soy capaz de clavarle un puñal en la espalda. Cuando lo haya hecho, llegará el momento de despedirse:

Adiós y gracias por nada habibi.

ASHA

Comenzamos desde la arena del cabo y dejamos atrás un puñado de desnudas islas coralinas unidas por bajíos de arena en la marea baja. En esta tierra sobran los manantiales pero sólo crece el *nache*. Venas de barro seco agrietan el suelo y la piel de las piedras se abre y se abulta en escamas de salitre. Lo sé, aunque no me fijo, porque me he fijado antes, me he fijado un millón de veces. Esta es sólo mi versión de la historia. Insisto. Porque ahora me toca a mí. Tengo mucho que contarte y eso que todo no es, vamos, no parece creíble. Claro que si lo prefieres podríamos empezar por él, con algún apartamiento, claro, para ocuparse de mí antes de regresar al tema principal y no abandonarlo hasta que se desvanezca la luz de las lámparas ¿De acuerdo? Pero entonces ¿a qué viene ese silencio? ¿No te gusta la idea? Ah, pues en tal caso ¿por qué me has hecho venir? No convocarás a los muertos en vano, dicen los sabios, porque de ellos es el reino de la historia. Y yo, al fin y al cabo, estoy mucho más muerta que tú . Tienes el deber de escucharme.

Ojalá no le hubiésemos conocido - dice mi tía Ainalam que va detrás de mí.

Caminábamos en fila india, el tratante primero, desde luego con su rifle y Adjami, el sirviente de Abdo Rimbo, a continuación, para poder ir hablando de sus cosas. Luego sigo yo, y mi tía al final. En este aire de vidrio transparente la voz viaja a la velocidad de la luz. El hombre del rifle contesta,

Haberlo pensado antes

Ambos se refieren a un acuerdo firmado días antes por el que yo, una mujer joven y fuerte de veintidós años, pasaba a colocarme como sirvienta de Abdo Rimbo con derecho a cama, comida y un

pequeño sueldo para mis cosas. Fue así como empezó todo. Esta noche no siento ganas de convencer a nadie y además me da igual que me creas o no. Con el sol de frente seguimos caminando en silencio sorteando pedernales y guijas arrugadas como suelen los rostros de los viejos. Aquí, en esta tierra, la corteza de las cosas se cuarteja mucho antes de que madure el interior. En eso, nuestros cuerpos se diferencian muy poco de los troncos: no existe la vejez ni la muerte, sólo un rápido, instantáneo proceso de evaporación, como en los *wadis*: allí la tierra chupa el agua, el aire chupa el agua y la costra cuarteada de los fondos es lo único que queda como prueba de lo que hubo. Son las partes húmedas y tiernas las que antes se echan a perder.

Es fácil para un hombre - contesta mi tía que le ha oído.

Ya te lo he dicho, aquí las palabras reverberan como la luz, se transmiten a la misma velocidad que la luz. El hombre del rifle habla sin volver la cabeza y continúa abriéndose paso hacia delante, pisando los miles de fragmentos de fósiles blancos esparcidos por el suelo. Miro sus pies y los de Adjami delante de mí. Miro el suelo con mucha atención: busco lenguas de víbora, dientes fosilizados de tiburón. Puedo guardarlos en la faltriquera, por si la suerte.

Naturalmente que creo en estas cosas; soy ¿cuál es la palabra que utilizaríais vosotros para referiros a la gente como yo? Una *hararí* pagana. Pagana porque a pesar de estar bautizada es así como me siento. Siempre he defendido mi libertad interior sin renunciar a la tradición, sin perder de vista el ánima florecida de todo lo que alienta y en eso, estarás de acuerdo, nos parecemos bastante todas las mujeres que en el mundo han sido. Sabemos que nuestra vida depende de muchas cosas: de la luna, las mareas, las estaciones

¿no estás de acuerdo? Hablo por experiencia porque yo nunca he leído demasiado, lo que sé lo he aprendido observando el mundo, la realidad, los gestos y las voces de las personas, las formas con que los hombres ejercen su autoridad, el indefinible influjo de la naturaleza en nuestras vidas, la prolongación del perfil de las costas en la forma de nuestras casas, los confines trazados por el cultivo del sorgo, por la expansión del Islam o por la emigración de los grandes peces, las lenguas desaparecidas, el lenguaje de las olas y de los muelles, las jergas que imperceptiblemente van cambiando en el espacio y en el tiempo.

No tenía ninguna necesidad de conocer a Rimbo, a decir verdad, no me hubiera hecho ninguna falta. Como te decía, yo tenía entonces veintidós años y no era hija de reyes pero todos decían que parecía una princesa, flor entre las flores de Arabia con un talle tan fino como la rama de un árbol *ban*. En fin, no es por presumir, ya me entiendes, pero hombres no me faltaban y menos en Obock, mi pueblo, a orillas del mar Rojo.

Mientras caminamos oigo a mi tía pisar las piedras detrás de mí ¿A dónde vamos?

Buscamos la manera de llegar cuanto antes al mercado de esclavos de la cercana Tadjoura. Abdo Rimbo, que ha viajado desde Harar, nos espera allí para cerrar el trato. No, nadie va a venderme, ya te lo he dicho, pero mi tía quiere saber qué espera ese hombre de mí y, sobre todo, cuanto piensa pagarme y cuando. No se fía; yo, sin embargo, he sabido comprender enseguida hasta qué punto me convenía el trato: conozco a los hombres. Él no, era incapaz. La soledad de las largas noches en Harar, el cansancio de tantas aventuras entre gente extraña, tantas lenguas desconocidas que

ocupaban por completo el espacio de una memoria ya abotargada y luego, sufrimientos, incomodidades sin cuento. Para mí todo resultaba familiar (¡y cómo no, si había nacido allí!) Y, naturalmente no había acudido a su llamada como una simple criada; pretendía hacerlo mío.

¿Y Rimbo? No quiero parecer exagerada, pero cuando por fin llegamos y le puse la vista encima me di cuenta al instante que no me había equivocado: era todo lo que imaginaba y un poco más: fuerte, con cara de listo y pocas palabras, pero que cuando por fin arrancaba a hablar, le daba por mover la mano derecha de un lado a otro, con unos gestos marcados y breves como si estuviera dirigiendo una orquesta: te lo juro, todos los demás, yo incluida, fuimos siempre sus músicos.

Conocía bien esa clase de hombres, como diría Bardey, cuyos cuerpos no van a la par con sus mentes, que a menudo callan cosas o rechazan otras pero que en cuanto tienen oportunidad repiten siempre lo de “Hazte respetar, ya verás, será suficiente con que des unas voces en árabe”

Y Rimbo, ese jovenzuelo de Charleville que en el fondo temía, y mucho, lo que pudiera encontrar al otro lado de Bab al-Mandeb, se sentía lleno de soberbia. Me fue fácil entenderlo ¿comprendes? ya había conocido a otros como él.

Entonces, el hombre del rifle se detiene, baja la mirada, se agacha y fisgonea. Adjami también fisgonea pero sin mucho interés. El hombre del rifle investiga con impaciencia entre las guijas.

¿Qué busca? Pregunta mi tía, que me ha alcanzado.

Nada - le ha oído - no encuentro nada. No sé qué habrá ocurrido. Se los habrán llevado ya.

Los tratantes apuntan en su cabeza la lista de todo lo que han venido a buscar: esclavos, cuerpos de mujeres, pieles de mono, ámbar, ciertas semillas, fósiles, restos arqueológicos, armas, posiblemente drogas. Esto en cuanto a las cosas de por aquí pero la lista suele ser mucho más larga, y no para de crecer. Plata, desde luego, y corales. Perlas, incienso, piedras preciosas. He vivido con esas listas toda mi vida y por eso no me fío de las palabras de los blancos. Su rapacería hace dudar de la solidez de sus promesas. Yo me atengo a lo que veo, no a lo que oigo. Si luego me engaño, al menos, la responsabilidad será sólo mía.

Pero ahora, en este preciso instante, no tengo ni idea de lo que este tipo anda buscando o por qué lo quiere encontrar precisamente aquí.

Buscaba, creo, esas piedras que llaman rosas del desierto. Si lo he olvidado no es por falta de memoria sino por culpa de los ciento y pico años que llevo muerta y sin hablar de esto aunque de ese día, precisamente, me acordaré siempre. Claro que eso fue entonces y ha pasado mucho tiempo. Entremedias, durante el tiempo que dura la muerte, que siempre es un entremedias más o menos largo, una época en que dejan de suceder cosas o suceden pero desde luego no a ti, Rimbo acabó convirtiéndose en un mito. Conozco bien el proceso, esa mezcla de olvidos y mentiras, de aplomo fingido y datos auténticos. Yo también he tenido que inventarme mi vida, he recorrido un largo trecho y me resulta muy fácil reconocer en los demás las huellas de ese esfuerzo.

Abdo Rimbo era un hombre de cabello pajizo y entrecano. Tenía... ¿cuántos años cuando yo le conocí, veintiocho, treinta? Más de

treinta golpes al día solía atizarme Marilo, el portugués, y yo los contaba uno a uno como luego conté sus años.

Cuento años y lugares como muelles, dársenas bajas, la fortaleza del barrio del puerto a la caída de la tarde o las sombras ¡tan bajas! por detrás de las rocas y la silueta de las barcas en la bahía, brillantes de puro oscuras contra la superficie del agua.

O los viejos *sambucos* y los *dhow*s con sus cascos de teca para la pesca de ostras perleras que todavía hoy verás bajar y subir a lo largo de las costas del golfo con su cargamento de hojas de *qat*.

Y también todo aquello que vio aparecer a Rimbo cuando llegó arrastrando su baúl hasta la terraza del *Grand Hotel de l'Universe* o que una tarde de verano le oyó decir que no le gustaba ni Adén ni su gente, que aquello era un agujero repugnante y (¡no había hecho más que llegar!) que estaba deseando zarpar hacia Zanzibar o Abisinia.

O aquello otro que una noche de un mes de diciembre lo vio aguardando la partida de las *gaflah* (caravanas).

Y sí, lo vieron los comerciantes, los militares y los viajeros de *Steamer Point*. Lo vio una vieja casamentera vestida de negro. Lo vio un carpintero de la calle.....Lo vio su sombra, vestido con un pijama blanco y un *fez* rojo en la cabeza, desafiando el tórrido calor de estas tierras. Lo vieron los *banyan* y los *babul*..

Y lo vi yo.

¿Que cómo lo vi? A mí su edad me tenía sin cuidado; era más bien su fuerza. Lo que yo buscaba era algo que me hiciese sentir segura. Te lo he dicho, no necesitaba a Rimbo para nada. Si hubiese estado buscando un marido nunca le hubiera elegido a él. Pero cuando me acostaba con los marineros, el portugués me pegaba y se quedaba con mi dinero. Tenía que hacer algo. Y nadie mejor que un hombre blanco para plantar cara a otro

hombre blanco. ¿Qué si no me avergüenza este cinismo? ¿Y por qué habría de avergonzarme? Vosotras, las mujeres del siglo XXI olvidáis pronto cómo eran estas cosas. Pues deja que te diga, que no han cambiado tanto: en asuntos de hombres todavía se adula, se intriga, se anima con mentiras. Y bien, yo tenía entonces veintidós años pero en todo lo que tuviera que ver con la vida real, le daba un millón de vueltas.

Dejamos atrás los baldíos amarillos de la costa y nos adentramos en el interior. Tadjoura no está muy lejos, dice el hombre del rifle.

No tiene ni idea - dice mi tía en voz baja - se ha perdido.

Yo nunca me pierdo - replica él abriéndose paso con decisión entre una maleza, cada vez más alta.

Lo cierto es que no hay sendero y que los árboles nos van cercando y cada vez se parecen más entre sí. Da la impresión de que no nos movemos aunque seguimos avanzando en línea recta. Entonces me digo que lo mejor será dejar que la monotonía vacíe mi cabeza de todo salvo de lo esencial. Intento recordar qué es para mí lo esencial y concluyo entonces que se trata de escapar, sobrevivir, enamorar a ese desconocido o al revés: enamorarme (para sobrevivir) y después poder escapar.

Al poco llegamos a Tadjoura y encontramos a Rimbo que de alguna extraña manera había obtenido un salvoconducto del siniestro Pachá. Ese individuo, llamado Abu-Becker, controlaba todas las rutas de esclavos desde la costa hacia el interior y sin su protección nos hubiera sido imposible viajar. Por lo demás, no tardamos en entendernos y enseguida hicimos un trato: yo viviría en su casa y le serviría como criada. Ainalam, mi tía, nos acompañaría a Harar, echaría una mano en las cosas de la casa pero dormiría fuera, en unos barracones cercanos. Y bien: yo era mayorcita. Sabía a lo que

me exponía. Declaro que es así y paso a otra cosa. Si necesitas mas detalles, tendrás que inventarlos tú, pero si lo que deseas es comprender su reacción al verme o la mía al verle a él, es preferible que no te impacientes.

Todo se andará.

Dos semanas después de dejar Tadjoura, nuestros camellos trepaban por los oscuros pasos de montaña hasta las selvas coronadas de nubes. En el horizonte se recortaban extrañas figuras que luego desaparecían, un prodigio típico de este África nuestra donde, como sabes, el viajero nunca llega a ninguna parte de improviso. Luego, desde la montaña, vimos algunos cebús que pastaban en el altiplano y después de un rato más de ver campos y campos de tierra roja y de oler a azafrán y a tabaco y de oír y preguntar a los *issas* que nos hacían de guías que cuanto tardaríamos en llegar, alcanzamos por fin una meseta y ellos regresaron a la costa y fueron sustituidos por gente de los *gallas*. Al poco, dejamos atrás sus poblados con cabañas como cucuruchos de paja con una vasija de barro o un huevo de avestruz en lo mas alto del tejado para mantener alejados a los espíritus malignos y entonces yo, que no estoy muy segura de lo que he venido a hacer aquí, yo que todavía me estoy preguntando si esto, lo que siento aquí dentro, no será acaso miedo, digo adiós con la mano a las mujeres que, sentadas a la puerta de sus chamizos, mecen los cueros de mantequilla o hilan el algodón.

Y luego otra vez es verano y ha pasado un año ¿A que vas a preguntarme cómo fue todo? Nada ocurrió la primera noche aunque desde luego quizá fue la siguiente o al cabo de una semana, lo que sí recuerdo es que ese día, Rimbo quiso darse un baño. Los

hombres, bien lo sabes, no prestan demasiada atención a estas cosas, como si en Harar el agua cayese del cielo y los perfumes, las velas, las toallas a trompicones, cayesen del cielo también. Fingiendo que adoptan la fría distancia de un gran duque, disponen y mandan. Las mujeres son diferentes; como mínimo los detalles, el sentido común que aconseja ahorrar esfuerzos en según para qué cosas por ejemplo, un simple baño. Pero no, él quería el tratamiento completo, un *hammam* en toda regla.

Y porque tú eres quien eres, te contaré los detalles; y también porque estoy hablando de él. Abdo Rimbo siempre estaba dando órdenes a los demás y los hombres que trabajaban para él lo llamaban *al-Karani*, el malvado. De manera que, si ahora la mala soy yo y tiro un poco de la manta, puedo decir que lo aprendí de él.

Rimbo tenía un cuerpo hermoso, sí. Vi su imagen borrosa a través del vaho cuando la claridad de las lucernas recorría su piel desnuda. Enseguida me llamó a su lado para que le frotara la espalda y entonces supe, precisamente entonces y no un segundo antes ni después, que nada le detendría. Su cuerpo era él. Cada centímetro de piel, carne, músculo, cada gota de fluido y de sangre era él, consciente de ser él mismo, un ser a quien yo no comprendía. No había sido fácil - ¡válgame Dios! - convencerle de que mi jornal no incluía favores sexuales, que esos tendría que ganárselos y desde el principio, en cuanto nos quedábamos a solas, intentaba acosarme. Supongo que así se veía más fuerte aunque tampoco insistía demasiado, la verdad. Nunca llegó a enfrentarse a mí y, básicamente, se dedicaba a jugar. Ahora pienso que era a través de mis reacciones que Rimbo descubría lo que pasaba por mi cabeza.

Y ese era el punto al que habíamos llegado el día que me ordenó que dispusiera el *hammam*. El día que le estalló la vergüenza dentro del agua. En el centro del calor. Y su coraza de plomo se deshizo y se aflojaron su mandíbula y sus nervios. Como un tiburón a mi alrededor. Yo oía el borboteo de su respiración a través del agua, los sonidos de su cuerpo amplificadas contra las bovedillas de la alberca. Sentía palpar su deseo como un pulso gigantesco dentro de mi garganta. No pude soportarlo. Le tiré la toalla a la cara y salí del baño sin preocuparme de sus gritos.

Para aquel entonces mi tía había encontrado trabajo en casa de Righas y nos había dejado solos así que ya no tenía a dónde ir. Esa noche él me pidió disculpas y mientras hablaba, empezó a acariciarme la espalda. Sentía sus dedos en mi carne como pequeños hocicos, hincándose en la piel con fuerza, resbalando y vuelta a apretar. Pero estaba segura de que él no se daba cuenta. Creí que era parte del juego que mantenía consigo mismo y en aquellos momentos, pegada como estaba a su costado, también conmigo. Pero me equivocaba, él no sabía jugar, estaba peleando. Víctima, él también, de ese espejismo tan masculino que les hace creer que, una vez acorraladas, las mujeres dicen siempre *no* cuando en realidad quieren decir *sí*. Y bien, hasta cierto punto puede que tengan razón, al menos por lo que a mí respecta y siempre, claro, que no medie violencia. Ahora bien, al cabo de un tiempo, esa actitud puede llegar a irritarnos ¿no estás de acuerdo? En fin, a lo que íbamos, esa noche, al acabar de servir la cena, va y me lleva de la mano hasta el silencio acogedor del patio, y después se hace a un lado y cierra la puerta, ocultándonos. El ruido de nuestros pasos fueron las únicas palabras que pronunciamos. El

aire que respirábamos, nuestro silencio. Cargado de pasión y de preguntas que esperaban agazapadas la ocasión de saltar a nuestras gargantas. Me prometí a mí misma que no bajaría la guardia. Pero enseguida, ya estaba tumbada de espaldas y veía las sombras que proyectaba la luna nueva sobre la pared del fondo. Él, sin embargo, seguía de pie, mirándome, con los brazos cruzados sobre el pecho. Pensé que debía ir a su encuentro, hacia la primera caricia, antes de alcanzar su cuello de puntillas y morder allí donde latía la sangre. Contuvo su aliento. Entonces, cogí su cara entre mis manos y le besé dulcemente metiendo mi lengua bajo la suya. Después, le acuné como una madre. Esconderle, quise, bajo mi pelo y sorber sus ojos lánguidos, la humedad de su lengua.

Recuerdo que en el reino de aquella noche, fuimos los príncipes: Rimbo dejó por unos instantes de ser *al-Karani* y yo, sin lugar a dudas, me convertí en la mujer más bella, la más deseable de todas aquellas, muy pocas por cierto, con las que se había acostado. Su aliento de fuego sobre mi frente. ¿Me habían besado antes? La dureza de su vientre apretado contra el mío con la soberbia de un gallo. Di un paso atrás y luego otro sentándome en el borde de la cama. Estremecida como una niña le vi acercarse mientras lentamente iba deshaciendo las vueltas de su *futah*. No pude resistirlo. Me volví de espaldas y enseguida sentí cómo montaba mi cintura, me cogía los muslos por delante y empujándome hacia él, me clavó su espada. Con los ojos abiertos inicié entonces un viaje por el ser de su carne contra la mía. Otra vez, dios, gimiendo, otra vez y respirando el aliento de su boca, cada vez más dentro. Dentro. Hasta volvernos líquidos. Y explotar.

Aquella noche, con sus muslos pegados a los míos, dormí en su cama después de hacer el amor. Recuerdo que cuando abrí los ojos, no se veía la sombra de la luna en la pared del fondo y pensé, no importa, ahora no necesito otra luz que la que salta en la punta de mis nervios cada vez que él me toca. O ni siquiera. Con sus muslos pegados a los míos. Enroscados bajo la fresca suavidad del algodón.

Después, pasan los días y no vuelve a acordarse de que estoy allí.

Nada.

Así que me siento a esperar (es un decir) y cuando ya casi lo he olvidado, cuando dentro de mí la marea del deseo ha descendido, cuando a falta de mejor empleo me dedicaba a recorrer las calles observando con curiosidad, pero sin gran interés, las faldas de la muralla, sus torres cuadradas horadadas por cinco puertas, los arroyos que fluían a nuestro alrededor antes de desembocar en el Herrer, las *guimbis* o casas circulares de los *gallas* y las otras, de piedra y tierra roja, como la nuestra, cuando hube visitado la mezquita que hizo construir Rauf Pachá, descansado un rato sobre sus alfombras de rafia y contemplado a los jóvenes, lanzas en ristre, saliendo del cuartel de enfrente y oído sus voces, comprendí, sí, comprendí sin el menor género de duda, que en lo alto de *Yabal Hakim* o en el descampado de *zoco de Magallah*, los fantasmas habían empezado a salir de sus madrigueras.

Entonces, la tierra empezó a temblar, imperceptible bajo mis pies y bajo los pies de los curtidos *gallas* vestidos con túnicas de algodón y ocupados en apacentar sus cabras y yo volví a casa intentando no apresurarme. Tras de mí, visible sólo si volviera la cabeza, aproximándose a una velocidad terrorífica pero silenciosa, se alzaba

una muralla de nubes muy negras, casi sólidas que ocultaban la luz del sol. Cerca de su vidriosa cresta había destellos de movimiento, de vida atrapada y condenada ¡condenada! ¿sabes? porque lo que yo acababa de comprender es que las úlceras de la boca, restos de una antigua fiebre según él, eran la prueba indiscutible de que había contraído la sífilis. ¿Cuándo? No lo sé. Antes de llegar yo, Rimbo solía almacenar sus mercancías, incluidas las pieles de vaca disecadas, en el interior de los *guimbis*. Luego, a la noche y por miedo a los ladrones, se iba a dormir allí, en medio de toda aquella mierda. No es de extrañar que se infectase. De ahí ese empeño en que nadie, excepto su Asha, tocase su ropa o utilizase sus cubiertos, ahora bien, como por aquel entonces yo era la única mujer que le atraía un poco, había decidido ocultármelo.

El siguiente descubrimiento resultó menos doloroso.

En el mes de mayo vuelve a caer enfermo pero sólo guardará cama durante diez o quince días. En cuanto se siente mejor, decide emprender una expedición a Bubasa, en el sur. Ni que decir tiene que conmigo no cuenta. Cuando me ve fruncir el ceño pone como disculpa que el viaje es tan peligroso que no merece la pena arriesgar mi valiosa vida. Según él, los soldados no suelen aventurarse fuera del recinto amurallado de Harar y en el resto del camino no hay, ni cerca ni lejos, un destacamento de ayuda . Cuando el guía de la expedición, Hadj Ali y Yusef, el jerife de los mercaderes de Harar, calculan en treinta días ¡imagina! ¡treinta días! la duración del viaje, me pongo hecha una furia. ¿Quieres saber por qué? pues porque llevábamos juntos más de un año y, si era cierto (como decía a menudo) que me necesitaba, lo lógico hubiera sido

que me llevase con él. Además, si a él le hubiera ocurrido algo ¿qué hubiera sido de mí?

Cuando le expresé mis sentimientos, me arrojó lejos de sí, desconcertado.

Luego, con una toalla en la cabeza (su intención era hacerse pasar por musulmán), y una manta roja echada por encima de los hombros, se puso a la cabeza de la expedición. Tenía un aspecto ridículo y todos, incluso él, nos reímos un poco.

Pero no se la quitó.

Cuando le perdí de vista, subí a mi habitación y me tiré en la cama en el mismo momento en que la voz del muecín estallaba sobre mi cabeza con tal fuerza, que me obligó a esconderla debajo de la almohada dejándome sorda y ciega. Pero al cabo de un rato comprendí que, a pesar de aquel disgusto, no me iban tan mal las cosas y resolví hacer mis planes. Me ha ocurrido otras veces y sé que basta con ponerse de camino para que el camino se abra ante ti. Antes o después. La apuesta consiste en resistir, mantenerse firme. Esperar. Claro que mi tía hubiera dicho que en ocasiones, es mejor dejarte llevar por la corriente, pero ese método no me convence: te vas dando contra las esquinas.

Regresó al cabo de veinte días. Estaba agotado y no dejaba de repetir lo mucho que me había echado de menos. Su salud había empeorado y hubo de guardar cama otra vez. Y entonces, sí, entonces fue lo de Asha ven, Asha vete, Asha por favor. Es decir, lo de siempre. Cuando estaba conmigo soñaba con largarse a Zanzibar y cuando estaba de viaje soñaba con regresar a casa. En realidad, nunca tuvo muy claro qué es lo que quería. Le gustaba la idea de la aventura para, luego, quizá, poder contársela a su madre

(escribía una vez al mes). La aventura en sí misma, no. Esa, le daba miedo.

Sea como fuere, mientras se recuperaba de sus últimos achaques, firmamos un acuerdo. El *badamous* que, sin ser gran cosa, me garantizaba al menos, un cierto status. Que ¿en qué consistía? Pues se trataba de un documento escrito en virtud del cual *mi hombre*, Abdo Rimbo me asignaba, mientras viviera con él, una pequeña cantidad de *táleros* (incluido el jornal) y yo, a cambio, renunciaba a todo lo demás.

Ni que decir tiene que él conservaba también el derecho a separarse de mí cuando le viniera en gana.

Pero aquello fue en septiembre y ya estábamos en el mes de febrero, el aciago.

Noches lunáticas y días que enjambran los sueños de malas ideas. A medida que va pasando el tiempo, se me hace más y más fácil adivinar los planes de Rimbo.

¿Vuelves a irte? ¿Ya no te gusta? ¿Por qué pasas tanto tiempo a solas con tu criado Adjami? Y otras cosas que le digo con palabras duras como el cuarzo, de esas que se usan para reforzar la tierra de los caminos cuando las lluvias.

Pero él no contesta.

Y vuelve a desaparecer en el Ogaden, siguiendo la ruta del río Herrer, a través de las tierras somalíes hasta llegar hasta la región de Nokob, donde el río desemboca en el Wabe. Cuando regresa, me cuenta historias de cómo los elefantes van a morir a sus orillas y de cuán fácil es hacer negocio con sus colmillos o con las plumas de avestruz, que así dijo que se llamaba aquello, “hacer negocio”. Al revelar mi asombro ¿elefantes? porque ya entonces no quedaban

tantos y de una extraña manera que no sabría explicar, me sentía desposeída, soltó una alegre carcajada.

Sí, te lo juro, desposeída, y no sólo porque aquel ejemplar de hombre blanco estaba demostrando ser idéntico al resto de hombres blancos que asolaban nuestras tierras y nuestras vidas, que eso también, sino porque poco a poco estaba consiguiendo arruinar mis ilusiones y mi esperanza, mis sueños y todo lo que hasta entonces había ido aprendiendo con él.

Así que yo juntaba las palabras que él me iba dando cuando regresaba de sus rumbos lejos, en las estepas del Ogaden casi sin ondulaciones o a lo largo de cien ríos desconocidos o cuando me hablaba de las tribus y el color de los mercados, de animales extraordinarios y serpientes venenosas. Y con esas palabras comencé a tejer una historia siempre detenida en los momentos en los que la realidad y el sueño se mezclaban; la realidad de un mundo lleno de cosas que podían comprarse o venderse y el sueño de un mundo de inagotables historias.

Porque, acaso ¿podría dejar de sentirme desconcertada? Naturalmente que no. Y tampoco pude dejar de darme cuenta que sus palabras - esas que él utilizaba para describir el mundo que le rodeaba, es decir mi mundo, no el suyo - resultaban intraducibles. ¿De qué estaba hablando ese hombre? ¿Qué es lo que intentaba decirme? ¿Tan seguro estaba de lo que había visto? O por el contrario, como seguro estaba de tan poca cosa acaso ¿se inventaba lo demás y vivía él y me hacía vivir a mi, un entresueño irreconocible para ambos?

Lo cierto es que con sus historias convirtió a la gente y a la tierra inmutable de Abisinia, en un desastre inútil: con sus pobres salvajes,

tan parecidos a sus primos de las Árdenas, su zoológico y su maldita sorna.

Y luego, de repente, llegó la hora de evacuar Harar. Los derviches habían derrotado al ejército egipcio en Sudán y las tribus andaban revueltas. Era peligroso para los europeos seguir allí y los jefes dieron orden de partir. Era febrero y Rimbo preparó su última caravana hacia la costa. Diez días después salíamos de la ciudad para hacer un viaje por el desierto que duró seis semanas. Cuando llegamos al *agujero* de Adén, después de instalarnos en Cráter, supe que tenía que darme prisa. Debería apresurarme si no quería verle desaparecer, casi volatilizarse, ante mis propios ojos. Yo había empezado a leer, siempre que me era posible, las cartas que le enviaban y gracias a ellas me había enterado que no soñaba sino con volver a Francia. Entonces fue cuando pensé que teníamos que hablar. No puedes vivir al lado de una mujer, le diría, de la misma manera que vives al lado de un pozo. Pero como él trabajaba de siete de la mañana a cinco de la tarde y, según sus propias palabras, al terminar la jornada estaba acabado como un muerto, decidí hacerle una visita en su lugar de trabajo.

Dentro de mi alma, la esperanza se debatía contra el miedo: no me gustaba salir sola a la calle y menos aún, visitar los almacenes. Si mi salida iba a ser o no de su gusto, era otra cuestión. Con él nunca se sabía.

Recuerdo que andaba preguntándome qué vería en mí la gente cuando me vieran pasear por las callejuelas de la ciudad vieja o ascender los peldaños de piedra de la Casa Bardey. Y yo misma me contestaba que ahora que me había atrevido a salir, tal vez pudiera entenderlo mejor.

No verían desde luego a la joven *harari* desaparecida hace tiempo bajo esos vestidos de corte europeo. Ni por supuesto, a la mujer que fumaba cigarrillos mientras esperaba a su esposo francés porque ellos, los *adenitas*, no son de esa clase de hombres que esperan ver a una mujer abisinia haciendo el oficio de esposa de nadie. Lo que verían, seguramente, era a esa mujer de rostro indescifrable que todos llamaban Asha. Un cuerpo alto, verían, de piernas largas y ojos color de avellana, con ese aire reservado del ser humano que huye de algo. Me verían pero no me reconocerían porque yo no era uno de ellos. Lo que había sido hasta hace poco una especie de disfraz, se había convertido ya en mi auténtico rostro.

Debo decir que a Rimbo, le ocurría lo mismo. Y lo que es peor, siempre me pareció un vulgar ignorante en todo lo concerniente a los seres humanos en general y a las mujeres en particular. No tanto en su aspecto sexual - probablemente estudió a fondo esa cuestión en algún momento de su vida, tal como estudió también otras cosas - como en su aspecto sentimental. Y entre esas cosas que nunca alcanzó a ver estaban, por supuesto:

Mi vida fragmentada en una serie infinita de imágenes.

El silencio. Yo contaba apenas una mínima parte de lo que él esperaba oír.

O mi pasado, del que escama a escama, extraía sólo los recuerdos que me eran necesarios: una mujer sentada sobre las rocas, al lado del mar, balanceando sus pies descalzos sobre el agua. Alguien que con once años descubrió un reguero de sangre entre sus muslos y al no saber a quién preguntar, fue a decírselo al portugués, un tintorero borracho que vendía drogas y que enseguida me puso al punto, primero en Tadjoura y después en Djibouti.

O luego, en otra ocasión, no ya la sangre repentina o el dolor sino el jadeo, el sudor de unas manos entre las sábanas, una sombra negra y pesada y la herida, que todavía escuece, antes de salir corriendo y terminar, esta vez, atada a una viga, convertida en una excepción que, como bien decía Ferrandi, saltó de los callejones del puerto para ir a caer en su cama.

Estaban también mis años de pobreza o los años de violencia. Hombres que me escupían a la cara y se quitaban el cinto de cuero para azotarme. Mujeres que me miraban con desprecio.

Viví siempre en un mundo que me insultaba, debajo de unas escaleras, en un pequeño trastero donde sólo cabía un catre y un pequeño brasero para el café. Pero también fue en ese mundo áspero donde conocí a Ainalam, que no era desde luego mi tía pero que siempre fue buena conmigo y que primero me llevó a su casa y después me encontró a Rimbo, a través de Adjami, su criado.

Abdo Rimbo, que no quería saber nada de mi vida.

Odre de los vientos.

En fin, algo parecido

Créeme, Rimbo era una de esas personas a quien la vida de los demás tenía perfectamente sin cuidado. Mientras no le causaran problemas, claro. ¿Le gustaban de verdad las mujeres? Me lo pregunté muy a menudo. Y eso que decían que como buen musulmán (él nunca se convirtió al islamismo) mantenía todo un harén. Sí, claro que mantenía un harén, uno de mujeres ocupadas en pesar y empaquetar hojas de café, pero sólo eso. Alguna vez le pedí que me dejase ayudar, le propuse vigilar su trabajo. Él se negó; yo volví a pedírselo una y otra vez, pero no hubo manera. No me quería fuera de casa. Se empeñaba en que aprendiera francés y

dejase de fumar, utilizara zapatos en lugar de sandalias y me hiciese un recogido en el pelo como una señorita francesa. Pero lo que a él le parecía encantador en las mujeres blancas, a mí me parecía ridículo. ¿Tan elegantes eran esas escuálidas hembras? ¿Tan ejemplares, tan bellas? ¿No estarían, más bien, un poco apolilladas?

A veces, yo también me sentía un poco apolillada y cuando de alguno de mis escasos paseos volvía a casa abría la puerta con el mayor sigilo. El truco consistía en sentir el silencio de Rimbo antes de que el silencio de Rimbo te sintiese a ti. No quería que me viese, no decirle de dónde venía. En aquella penumbra de puertas entornadas era como si habitásemos en la casa de los *jinn*s, de las ánimas, incluida la mía, de los que ya habían muerto.

De ahí, el silencio.

Pero iba diciendo que había decidido ir a visitarle caminando hasta Bahía Negra, no lejos de donde vivíamos. Una mujer sola decidida a andar por la calle. O por esa calle. De Majalla al *Liberty Hotel* por la calle Salomón frente a la mezquita Al-Khawja. No lo consigo, sin embargo. Debería haber llevado velo o al menos una túnica larga. Debería haber parecido menos yo. Más todas las demás, supongo. A través de hileras de casas pegadas las unas a las otras como con engrudo. Del hueco oscuro de las puertas salen gritos, maullidos, los ecos de algún portazo. Voces de mujeres que discuten, niños que cantan. En algunos porches y, al borde de las puertas, hay hombres sentados en minúsculos taburetes de madera con la pipa de agua entre las piernas. Siento su mirada en la espalda, justo a la altura de la nuca y veo sus muecas cuando observan con curiosidad mi rostro descubierto. Pienso que sus mujeres y sus hijas

apretujadas detrás de las ventanas verán lo mismo que ellos, que harán las mismas muecas sólo que desde más lejos. Las otras, las pocas que no tienen más remedio que salir a la calle, van con el rostro tapado y tampoco las veo. Andan deprisa, con la cabeza inclinada hacia delante, llevando en cada mano cestas o bolsas de tela.

Y entonces se me ocurre que se parecen a las *jaimas* porque el velo de una pieza cae desde la coronilla al suelo formando una especie de tienda de campaña. Hombros apagados. Al contrario que los míos, demasiado echados atrás para procurarme el aspecto que debería tener una mujer sola o, si vamos a eso, para procurarme siquiera el aspecto de una verdadera mujer ante sus ojos.

Me detengo un poco antes de llegar, en un lugar desde donde se observa la casa con balcones al mar; una casa enorme, o eso fue lo que me pareció entonces. Voy hacia ella y subo los escalones. Después empujo la puerta.

Pero no me dejan entrar. Por lo visto, Rimbo había dado la orden y uno de sus empleados - apestaba a *qat*,- me obliga a dar media vuelta. Doy media vuelta y espero en casa. Por la noche, vuelvo a intentarlo pero, una vez más, se niega a escucharme.

Digo: tú no me conoces y él contesta: no me hace ninguna falta.

Me acaricia desganadamente la mejilla y enseguida dice que se va a dormir.

Es humillante.

Una continua humillación, sí, en eso consistió todo desde el principio.

No me estaba permitido hablar mientras él permanecía en casa, casi siempre escribiendo. No me dejaba salir a la calle ni siquiera con

Françoise, el ama de llaves de su jefe, y la única persona, por cierto, que tenía permiso para visitarnos las tardes de los domingos. Y ¿sabes qué? lo más gracioso es que ella creía que Arthur era un buen hombre porque en algún momento le había oído decir que quería casarse. Era de una ingenuidad espantosa ¿no te parece? Me humilló también con sus mentiras. Decía que era yo quien le había contagiado la enfermedad del amor pero que lo tenía bien merecido por haberse dejado engatusar por una cortesana de dos táleros

¡Y pensar que en su tierra pasaba por ser un gran poeta!

Nada dura eternamente. Tarde o temprano, me dije, habré de renunciar a mis planes, abandonar estos hábitos de criada que me ayudan a ir tirando y tendré que enfrentarme al mundo real, que no está compuesto de silencios, lo sé, sino de magulladuras, socavones, alacranes subterráneos, polvo y agua en lejanas fuentes que una ha de acarrear de un lugar a otro encima de su cabeza.

¿Cómo me las arreglaría?

Sólo Dios, que en modo alguno tenía intención de decírmelo, lo sabía.

Otra noche, avanzando el año, Rimbo regresaba de su trabajo.

Recuerdo que era otoño, a finales del otoño, y en el puerto de Adén unas nubes oscuras ocultaban a ratos los rayos del sol. Levanté la vista en el preciso instante en que un relámpago iluminaba su rostro. Y entonces, la nube desapareció con la misma rapidez que había llegado.

Intenté adivinar lo que pasaba por su cabeza y con mi pensamiento le envié un mensaje preguntándole si es que seguía esperando todavía que la fortuna sacase a relucir su cabeza por alguna parte

si, acaso, seguía soñando con aquel encargo para conducir caravanas de armas hacia el interior de África o se veía regresando, quizá, a casa de su madre para pedirle, humildemente, que le dejase volver a vivir con ella. Aunque en realidad, no llegué a decir nada. No por miedo sino porque, tal y como suele suceder en las parejas gastadas, lo esencial es lo único que se calla. Esa misma noche él volverá a pedirme que le visite en su habitación.

El suelo se comba hacia los lados como una cuna, y las paredes de adobe pintadas al temple, respiran. Veo cómo se mueven. A través de las celosías de madera los marcos de las ventanas parecen incandescentes. El calor y la fuerza de su deseo lo llenan todo: las hornacinas de la pared, el aire alto y salvaje del recinto, la cama.... Y enseguida estamos comiéndonos la boca. Nada vendrá a interrumpir el juego. Un juego solitario y silencioso, con tan poco juicio que pudiera hacer necesario explicar cada uno de nuestros gestos, cada caricia, tal que si nos hubiésemos vuelto ciegos. Sí, cada caricia, incluso antes de acercarme y que él me sintiera como era debido. Pero ¿qué digo? Recuerdo cuando la primera vez y sus preguntas, que de dónde venía, quiso saber, que si tenía hijos y aunque yo tenía las respuestas preparadas, mi lengua se negó a compartirlas. Me quedé muda, igual que ahora. Ahora que sólo se oye el sonido de nuestros besos. Luego él me toma de la mano, se tiende a mi lado, yacemos desnudos hasta que me contagia. Entonces, vuelvo también a desear su carne y su saliva. Siento la necesidad de abrazarme a él hasta conseguir disolverlo en partículas leves y secas que sólo una ráfaga de aire pudiese aventar. Puedo abrazarte, pienso, hasta el final de los siglos, hasta que nuestros cuerpos fosilizados en un solo bloque, resuciten.

No duró mucho. Enseguida sonó la alerta y al ver la concentrada expresión de su rostro me dije que era hora de despertar, de abrir bien los ojos. Y sí, desde luego los abrí tanto como pude y lo que vi se quedará conmigo para siempre: un hombre delgado y blanco como una lombriz, abarcándome la cintura con sus brazos, volteándose sobre mi vientre, haciendo vibrar sus pulsos en mi garganta, con el pelo revuelto y empapado en sudor.

Pensarás sin duda que estas, mis palabras, son las de una puta, una mujer sin escrúpulos. Que es lógico que Rimbo acabara despreciándome por la sencilla razón de que yo era despreciable. Que yo no tenía derecho a desear y menos aún, a juzgar a un hombre como él y que lo que se esperaba de mí era que aprendiese a venerarle como al mismo dios. Pero no te confundas, él no era un dios, no lo fue nunca, y lo malo es que yo me di cuenta enseguida. Creo que esta fue, precisamente, la causa de su rencor: ya sabes, algunos hombres no soportan que sus mujeres les comprendan, es más, disfrutan haciéndose los incomprendidos.

Rimbo fue siempre incapaz de perseverar en nada o de empezar una nueva etapa sin romper con todo lo anterior. Que nuestra vida en común había sido una mascarada fue otra fantasía de las suyas. Su desilusión, mis infidelidades, ¡todo mentira!. Era cruel conmigo porque quería librarse de mí, pero quería librarse de mí porque sabía que yo sabía que era un inmaduro incapaz de amar a nadie excepto a sí mismo. Sentía vergüenza. La misma vergüenza que se adueñó de él cuando decidió romper con Bardey y unirse a Labatut, siniestro aventurero y comerciante de armas. Para justificarse, hizo lo imposible por indisponerse con su antiguo patrón, le llamó *maldito*

canalla. Aquella violenta discusión fue la consecuencia, no la causa, de que Rimbo se viese obligado a abandonar la empresa.

Recuerdo que en una ocasión le oí decir que la soledad era una mala cosa y que estaba empezando a lamentar no haberse casado y tener una familia. Pensé que lo decía por mí. De modo que empecé a creer que, después de todo, la felicidad aún era posible y me preparé para amarlo eternamente. Pero no. Amar a Rimbo resultaba imposible porque tenía el corazón embrutecido. Fue cuando decidió volver a Shoa para dedicarse al tráfico de armas, cuando decidió también prescindir de mí que por lo visto ya no le hacía ninguna falta ni como amante, ni como enfermera, ni como criada, ni como nada.

O eso creía él.

Pero a veces su cabeza le jugaba malas pasadas y pensaba no necesitar a nadie cuando lo que en realidad sucedía era que, en ese preciso instante, no le *dolía* nada. ¿Sonríes? No he pretendido ser graciosa. Esa absurda idea le convertía a veces en un ser dolorosamente altanero. El mismo día que salí de su casa, escribió una carta a monsieur Franzoj diciendo: *Lo siento, pero he endurecido mi corazón y he despedido a la mujer*

¿Te das cuenta?: *He despedido a la mujer*. Ni siquiera fue capaz de escribir mi nombre. Y más adelante: *No debería haber sido tan estúpido como para traerla de Shoa, y no seré tan estúpido como para hacerme responsable (es decir, correr con los gastos) de transportarla de vuelta allí.*

Lo dicho: un avaro irresponsable, cobarde y amargo con algún toque de humor y pequeños raptos de ternura. Un tipo de estética

brutalidad, un chivo. ¿Qué por qué digo esto? No sé, será que tengo ganas de desahogarme.

Todavía hay algo más: Por lo visto, un poco antes de conocernos, cuando ya estaba en Harar, unos hombres llevaron a su casa a una muchacha infibulada y él quiso poseerla de inmediato. Después, según su amigo Righas, y al encontrar cerrado el paso, quiso abrir a la pobre chica con un cortaplumas lo que hizo que la chica se desgañitara gritando y vecinos y curiosos se apiñaran a las afueras de su casa para enterarse de lo que estaba pasando. ¡A punto estuvo de provocar un motín! Supongo que para entonces ya había decidido convertirse en un colono en toda regla y su imaginación le dictaba lo que se suponía que debía o no debía hacer. Lo que sí es cierto es que enfangarse siempre le produjo cierto placer, le daba morbo sentirse culpable.

En cualquier caso, ya no me interesa conocer sus motivaciones. Creo haber dicho antes que esto no es una biografía al uso sino sólo mi versión de la historia. Rectifico, de nuestra historia y porque no existe otra, una de las peores.

Me hubiese gustado que las cosas fuesen de otra forma. Pero a él le tenía sin cuidado lo que yo pudiese decir o pensar. Nunca le interesaron mis opiniones de la misma manera que nunca tuvo ningún interés por conocer mi vida. Naturalmente, a estas alturas, da lo mismo. Él, por su parte, no dejó nunca de hacerse la víctima. Harto de las incertidumbres relativas a su trabajo, acosado por las pesadillas, sentía batir los tambores a todas horas y en sus sueños gemía porque, según contaba, oía sin cesar los gritos de las hienas. Al amanecer se levantaba sudando y dispuesto, una vez más, a huir. Una noche le oí gritar que estaba acabado y que por venir aquí, lo

había perdido todo: salud, amigos, futuro, que lo único que le quedaba era morir.

Ya entonces no me impresionaron sus lamentos pero ¿cómo podía negarle mi consuelo? Se enfadó cuando le prometí que siempre estaría a su lado. Otra noche despertó sudando de miedo; se veía, me contó, corriendo por un camino infernal, entre esqueletos humanos y pozos secos, bajo un sol inmisericorde que licuaba sus sesos dentro del cráneo como la carne blanda de una calabaza podrida. Unos seres sin cabeza, con los ojos y las bocas en el pecho, intentaban darle alcance. Intenté tranquilizarle diciendo que los hombres sin cabeza nunca habían existido, que en realidad se trataba de una vieja leyenda sobre los guerreros *danakil*, los de los altos escudos, y que esas gentes nunca podrían atraparlo aquí, en Adén, porque pertenecían a los bosques de África y no conocían el mar. Volvió a enfadarse. No entiendes nada, gritó. Leyendas ¡qué sabrás tú!

Pero, naturalmente, yo sí sabía que sabía. ¿Qué cosas? Creo que ya te lo he dicho: La más importante es que Rimbo tenía los días contados. Podría decirse que la mayor parte de sus excentricidades se debían a los accesos de fiebre que le producía la sífilis. Calmaba sus dolores de cabeza con dosis cada vez más altas de *qat*. Rogaba que le prepararan comidas especiales sobre un pequeño infiernillo de petróleo que tenía en su habitación ya que las que nos servían en el *Grand Hotel* o peor aún, la de los tenderetes próximos a su lugar de trabajo, no le sentaban bien. Acusaba mucho el calor y padecía continuos espasmos de estómago. El pánico a la oscuridad y la obsesión de un futuro que él preveía solitario y alucinado, transparentaban, en medio del duro acontecer de nuestros días, a

un hombre incomprensible debatiéndose dentro de un mundo cada vez más incomprensible para él.

Sí, yo sabía que la enfermedad de Rimbo era letal pero él, no sólo estaba convencido de ser eterno, sino que intentaba comportarse como si lo fuese. Por si esto fuera poco, pretendía que los demás se comportasen igual, despreciando el dolor, el suyo y el de los demás, como si de un huésped molesto se tratase. En su presencia estaba prohibido quejarse. Y qué quieres que te diga, esa actitud puede ser muy saludable pero también es necesario saber pedir ayuda para no acabar tirado en cualquier parte, sólo como un perro.

Creo que, de haber sido capaz, se hubiese cortado a mordiscos su propia pierna: Cuando empezaron los dolores, él se encerraba en su cuarto y detrás de la puerta le oíamos gritar como un animal. Adjami y yo nos mirábamos asustados pero no podíamos hacer nada porque nos tenía prohibido acudir. Decía que no quería testigos de su tormento.

Naturalmente, eso fue al principio. Cuando verdaderamente se puso peor, ya no estaba a su lado: me había devuelto a Shoa sin imaginar que llevaba una hija suya en mi vientre. Y esa fue mi venganza. Yo sabía, él lo decía a menudo, que quería tener al menos un hijo para poder educarle a su manera. Un hijo como prueba de su paso por la tierra. Y es que ¿sabes? uno de sus mayores temores fue siempre desaparecer sin dejar huella. Que la noticia de tan enorme pérdida pasara desapercibida. Le perdía su vanidad ¿no crees? .

Pero déjame decirte algo:

Es precisamente porque le amé tanto que ahora tengo derecho a criticarle.

Cuando me alejó de sí, fui yo, no él, quien desapareció sin dejar huella. A partir de ese instante, la muerte adoptó el rostro severo de Rimbo y Rimbo, el descarnado rostro de la muerte. Muchas veces, y puesto que en realidad yo no estaba muerta del todo, intenté ponerme entre los dos para separarlos, pero no fue posible: de alguna extraña manera esos dos rostros ya se habían soldado. Para siempre. Nunca. Para siempre nunca jamás. La desesperación es un guerrero que hace guardia a la puerta de mi espíritu. ¿Tan equivocada estaba al confiar que ese hombre podía llegar a amarme? A mi cabeza acudían en tropel todas las respuestas pero cuando llegaban jadeantes, desgastadas, el guerrero no las deja entrar y tienen que dar marcha atrás. No les quedaba sino intentarlo de nuevo. Pero yo supe de siempre que no lo conseguirían.

Cuando me enteré que Adjami no le acompañaría a Marsella cogía a nuestra hija y regresé a Adén. Pero llegué tarde: con muchas dificultades y a costa de desembolsar una gran cantidad de dinero, Rimbo había conseguido un pasaje en el *Amazonas*, un vapor que había salido hacia Marsella, la noche antes.

Así que esperé. Y esperé. Y seguí esperando. Hasta entonces, mi vida se había limitado al presente. A partir de ese día empecé a entender en qué consistía el pasado: Consistía sobre todo en el dolor de unos recuerdos compartidos, condenados para siempre a residir en mi memoria. En cuanto al futuro, que quieres que te diga, es una dimensión que nunca existió entre nosotros, los hombres y mujeres de África.

Recuerdo que por entonces dicté al escribano una carta particularmente amable. Me la aprendí de memoria. Esto es lo que decía:

A Abdo Rimbo:

Me has favorecido, amigo mío, a mí que era tu collar, tu pluma preciosa y ahora ¿A dónde iré a parar? ¿A dónde me irás a entregar? Porque pegada a tu espalda, en tu pecho he vivido yo mujer. Que así yo lo tome, que así lo recuerde que tú eres mi padre, mi hermano mayor, mi marido.

Mucho merecen tu corazón y tu cuerpo en recompensa porque de mí se cuidaron mucho. Junto al lecho, en nuestra casa, sobre mí cabeceabas preocupado si me dolía un dolor o si me arrullabas. Porque por mí temiste las amenazas de los desconocidos; y en aquellos primeros días no con tranquilidad hacías el sueño porque velabas de noche y recogías mis gritos, mis lágrimas; no sin paciencia venías a derramar tu deseo en mi boca, me llenabas y después me secabas.

Con dificultad brota tu despego, porque eso es lo que hacías, por mí: así en tus días, en tus noches, junto a ti no hubo cuidado pero ahora ya no soy tu pertenencia como el camello o el rifle y olvidas lo que me diste a beber, lo que me diste a comer para que un poco viniera a crecer, viniera a florecer.

Y tampoco desfalleces por mí pero me dices que me has enseñado lo que pone de pie, lo que hace vivir. Entonces. ¿Qué te daría yo a cambio? ¿Con qué apaciguaría el dolor de tu cuerpo? Porque aún soy joven, aún aprieto la masa y espolvoreo la harina sobre el corazón del pan y guardo el agua: porque aún juego con mi pelo, la piel de mis brazos; porque aún embarro con henna mis manos, los perfumes y todavía no transparenta la piel de mi rostro las canas de mi corazón.

Y como lo quiera Dios, el señor nuestro, acaso será mi destino, acaso será mi merecimiento lo que me has hecho, lo que me has dado, un labio, una palabra, tu cuidado, tus noches. Y tú acaso recordarás un poco el calor, lo tibio de los brazos de Asha. ¡Si quisieras! ahora que no son tu pertenencia y mía tampoco.

Y luego escribí otra y otra más en la que decía que siempre le esperaríamos, yo y nuestra hija. Pero tampoco obtuve respuesta.

Fue Adjami quien me comunicó su muerte. Viajó desde Adén a al-Mukalla para decírmelo. Casi no era capaz de hablar. Y no sé cómo, pero antes de oírle ya conocía la terrible noticia. ¡Tienes que decírmelo! gritaba yo, ¡Tienes que decírmelo! Adjami comprendió mi angustia y por fin me lo dijo. El fiel y silencioso Adjami. Me lo dijo. Solté una carcajada, como la de una hiena. Grité. Grité que no quería que sucediera lo que estaba sucediendo. Empecé a golpearme la cabeza contra el suelo hasta que me abrí la frente. Sólo entonces me detuve porque se me ocurrió que si a mí me pasaba algo, nadie se acordaría de decirle a nuestra hija quién había sido su padre.

En el preciso instante que dejé de hacer ruido, me invadió la calma. Sentí un extraño dolor en el corazón, tan fuerte que quitaba la respiración. Pero enseguida pasó. Vuelve, le dije, vuelve aquí. Y me quedé quieta esperando que acudiera a mi pecho para dolerme con él y no pensar en otra cosa. Para no desesperar aún más.

¿Que si no resulta un poco extraño después de todo lo que él me había hecho? Naturalmente que sí pero ¿es que acaso sólo habré de callar lo más mío?

Mi vida terminó, idos son ya los días de venganza, tan sin sentido.

OTAR, 1998

Déjame que te cuente lo que ocurrió luego, cómo transcurrió todo. Fue como el fin del mundo.

Terminó sus plegarias e hizo un atadizo con los papeles y las fotografías. Om Gad, la que quería vivir en paz y acabó convirtiéndose en hacedora de nuestro destino. *Jalti*, entrañable vieja, recta como un poste, severa como nadie. De vuelta, otra vez aquí, las veo a ella y a Olga en aquella habitación, despidiéndose. El aire que las rodea está vacío y puedo distinguirlas con claridad. Una mujer vieja, una mujer joven. Para mí ya no están en un paisaje, no están en una habitación abierta a la baranda, con la sombra replegada bajo sus pies. Perfiladas, definitivas. Ya no las veo mudar de gesto a cada segundo, agitar las manos, secarse con un pañuelo el sudor de la frente. Se han convertido en estatuas. Con mis ojos de ahora, que los otros los perdí en la carretera. La pólvora se los llevó volando. Hoy veo a Olga tal como era, como será siempre, y anhelo volverme tan inalcanzable como ella para que las vibraciones de los recuerdos no me atraviesen, encerrado en las páginas de un diario, reducido a un nombre, una fecha, apenas unos signos que sólo aciertan a girar sobre sí mismos.

Así que salimos de madrugada y nos dirigimos al norte. A nuestra mano izquierda, el Mar Árabe invisible desde la carretera y a la derecha, primero Al Jawl y luego, durante mucho rato, una cadena de montañas, alguna de ellas altísima, que separa la costa

de Ramlat al-Sabatain. Usama, vecino de *jalti*, mi tía, nos acompaña hasta la salida de al- Mukalla dirección Abyan y allí se despide de nosotros. Yo había calculado que el trayecto hasta Adén, *in sha 'Allah* nos llevaría doce horas. ¿Quién si no Dios, conoce nuestro destino? Mujtar, el conductor, vuelve a contar los bidones de gasolina de reserva, las provisiones de *qat*, el agua, las ruedas de repuesto, ata cuerdas, tira de las correas que sujetan el equipaje, comprueba los seguros de las puertas. De pronto grita,
¡Un *fukhakh!*

Y la vida se interrumpe.

La somnolienta criatura de color verde con aspecto de lagarto se pasea lentamente por el guardabarros. Parece inofensivo, pero en esta tierra la experiencia enseña a desconfiar de todos los seres que parecen precisamente eso. Olga da un paso atrás.

y yo, acercándome

Mi madre decía que los camaleones pueden echar a perder los dientes con sólo su aliento.

y Olga,

¿Qué quieres decir?.

Y yo, otra vez

Se caen, los dientes se caen si te alcanza el aliento de los *fukhakh*

Y Mujtar,

Yalla, yalla habibi, no perdamos el tiempo.

El camaleón enrosca su cola en el gancho del remolque. Displicente, se columpia ante nuestras mismas narices. Mujtar le da un manotazo,

Dicen que traen mala suerte.

El camaleón desaparece entonces bajo las ruedas del Toyota. La vida continua.

Describe la luz, el sol que se anaranja lentamente, el olor a yodo que impregna el aire. Olga sentada a tu lado y el mapa de carreteras desplegado sobre sus rodillas.

Describe la línea de la playa, infinita, infectada de cangrejos, reflejándose en el océano frente a las costas de Mombasa y Mangalore, Surabaya y las Célebes ... a un monzón apenas de distancia y cómo ella te pide que le hables del camino.

Describe sus manos. Y cuando dice que podríamos darnos un baño, que hay una cala estupenda a sesenta kilómetros y luego, cuando saca un lapicero y dibuja una línea verde en el plano. Describe su entusiasmo ¿Ves? Tenemos que atravesar las montañas, quizá nos lleve algún tiempo.

Observa sus dedos. El repiquetear de sus dedos sobre la cartulina del plano. Aprovecha para especular un poco sobre las ironías del destino. Intenta mostrar interés: Que te diga cómo llegó a obsesionarse con Asha. Compara su entusiasmo con una crecida en el *wadi*. Dile que una vez que el agua empieza correr montaña abajo resulta imparable. Que imagine cómo aumenta, cómo se engrandece, cómo su velocidad se acrecienta. Que imagine su fuerza. Comprueba que te presta atención. No olvides que una mujer que escucha lo que tú tienes que decir es un bien escaso. No olvides tampoco que el talento no tiene sexo. Recuerda que es una de las pocas cosas que nunca lo han tenido.

*

Rodábamos sobre pistas devastadas. Las aisladas casas de piedra que íbamos encontrando parecían inmunes al vacío del

entorno. No se veía un alma. El cielo iba agachándose poco a poco: de un azul cada vez más oscuro, parecía empeñado en hundirse, él también, dentro de los baches de la carretera. Algunas señales de tráfico, desgastadas, emergían de vez en cuando entre el polvo. Y luego, lentamente al principio pero cada vez más deprisa, la carretera se empinaba hasta dejar atrás la llanura de la costa. Recuerdo que mientras el Toyota se cimbreaba sobre los cascotes de la calzada para evitar los profundos socavones, se me vino a la cabeza, no sé por qué, una invocación del Lenguaje de los Pájaros.

Colocó a la Tierra sobre la espalda de un toro,

Y al toro sobre la espalda del pez

Y al pez sobre el aire

¿Dónde descansa el aire?

En ninguna parte.

Porque nada es nada, y todo es nada.

Nada es nada y todo es nada.

A medida que nos alejábamos de Ash- Shir, el camino se iba haciendo cada vez más oscuro y la noche se iba tragando las negras escorias del desolado valle y a nosotros con ellas. Cuando llegamos a al-Haura localizamos la única fonda abierta a esas horas, pedimos algo de comer y nos sentamos afuera, a la luz de una vela. Tardaron mucho en traernos la cena. Hambrientos y cansados hablábamos por hablar y decíamos cosas sin importancia. Mujtar se quejó de que todavía nos quedaba un buen trecho hasta llegar al hotel y que no podíamos seguir allí perdiendo el tiempo. Un chaval silencioso se acercó a nosotros y dejó algunos panes calientes encima de la mesa. Y entonces – recuerdo que fue precisamente entonces – Olga se levantó de la mesa y dijo que se

quedaba. ¡Pero si no tenemos habitaciones! gritó Mujtar. Olga, con un gesto de indiferencia, levantó la mano pidiendo calma y fue a buscar al dueño de la fonda.

Pasamos la noche allí.

*

Me desperté por culpa de la música. Era noche cerrada y tenía frío. Afuera, alrededor de una hoguera, unos hombres cantaban: un ritmo lento y uniforme que puede llegar a durar horas y en el que apenas sobresalía otra nota que no fueran unos pequeños gorgoritos, suaves como quejidos. Hubiera jurado que estaba despierto pero debajo de mis párpados se materializaron los pies descalzos de los portadores a través de paisajes sin árboles. Pisadas jadeantes que, a pesar de la carga, no perdían el ritmo ni un segundo. Dentro de la melodía oía también una conversación pero no alcanzaba a entender lo que decían. Y es que, a saber dios cómo hubiera podido, aún hablando su misma lengua, imaginar lo que decían unos hombres acostumbrados a dormir recostados en sus rifles, sin comer y apenas sin beber en un paisaje, sin duda, capaz de acabar de un susto contigo tan sólo al mirarlo.

Hombres aquellos, pero también mujeres, de una tierra que siempre les perteneció en exclusiva, en donde cada filamento y cada partícula poseen espíritu propio y en el que sus antepasados vivieron como viven todavía sus nombres y los nuestros, hasta donde uno puede volver la vista atrás en el tiempo y aún más allá. Familias que remontan sus orígenes hasta el reinado de Adán, cuando en el desierto, justo en el centro del país, sus ancestros construyeron casas antes de dirigirse a las costas, al tiempo que

daban el nombre de su familia a valles y montañas. Como diría el salmista,

“Sus casas resistirán eternamente y sus hogares, generación tras generación. Toda la tierra, llevará su nombre”.

Recordé entonces que mi primer trabajo como miembro de una expedición franco-yemení me llevó al desierto de Abyan, en algún lugar a medio camino entre Hadramut y Sana'a. Buscábamos el emplazamiento de Iram, la de las altas columnas. Tan pronto como nos adentramos en las arenas, el cielo se me vino encima; no sabría expresarlo de otra manera. A pesar de todas las advertencias en contra, eché a andar hacia el Este porque entonces yo era muy joven y muy estúpido y no quería admitir que tenía miedo aunque, pensándolo bien, quizá no fuese miedo sino angustia como la que sienten los niños ante el silencio absoluto, apenas interrumpido por el suave crujido de unas pisadas en la arena. De pronto, prácticamente de la nada, surgió ante mis ojos una figura de mujer vestida de negro y con el rostro descubierto. Bajo la terrible luz del sol no podía sino imaginar el brillo de dos ojos negrísimo, de sus pestañas teñidas de *kohl*. No dije nada, tampoco ella. Me quedé muy quieto y la miré, y ella me devolvió la mirada sin hostilidad ni curiosidad alguna mientras el velo de su cabeza, agitándose muy levemente por el soplo de una brisa que ni siquiera existía parecía, en aquella inmensidad mineral, lo único realmente vivo. Al cabo de unos instantes, me atreví a saludarla. Ella preguntó si nosotros, porque nos había visto llegar desde muy lejos, buscábamos también la ciudad de Ad y cuando contesté que sí, hizo un gesto como de cansancio y, por unos instantes se cubrió la boca con la mano. Después me aconsejó que no perdiéramos más el tiempo: ¿Acaso

no sabíamos, dijo, que los *aditas*, sus constructores, fueron barridos de esta tierra por un huracán? ¿No has visto, dice el Corán, lo que el Señor hizo de Ad? Cuando llegó Hud, el profeta, los hombres fueron ásperos y duros. Él llevaba el torso desnudo, una *futta* rayada y un turbante azul oscuro y negro enrollado muy flojo sobre su frente. En la nuca, portaba la mancha de la buena suerte en forma de mano. La mano de Dios. Le vieron llegar, insistió ella, mucho antes de que emergiera entre los *banyan*, antes de que saliera al camino que hace su entrada en el pueblo. Pero no quisieron creerle y eso fue lo que les perdió.

Me detuve a mirarla. El miedo que había sentido minutos antes desapareció y su lugar se vio ocupado por muchos sentimientos a la vez: tristeza al ver que no formaba parte de su mundo; desarraigo porque a pesar de haber nacido en este país fui educado muy lejos de él; impotencia porque, dejado a mi suerte, no sobreviviría allí ni una semana, y no sólo porque no podría encontrar ni agua ni comida sino porque, a diferencia suya, ningún dios querría tomarme bajo su tutela. La mujer que estaba de pie en la cresta de aquella duna, con los hilos de luz bailando sobre su rostro, levantó la mirada y se encontró con la mía. En un instante, siglos enteros desaparecieron plegados como un pañuelo de seda. Cogimos el tiempo a contrapelo y lo despojamos de sus escamas centenarias. La distancia que había entre nosotros, su timidez y mi ignorancia se mezclaron y aquella mezcla cayó sobre la arena, se filtró dentro de ella y al desaparecer, forjó entre nosotros una suerte de atadura resistente como una soga de esparto.

Tan leve como una mano amiga sobre el hombro.

Tan segura como un puente de roca viva.

Y bien, es cierto que aquella primera noche, después de dejar a *jalti*, me dio por recordar algunas cosas en las que no había pensado antes. Cosas que habían estado más allá de mi alcance, ocultas por las anteojeras de mi poca experiencia. Cosas sencillas. Como por ejemplo, que mi madre también había nacido en el Yemen. Que a pesar de vivir en Francia hasta su muerte, cuando yo apenas contaba doce años, nunca había dejado de cantar en árabe. Que parecía feliz y sonreía pero que sus ojos parecían estar siempre en otro lugar. Recordé que cuando le hacía regalos: una caja, un pañuelo, un libro, se ponía la mano derecha sobre el corazón e inclinaba levemente la cabeza para darme las gracias. Que nunca dejó de hacerlo. A partir de entonces, aquellos recuerdos abrieron mi alma y se quedaron a vivir en ella para siempre. Simples como un soplo. Me había emocionado. Y me di cuenta de que la mujer de negro se había dado cuenta. Miré hacia otro lado. Ella, por su parte, hizo lo mismo. A lo lejos resonó el eco de unos gritos y aquel instante de eternidad dejó paso al tiempo. Una vez más ese tiempo regresó para llevarnos a donde realmente pertenecíamos. Donde las leyes de los hombres establecen qué es lo que uno debe comprender y cómo. Y cuando.

Me despedí de ella y volví al campamento.

*

Ocurre que el tiempo pasa y escapa resbalando como un elemento hostil y vacío que pretende dejarnos a un lado y de pronto da la vuelta y vuelve a encontrarnos en el mismo sitio antes de que hayamos conseguido dar un paso, levantar el pie y salir corriendo. Antes de que se nos acabe, el tiempo, ya sabes, ese perverso anfitrión que da por hecho toda la miseria del mundo y al hacerlo

transforma nuestras vidas en algo irreal, apenas unos signos registrados en la historia de manera más o menos amplia que eso depende del libro y también de la historia, de las guerras, de tantos muertos, tantas poblaciones desplazadas, tanto sufrimiento... todo un catálogo de fragmentaciones antiguas y nuevas entre tribus y ciudades, los Zaydí y los Shafí ... como si mientras todo sucede, estuviéramos sentados en las estrellas mirando hacia abajo y al hacer su aparición las guerras, los muertos, los campos de minas, nuestra mirada, que ya se habría vuelto inhumana, bostezase, nuestra mirada sí y no registrase ese dolor como algo nuestro, algo que formase parte de nosotros de manera que, antes de darnos cuenta, vida y muerte habrían acabado por convertirse en un espectáculo y nosotros, en unos espectadores indiferentes. Porque esos seres que sufren quizá se parezcan a nosotros, sí, pero de ninguna manera somos nosotros, que tanto como eso ya sabemos, incluso en el instante mismo en que está sucediendo, sabemos que su historia es otra historia y que para comprenderla no nos hace falta estar incluidos en ella y eso es exactamente lo que sucede, que no estamos: nosotros no estamos ahí.

Solíamos hablar de estas cosas.

En otra ocasión Olga me dijo que cuando le asaltaban estas ideas, le gustaba imaginar que una cámara colgada de algún sitio allá arriba, las grababa una a una con el fin de que, después, ella pudiese rebobinar para corregir sus fallos. No le gustó nada que yo le dijese que de esa manera, ella también se convertía en espectadora, alguien que imaginaba cómo alguien distinto, que en el fondo era ella misma, la vigilaba sin descanso y estaba pendiente de todos sus actos.

Suena un poco artificial ¿no te parece?

Antes de oír su respuesta, supe lo que mis palabras debían de significar para ella, me bastó con percibir su mirada, pero lo dejó pasar y no hizo ningún comentario.

Cambió de tema enseguida y me contó que una de las noches que habíamos pasado en al-Mukalla, como no podía dormir, había estado relejendo sus notas sobre Rimbo pero que a cada rato, se levantaba a mirar por la ventana y desde allí imaginaba, es más, veía claramente aunque nunca había estado allí, el puerto de Adén y las farolas de esa garganta de cemento en que se ha convertido la avenida Madram construida a principios de siglo por pastores del interior, con la ayuda de algunos soldados británicos que después de desarraigar las palmeras y llenar los socavones de rocalla, lo pusieron todo perdido de alquitrán y entonces, insistía ella, algo que hubiera debido o más bien, hubiera podido convertirse en una arteria de sombra en esa ciudad vetusta y corroída pasó a ser, simplemente, un carbunco más bajo la piel de la vieja yegua .

Volví a preguntar qué le había traído hasta aquí pero tampoco en ese momento me dio otra respuesta que el entusiasmo que le producía el puro descubrimiento y enseguida continuó diciendo que durante aquella otra noche no había podido dejar de mirar a través de la oscuridad, el lento subir y bajar de la marea en el cuenco de la bahía, el brillo metálico de los bidones de petróleo bajo la luna pero que, al mismo tiempo, se había asustado ante la simple idea de tener que soportar esa misma visión todos los días, el constante ir y venir de aquellas mujeres a las que nadie se había molestado en preguntar si se sentían, o no, felices viviendo en medio de aquella descolorida escoria o si eran capaces de llevar con resignación la

distancia entre ese cemento y el barro dorado de Hadramut. Al parecer, cuando empezaron a apagarse las farolas, se había quedado dormida y no despertó hasta bien entrado el día, sobresaltada por los ronquidos de las furgonetas y los chillidos de las gaviotas y entonces, dijo, fue cuando le volvieron a la cabeza esas descripciones del diario, cuando en las primeras horas de la mañana, antes de abrir los almacenes, Rimbo se dedicaba a inventar, no para nadie sino para sí mismo, una ciudad hermosa con los huesos fuera de sitio, descoyuntada por los mercaderes, hollada por los parsis, invadida por hindús, aventureros judíos, buscadores de tesoros otomanos, pescadores somalíes con tirabuzones empapados de *henna*, montañeses del interior, poderosos negros de *Dar-es Salam*, la Casa de la Paz.

Y es que, como decía ella, Adén fue y sigue siendo, sinónimo de mercadería. En sus frecuentes pesadillas, Rimbo imaginó esta ciudad como una bayadera adornada con objetos impensables: plumas, fuegos artificiales, conchas, quijadas de tiburón, caparazones de tortuga, nácar, parasoles ... Pero él ¡qué frágil debió sentirse! y ¡qué fuera de lugar! exclamaba Olga. Y parecía que estuviese hablando también de ella misma de modo que para consolarla dije que aquello era normal, que todos, alguna vez, nos habíamos sentido así.

Le conté entonces la historia de cuando, yo era muy joven, me tocó servir un verano en el ejército, acantonado en los barracones del puerto:

Allá abajo, en medio de Cráter, el calor descompone el aire en lajas fosforescentes, espejismos que llegan a volverte loco. Como cuando extiendes un brazo para agarrar una jarra de agua y agarras el aire porque la jarra está al otro lado de la mesa y has creído que

la tenías al alcance de la mano. Cuando hace tanto calor, los perfiles de las cosas hanean y hasta los perros se desmayan. Hace años, uno de los gobernadores de la ciudad dictó un bando ordenando que acabaran con ellos. Exterminaron a unos cuantos y los que consiguieron escapar, se refugiaron detrás de Yabal Shunsum. Durante el día, los pobres animales se escondían y por la noche les veíamos bajar a la ciudad a escarbar en la basura. Su mordisco se hizo tan venenoso como el de las cobras.

Así, le dije, van las cosas por aquí, nos volvemos locos, exterminamos perros y hacemos cosas raras. Él (me refería a Rimbo) ni lo sabía ni llegó a saberlo. Nunca.

Con el tiempo, proseguí, los colonos ingleses consiguieron transformar Khur Maksar en una jungla de *bungalows* . Pero siguieron sin ver a los yemenitas. Hubo quien no sabía siquiera que existíamos. Entre Cráter y los ciudadanos de *Little Aden* construyeron un foso de *banyan* y *babul*. ¡Los muy idiotas creían que seguían estando en la India! .

Cuando me oyó llamarlos idiotas, Olga se limitó a asentir con la cabeza y a decir que esa influencia no había tenido ninguna importancia porque muy a pesar suyo, es decir de los ingleses, Adén seguía siendo idéntica a si misma.

Y yo,

¿Cómo lo sabes?

Y ella, soltando una carcajada

Simplemente lo sé.

Por lo que no me tomé la molestia de contradecirle y aunque, por supuesto, ella tampoco esperaba ninguna respuesta, enseguida volvió a su Rimbo con un mohín de disgusto. Me contó que después de hablar con *jalti*

se había esforzado en leer sus cartas y los papeles que ella le había dado pero que al cabo de algunas páginas acababa siempre por dejarlo. Imaginé que le parecería horrible ir descubriendo qué clase de hombre había sido. O peor aún, en qué clase de hombre se había ido convirtiendo.

Me enseñó también algunas fotografías.

A diferencia de nosotros los orientales, Olga opinaba que la fotografía de un cuerpo no es algo irrespetuoso sino, más bien, la representación de un camino imposible. Las fotografías, decía, no captan el calor ni el aroma que algunos cuerpos esconden, por ejemplo, detrás de las orejas. Tampoco cuentan los pasos que el fotografiado tuvo que dar hasta llegar frente al ojo de la cámara. Si miramos atentamente una fotografía, explicaba, sucede algo curioso: en la inmensa mayoría de ellas, la ausencia de aliento equivale a una cierta irrealidad o más bien a una realidad volátil lo que quiere decir que, cuanto más las miras, menos las ves. Según ella esto sucedía sobre todo con las fotografías de Rimbo.

Otras, las que él mismo había ido haciendo estaban, además, borrosas. Mostraban los pedregales que eran las calles de Harar a lo largo de las costillas del monte. O paisajes como el del río Herrer entre Tadjoura y Ankober, los animales vivos en la Plaza del Mercado de Adén o muertos, sobre la hierba de los alrededores de Harar en posturas tan inverosímiles como la propia muerte. En todas ellas el ojo se veía obligado a resbalar sin descanso de un punto a otro sobre toda esa sangre que otorgaba, eso sí, una especie de relieve a cada una.

Me enseñó también algunos retratos: Clic. Asha con sombrilla. Asha en la residencia de *Sheij* Otman. Asha en el tocador. Asha en la ventana. Clic. Asha envuelta en el largo *natala* blanco. Una mujer

joven con un *shash* alrededor de la cabeza y una cinta ancha que proyecta una sombra oscura sobre los ojos. Unos ojos muy abiertos. Estoy segura, insistía, de que esta pose esconde algo raro, el gesto de los labios, quizá, o el giro de los hombros, como si a última hora, Asha hubiera decidido levantarse de la silla y no dejar que la fotografiasen.

Y luego, después de hacer una pequeña pausa, me mostró también las de Rimbo:

Hombre a caballo con rifle. Hombre moreno con barba bajo los plátanos. Hombre de blanco en un cafetal. Fotografías borrosas, muy poco nítidas, con manchas de humedad o quemadas por el sol, roídas por la luz y el humo de las chimeneas trepadoras. Fotografías firmadas por Ahmed Wady y otras anónimas de rostros de hombres y mujeres gallas: familias enteras, guerreros, músicos, pescadores, mujeres y ancianos sonrientes.

Un olor a rancio se extendió por toda la habitación cuando las puso encima de la mesa. Veinte en total y sólo un paisaje, el cercado de Tadjoura, actual Djibuti. Había también una lista cuidadosamente caligrafiada con los nombres y cantidades de distintas especias, hierbas medicinales, perfumes, condimentos, tipos de caballos, ébano y coral. Viejos testimonios haciendo el corro alrededor de un sobre. Yo miraba todo aquello y me ponía nervioso. Por nada. Sólo de mirar. Me pregunté cómo, en primer lugar, habrían llegado esos papeles a manos de *jalti*. Había también un mapa: un mapa con el itinerario de las principales rutas recorridas en sus viajes y una nota manuscrita a pie de página:

Asha y yo nos hemos ido acostumbrando a esta vida sin pensar demasiado en nuestras respectivas nostalgias. Fuera de la noche,

cada uno ocupa su tiempo como puede.

*

Pero a lo que íbamos, aquella noche estábamos allí, pobres tontos en medio de ninguna parte. Entonces oímos cómo se acercaba una tormenta; un sonido que sólo conseguirían reproducir violinistas expertos. Me asomé a la ventana. Las bocanadas de aire se abrían perpendiculares, despaciosamente y todavía, antes de cerrar, un último temblor entre el polvo, una última oscilación; después el silencio y al cabo de unos segundos, los primeros toqueteos de la lluvia, repiques sordos como taponazos.

De espaldas a la puerta, la oí entrar en mi habitación.

Oigo pasos, susurró.

Y sí, eran pasos pero no iban a ninguna parte. Daban vueltas, eran vueltas.

Entonces ella,

El que desaparece tiene ventaja. Pero tú no vas a desaparecer ¿verdad?

Aunque quizá no lo dijo. Pero entonces, tampoco dijo que me amaba. Lo que sé es que, aquella noche nos quedamos mudos uno frente al otro. Nunca imaginé que dos personas pudieran hacer tan poco ruido. Un silencio mullido que ahogaba, incluso, la respiración y parecía destinado a durar hasta volverse inaguantable y entonces ella, o quizá fui yo, levantó un brazo para alcanzar el cuello del otro con la punta de los dedos, un gesto mínimo antes de dejarnos caer al suelo, antes de arquear las espaldas para empezar a quitarnos la ropa crujido a crujido. Luego ella se tumbó y volvió la cabeza y se mojó los labios con la punta de la lengua.

Y yo pensé, así que era esto.

Sabía, mejor dicho, creía saber que lo que ocurriera en adelante no podría quedar impune. Que si bien era cierto que aquella mujer palpitaba, lo era también que no había tomado ninguna decisión; que se deslizaba, y yo con ella, por el seno de una ola gigante donde uno de los dos, ella o quizá yo, tendría que deslizarse como si en realidad no estuviera allí, es decir, como si apenas estuviera allí con el fin de que el otro, pudiera seguir adelante sin remordimientos.

Olga era el otro.

Cuando mucho más tarde levanté la cabeza y miré la suya recostada sobre mi hombro, vi lágrimas en un rostro recogido sobre sí mismo y un cuerpo hecho un ovillo como si buscara, entonces, dormir para siempre; vi también o quizá imaginé, que no seguiría allí por la mañana, cuando la anaranjada luz entrase por la ventana.

*

Salimos temprano. Decidimos seguir una carretera paralela a la costa hasta llegar al-Bayda y desde allí regresar a Sana'a atravesando las cortadas de Sumarah, pero a medida que pasaban las horas y avanzábamos por aquel paisaje no ya lunar sino lunático, iba sintiéndome cada vez más intranquilo. No se veía un alma. Tampoco indicadores o señales de tráfico. El calor era terrorífico y a cada minuto se hacía más fuerte como si este camino, o tal vez todos los caminos posibles, condujesen directamente a un horno y como si nosotros, Olga, Mujtar y yo, convertidos en pequeños corderos, nos acercásemos inexorablemente a ese momento final en que cuidadosamente salpicados de agua y envueltos en sal, arderíamos entre rescoldos de encina.

De pronto, el aire incandescente, empezó a vibrar y a temblar. Hubiera jurado que se había vuelto líquido y con él, todo lo demás. Las imágenes borrosas de las piedras y las nubes, me recordaban los labios despintados de Olga después de habernos besado. Íbamos en silencio. Un silencio que pendía sobre nosotros como un manto mientras el horizonte, a lo lejos, parecía derretirse sometido, él también, a la tiranía de los Fahrenheit. Depresiones de guija y arena apelmazada. Negras escorias. La sombra del polvo que levantaban las ruedas del Toyota, recordaban a un escobajo agitado por un loco que no supiera qué hacer con él.

Mujtar avisó que haríamos parada en Bir-Ali, al lado de la playa, para aprovisionarnos de agua. Olga despertó sobresaltada ¿Agua? Agua, sí, pero en el fondo de un agujero natural de roca caliza de trece metros de profundidad que nos obligaría a bajar a gatas y a sacarla con ayuda de cuerdas. Allá abajo, había dicho Mujtar, el agua sólo llega hasta las rodillas; en todo Hadramut, una provincia tan grande como Portugal, no hay sino unos cuantos pozos como éste. Olga preguntó qué clase de gente era esta capaz de vivir con tan poco de casi todo,

Y él, encogiéndose de hombros

Beduinos, missis. Son otra raza. Pruebe a quedarse aquí todo un año y entenderá lo que quiero decir.

Volvió a quedarse callado y siguió conduciendo hasta descubrir a lo lejos lo que parecía ser un barracón a medio construir, sin paredes ni nada que no fuera el tejado sobre unas vigas de hierro. Al acercarnos, pudimos ver que allí debajo sólo había un par de camastros de madera y encima de los camastros, dos hombres adormilados. Por encima de sus *futta* asomaban las culatas de

sendos revólveres y entre sus brazos, como un recién nacido, se mecía un *kalashnikov*. Pensé que nos habíamos confundido, que el famoso pozo no podía tener nada que ver con aquel brocal de piedra seca y negruzca que asomaba, precisamente, en medio de aquel desconsuelo, que mejor sería que nos diésemos la vuelta.

Pero no dije nada y después ... después ya no hubo tiempo.

*

Acabamos los tres tumbados en el suelo del lado de la sombra. Los guerrilleros hablaban entre ellos muy deprisa y hacían gestos con las manos señalando la pista en dirección a Adén. Pedí a Olga que se mantuviese tranquila y sin decir una sola palabra. Si mi amiga hubiese sabido entonces que la asendereada historia de esta tierra la elegiría a ella como víctima, que sería su nombre el que desencadenaría toda esa campaña diplomática contra los secuestros, tal vez se habría comportado con mayor entereza o tal vez no se habría enfurecido tanto jactándose de qué es lo que pasaría en cuanto pudiese poner en conocimiento del embajador de su país, los malos modales de aquellos bandoleros. Decía que siempre se había negado a considerar siquiera la posibilidad de un secuestro porque les creía (*nos creía a todos los yemenitas*) más civilizados y de cómo, claro que con un poco de ayuda de nuestra parte, pretendía seguir creyéndolo. Para cuando comprendió cuál era su papel dentro de esta historia, ya era demasiado tarde. Había dejado muy claro de dónde era y qué es lo que había venido a hacer aquí. Por su parte los secuestradores, supieron enseguida a qué atenerse.

El silencio volvió a caer bruscamente sobre todos nosotros y Olga, que tanto gustaba de él, me diría después que sintió cómo, en

alguna parte de su pecho, se le encogía el corazón. Según ella, aquel silencio era diferente: parecía hecho de huesos fósiles, de balas y animales asustados.

Los pac-pac de unos tiros distantes y las miradas aburridas de los guardias que no se dieron por aludidos, hicieron que Olga corriese a acurrucarse detrás de mí. A los pocos minutos, del terraplén situado al otro lado de la carretera, surgieron cuatro tipos que con grandes sonrisas (aquello parecía un *pic-nic*) saludaron primero a los guardias y después a nosotros antes de ir a sentarse, ellos también, encima de los camastros. Mujtar les ofreció cigarrillos mientras Olga y yo nos contentábamos con mirar disimuladamente. No teníamos ni idea de lo que andaban buscando.

Pero ya sabíamos que no nos dejarían marchar.

Más allá del techado, el aire vibraba líquido y brillante. Olga apoyó la cabeza sobre mi espalda y pude sentir cómo sus pensamientos entraban y salían de su cabeza. Y el olor de su miedo que, como un fantasma asustado, se balanceaba por encima de nosotros.

Pude oír también lo que no decía: El sol zumba dentro de mi cráneo. Apenas me siento viva aquí, donde todo alrededor parece muerto, plantas y arbustos, esqueletos de árboles, ramas retorcidas y medio enterradas en el polvo. El sonido del sol arrugando la piel de nuestras manos.

Pude ver a través de sus ojos: Cuatro jóvenes vestidos con un faldón que les llegaba a las rodillas sujeto con un cinturón de muchas tiras, de esos que utilizan los *bedu* para protegerse la espalda. Una camisa larga ceñida a la cintura por un cinto bordado que cobija *la djambia*, su puñal curvo, de suerte que entre la tela y la

piel, se forma una especie de bolsillo natural donde suelen guardar el tabaco. Un chal de algodón enrollado a la cabeza, con unos pocos flecos sobre la frente. Sandalias de caucho negro espolvoreadas de polvo blanco. Y las armas: *Kalashnikov* con cartucheras (pecho a través) como los hombres de Pancho Villa. Pistolas, puñales.

Y entonces Olga:

Ejem... Disculpen... ¿No tendrían, por casualidad un... en fin.... poco de agua?

Con su voz de lady. ¡*La allah!*

Pero no la tenían.

*

Y ella,

¿Quiénes son estos hombres? ¿Qué quieren? No me digas que piensan tenernos aquí hasta que llegue el rescate

Y yo,

Procura no ponerte nerviosa. Sobre todo no te pongas nerviosa.

Le hice gestos para que no levantara la cabeza, que ni siquiera les mirase y pareció como si masticara todas esas señales, como si quisiera tragárselas de golpe. Allí, en aquel barracón, la libertad, nuestra libertad, se había visto desterrada a algún rincón inimaginable pero ella parecía no haberse dado cuenta. Cambiaba de postura continuamente, suspiraba. Como un jibatillo acorralado

Y yo, de nuevo,

Calma ¿de acuerdo? Nada de bromas. Estos tipos, aunque puedan parecerlo, no son bandoleros sino soldados de algún jefe tribal que nos servirían de escolta hasta la demarcación de la próxima tribu si no tuvieran la intención de cobrar un buen rescate por nosotros. Sobre todo por ti.

No dije, o no recuerdo haber dicho, que el rescate podía no ser necesariamente una cuestión de dinero. Al instante y como si quisiera confirmarlo, uno de ellos, con un rifle al hombro, se acercó a Mujtar y empezó a explicar lo que parecía ser el precio de sus servicios. Le oí decir algo sobre los sagrados territorios de las tribus y también de que no solían coincidir con los límites oficiales y que, además, tenían sus propios códigos

Y Mujtar, como un eco,

Códigos

Y el hombre del rifle,

Lazos de sangre. Pactos.

Añadió también que en aquel mundo suyo y desde hacia siglos, secuestrar a extranjeros era una de las formas tradicionales de desafiar al gobierno y demostrar su fuerza o descontento.

No recuerdo exactamente cómo transcurrió la conversación, pero sí al menos que no tuvimos que esperar demasiado para que nos dijera los motivos exactos de nuestra detención. Contó que el gobierno de Sana'a acababa de condenar a uno de sus líderes por el secuestro y posterior asesinato de un turista italiano. Al parecer, la muerte de aquel hombre se debió a un accidente. Ellos habían pensado soltar a todo el grupo mucho antes de verse sorprendidos por una patrulla del gobierno que, al parecer, se empeñó en sacarlos de allí a punta de pistola. Aquel tipo cayó en el cruce de disparos. Siguió diciendo que los de Sana'a sólo estaban interesados en exhibir su poder ante la opinión pública y que, al fin y al cabo, la tribu sólo quería que el gobierno cumpliera sus promesas y construyese de una vez el hospital. Y ahora, gritaba, no contentos con habernos metido en este lío, esos políticos pretenden hacerse

pasar por justicieros y ejecutar a uno de los nuestros. ¡ Como si su familia o su tribu estuviésemos dispuestos a consentirlo!

Aquel muchacho, porque era en verdad un muchacho, tenía un toque orgulloso, algo rebelde e ingenuo que conmovía lo quisiera uno o no. Su altivez reforzaba mi primera impresión, cuando al verles, pensé que lo único que habían aprendido aquellos chicos era a ser valientes. Su manera de fruncir el ceño debía de ser una costumbre adquirida en un tiempo no demasiado lejano y que parecía extraña en un joven de tan pocos años. Ya al empezar a hablar, me había llamado la atención que no quitara los ojos de la carretera, y no miento si digo que pasó toda la conversación mirando al horizonte como si quisiera cerciorarse de que, efectivamente, no nos había seguido nadie.

Y él, otra vez, al cabo de un rato.

No pienses que somos un pueblo sin ley, ocurre simplemente que nuestras leyes son otras. Si el gobierno quiere paz, que trate con nosotros. Nosotros somos los que hemos peleado siempre para defender la tranquilidad cuando ellos fallaban y han fallado muchas veces. Pero no somos unos salvajes. A excepción de las tribus del noroeste que son nómadas, los demás nos dedicamos al comercio o a la agricultura. Cada cual, eso sí, dentro de su propio territorio, con sus pozos y sus fronteras. Claro que llegado el momento, también podemos pelearnos si eso es lo que más nos conviene. La tribu no se escoge, se nace dentro de ella ¿comprendes? Es nuestra familia y los *nassaba* (genealogistas) saben bien que su origen se pierde en la noche de los tiempos.

Y como quien narra una leyenda se puso a contar la historia de su familia, los Abdalis y la de sus vecinos que se decían

descendientes del reino de Himyar. Su voz llenaba de antiguas resonancias árabes aquel hueco en medio de ninguna parte. Sus relatos eran de esos que no tienen principio y de cuyo fin nada sabemos todavía. Durante mucho tiempo él y Mujtar y los otros hombres hablaron de todo lo que, supuestamente, les iba pasando por la cabeza. Bromeaban y se tomaban el pelo.

Olga, que poco a poco había vuelto a acercarse a mí, titubeó un instante y miró hacia el grupo antes de empezar a decir, en voz muy queda, que seguramente creían que el terrible calor, las moscas, el polvo y los alacranes sin contar con las cada vez más frecuentes bocanadas de viento y almagre, se soportarían mejor a base de historietas.

Debería habérmelo imaginado.

Y yo,

¿Qué quieres decir?

Y ella, casi al mismo tiempo,

Siempre pasa lo mismo: alguien que cuenta, alguien que cree lo que se cuenta. Y la vida, como un carro que echa a rodar reduciendo el tiempo a un hiato, una de esas cosas que parecen increíbles pero que se repiten una y otra vez.

Piénsalo bien, insistió, semitas idénticos a estos llevaban siglos pastoreando estas tierras antes de que el diluvio acabase con toda la población del Valle del Eúfrates. Imperios como el de los sabeos se crearon y desaparecieron a lo largo del borde del desierto mucho antes que los faraones estrenaran la historia. De manera que ¿quién es ahora el guapo que pretende controlar a estos tipos? En el fondo resulta bastante lógico que no quieran aceptar sin más lo que unos desconocidos decidan por ellos en Sana'a. Hoy,

desgraciadamente, la china nos ha tocado a nosotros. Lo sabes ¿verdad?

Pensé que podría echarse a llorar y no dije nada, pero al mirar fijamente sus ojos enormes me di cuenta de algo que desde hacia tiempo habría debido saber: no, las mujeres como Olga no se echan a llorar.

Y menos, delante de alguien.

Entre oleadas de calor, su voz se abría paso en mi cerebro para mezclarse allí con los ajados restos de mis otros pensamientos. De momento, seguía tumbado sin moverme, intentando escapar, no sólo del bochorno sino también de ciertas reflexiones que, estaba seguro, no tardarían en llegar de modo inevitable. Reflexiones que incluían un repaso de todo lo que había sucedido hasta entonces y también algunas decisiones y la forma y el tiempo con los que ahora contábamos para llevarlas a cabo. Mas como a pesar de todo sentía la necesidad de seguir hablando aunque sólo fuera por distraerme, le dije que no entendía muy bien lo que quería decir.

Y ella, burlona

Por si no te has dado cuenta, somos mercadería de segunda mano. No sé tu gobierno, pero el mío, es capaz de dejarme morir antes que verse obligado a soltar un duro.

Siguió diciendo que en su país la derecha asilvestrada trataba a los adversarios políticos como enemigos y que ella, la verdad, no se contaba del lado de sus fans . Temía que estuviésemos metidos en un buen lío.

Y entonces yo,

No temas, te ayudaré en todo lo que pueda

Y ella otra vez,

¿Ayudarme?

Y yo,

Sí

Y ella

¿Tú también?

Sus palabras no me ayudaban a entender lo que pasaba por su cabeza pero, no obstante, recordé ciertos detalles que Olga había ido dejando caer y a los que hasta entonces, no había dado importancia: contradictorias referencias al director de su tesis, su violenta reacción cuando éste le propuso abandonar la investigación, o el hecho de que, tras conseguir aquella beca, se negase a volver a verle rompiendo toda relación con él. Al parecer, me dijo, nada conseguía ponerlo tan nervioso como un auténtico ejemplar de ser humano comprometido con la vida. Para tipos como él, las teorías quedan muy bien sobre el papel pero una vez demostradas, hay que olvidarlas, no tienen por qué cambiar el rumbo de nuestra vida

*

Al acercarse la hora del *salat al-asir*, la plegaria de las cinco de la tarde, vi cómo se aproximaban al brocal del pozo y sacaban un pellejo lleno de agua. Cómo se lavaban la cara, las manos y los pies y sorbían agua por las ventanillas de la nariz antes de introducirse los dedos índices en las orejas. Cómo se pasaban las manos húmedas por encima de la cabeza.

Vi cómo realizaban cada movimiento en un orden preciso, la coreografía de un baile.

Vi cómo rezaban puestos en pie. Y cómo, otra vez en el suelo, se inclinaban con las manos en las rodillas hasta tocar la tierra con la frente.

A nuestro alrededor, vi también las rocas hendidas, los detritos de lava enrojecida.

Vi, como cuando era niño, las palabras engarzadas del Libro, escritas en el aire.

Suma es la grandeza de dios.

Doy fe de que no hay más dios que Dios.

Doy fe de que Mahoma es el profeta de Dios.

Venid y orad.

Repetidas.

Vi cómo volvían a apoyar la frente sobre el polvo e incluso a mí mismo, alérgico desde siempre a la divinidad, me conmovió la irresistible música de sus preces.

Cuando acabaron de rezar, los guardias nos ofrecieron pan y té dulce y negro que pusieron a calentar sobre una pequeña bombona de gas.

Finalmente, se tumbaron a descansar y Olga me preguntó qué íbamos a hacer y yo, echando una ojeada al horizonte, caí en la tentación de contestar con la misma pregunta. Entonces ella me miró desilusionada y no volvió a dirigirme la palabra.

Hora de la siesta. Excepto el más joven, todos dormían. Párpados firmemente empotrados sobre unos pómulos de hierro. Rostros, entumecidos, sin expresión alguna. Un minuto tras otro. Luego, al cabo de un tiempo que a mí me pareció interminable, volvieron a recobrar el sentido. Entonces, la modorra desapareció y

su mancha, pesada y oscura en medio de la diáfana luz de la tarde, se hizo cada vez más pequeña.

Pensé que todavía podrían arreglarse las cosas

*

Resultó de otro modo. Se hacía de noche y Olga seguía allí sentada, una forma femenina en la oscuridad. Uno de los hombres se plantó a su lado y la miró con descaro y entonces ella se puso en pie. Ninguno de los dos dijo nada. Él se hizo a un lado y la dejó pasar. Recuerdo que llevaba un vestido de tela muy fina que, con el sudor, se le pegaba a los muslos. Fue directa hacia el pozo como alguien que hubiera tomado la decisión de arrojarse dentro: miró hacia abajo y luego se sentó en el brocal y se quedó mirando al vacío con los ojos muy abiertos.

Entonces ella,

¿Sabes? dijo, estoy pensando que Rimbo se olvidó de contarnos cómo es, en realidad, la vida ¡Qué extraña idea la de haber echado raíces sobre estas rocas! Quiero decir aquí, en esta tierra que le pillaba tan irremediabilmente lejos Pudo hablarnos de todo esto pero no lo hizo, y además desapareció ¿Crees que sus antiguos versos excusan tanta desidia?

Sonreí porque se había acalorado. Luego siguió diciendo que con él había desaparecido toda una historia y que sin duda alguien tendría que contarla. Después me confesó que hubo un tiempo que soñó con que ese alguien podía ser ella. Con esta idea vino aquí para, enseguida, darse cuenta que estaba cometiendo los mismos errores que todo el mundo. Los mismos que había cometido él. En realidad, prosiguió, yo tampoco he visto nada de lo que se suponía

que debía haber visto mientras atravesábamos esta interminable sucesión de paisajes.

Pensé que tampoco hubiera podido. Olga sólo quería intentarlo pero entonces aquel hombre, Juan, se había reído de ella ¿Tú, intentar lo tú? antes de preguntar qué es lo que creía estar diciendo con eso. Por lo visto el tipo ese le había advertido que lo único que quedaba del poeta eran algunos documentos y actas comerciales pero que no se hiciera ilusiones, porque lo que andaba buscando es decir, las pruebas sobre lo que de verdad pudo pensar o sentir, esas, no iba a encontrarlas.

Sonreía tristemente. Me confesó que aún no había terminado de leer todos los papeles que *jalti* le había dado pero que ahora intuía, desgraciadamente intuía, que el tal Juan podía estar en lo cierto, que todo lo que *jalti* había contado eran cosas que habían ocurrido pero no los sentimientos que esas cosas dejaban atrás. Dijo también que las cartas se contradecían y al margen de lo que ella quisiera demostrar - si Rimbo amó a Asha, si tuvo un hijo con ella, si lo contó y cómo o dónde lo contó - se vería obligada a no querer hacerlo y a atenerse con la mayor indiferencia a los hechos: Y los hechos eran que Rimbo pasó de poeta a tratante de armas; conoció a Asha, vivió algún tiempo con ella.. Se deshizo de ella.

Y Olga, echando una mirada furiosa a su alrededor,

¡Valiente mierda! ¡Nada menos que ciento diez años de rancios cotilleos! ¿qué te parece? Cierto que su unión fue una farsa pero, por lo menos, hay que reconocer que fue ella quién terminó devolviendo el golpe.

Sin ser nada del otro mundo, su repentina agitación se me contagió, y consciente de que nos observaban, le hice un gesto para

que bajase la voz. Por lo visto, esperaba algún comentario pero lo único que alcancé a decir fue que, en el fondo, todo lo que uno sea capaz de imaginar es, después de todo, pura ficción. No contestó. Y de repente, ya no tenía nada de misterioso el que le hubiera dado por hablar de Rimbo precisamente en aquellos momentos. Otra vez se puso a dar vueltas alrededor del pozo antes de sentarse de nuevo, ahora en el suelo y con las piernas cruzadas. Entonces, aparentemente distraída mientras se humedecía los labios con la punta de la lengua, me miró sonriendo con picardía.

Durante unos segundos creí haberme equivocado, creí que no había sido nada, pero de repente volví a sentirlo, no había duda, más fuerte, más perentorio como si a la menor resistencia fuera a desaparecer para siempre.

Entonces yo, en voz baja

Te deseo

y ella

Yo también

y era cierto

*

Esa noche no dormimos. Ni la siguiente. Ni casi a la siguiente. Pasábamos el día cobijados bajo un techado mugriento, hablando, bebiendo agua con olor a huevos podridos y turnándonos para pasear hasta el borde de la carretera (no nos permitían ir juntos). Al caer la tarde nos daban a beber un poco de té con pan y pistachos y a veces queso seco hecho una bola y duro y salado como una piedra. También dátiles, para la hora de la tertulia.

Una de aquellas noches, cuando se hizo el silencio, Olga volvió los ojos hacia la luna y su mirada, por encima de las cabezas de los

guardias, se elevó hacia el cielo y una especie de nostalgia se le vino encima. Nostalgia, me contó no de la libertad que le habían escamoteado sino del calor de su pequeña casa en el centro de la ciudad, nostalgia de esa puerta que le aislaba del exterior, de las agresiones del mundo exterior, nostalgia incluso de la luz turbia en los días de mal tiempo, del olor a humedad de las tardes de otoño cuando paseaba pisando las hojas podridas que se amontonaban a la orilla del río, atenta a cada crujido, con una pequeña piedra en cada mano por si los perros o los gamberros. Me dijo que era extraño pero que a pesar de esa nostalgia, la verdad es que siempre había sentido la necesidad de estar en otro sitio, que la hipnotizaba la simple idea de estar yendo; que cuando más joven, recorría Europa en todas las direcciones hasta que descubrió que tampoco esas experiencias servían de nada porque se parecían demasiado unas a otras.

Y entonces ella,

No me entiendas mal. No es que no me gustara mi vida es que, sencillamente, me daba miedo no poder escapar.

Recuerdo que entonces le contesté que nuestra situación o no era, ni mucho menos, tan dramática como parecía (lo que resultaba también un poco contradictorio) pero que, en todo caso, no nos dejarían marchar hasta que alguien pagase nuestro rescate.

Y ella,

Precisamente. Cuando consigo llegar aquí y hacer lo que me da la gana es para comprobar que, en cualquier parte, hay quien puede obligarme a parar. Me pregunto si no será éste el final del camino.

Me confesó que había pensado en escapar, que tenía un plan y, mientras hablaba, repetía sin cesar una frase que nunca más se me ha ido de la cabeza.

Aunque no sé si merece la pena.

Fue entonces cuando me di cuenta de lo asustada que estaba. De manera que cuando le oí decir que había decidido poner fin a sus esfuerzos, le pregunté si se refería a Abdo Rimbo o a nuestros planes de huída pero ella apretó los labios y desvió la mirada y entonces supe que lo había dicho en serio.

*

La noche del cuarto día vinieron a buscarnos y nos pusimos en camino. Hubiera sido fácil extraviarse entre las lomas pedregosas y los estrechos valles de la cadena montañosa que separa la costa de las arenas de Ramlat al-Sabatain, pero la patrulla sabía muy bien por donde se andaba y seguimos la marcha hasta el alba, de modo que media hora después de la salida del sol, mientras las sombras se proyectaban a gran distancia desde los escarpados picos de las montañas, habíamos llegado a nuestro nuevo destino, una antigua cañada en donde las ruinas de unos chozos emergían como costras de roña en la arqueada espalda de un buey. Tumbados en el suelo intentábamos descansar un poco, cuando no muy lejos, entre los arbustos, apareció un joven que conducía sus cabras hacia los ricos pastos de los alrededores. Supongo que, por cuestiones de seguridad, nuestros guardianes no podían permitirselo así que dos de ellos salieron corriendo detrás de él dispuestos a quitarle de en medio. Enseguida lo trajeron hasta nosotros sin ningún daño pero muy asustado y cómo resultó pertenecer a la misma tribu de

nuestros secuestradores, terminaron por soltarle después de conferenciar durante un buen rato.

Desde la loma, le vimos alejarse.

Olga no, Olga ya se había dormido.

*

En la montaña los tonos del viento son diferentes. Primero se ahuecan por el vacío de entre los picos, allí recobran fuerzas y se lanzan a gritar más fuerte, entre las pendientes de roca, antes de atacar nuestros humildes chozos, las fracasadas cepas. Luego se transforman en silbos y los oyes bisbisear, como un agitarse inquietos a la puerta o entre las ramas, a todo tu alrededor, amenazantes, mientras Olga se aferra a los restos de su equipaje y grita en sueños ¡te lo demostraré! ¡te lo demostraré! y aquel momento se queda conmigo, colgado del viento, mientras los demás, la mayoría de los otros momentos, irán sumergiéndose. Entonces y todavía hoy. ¿Dónde? En la niebla que rodea de mi memoria. Bordeándola suavemente con su dedo, como si pudieran apaciguarla. Y no. Nadie puede. Olvidar se hace imposible ¡Algo tan imposible!

Y después, cuando despierta, otra vez lo mismo, obsesionada por intentar comprender y yo me pregunto qué es lo que hace que sienta esa necesidad de llegar hasta el final de todo. ¿Es que no va a cansarse nunca de esa curiosidad que mata? Como si lo que estaba sucediendo guardara alguna relación con Rimbo de quien, por cierto, no había dejado de averiguar cosas y, en consecuencia, sabía cada vez menos. El dichoso Abdo Rimbo, como ella le llamaba imitando a los nativos. Alguien a quién había decidido perseguir y con quien sabía que no tenía nada que ver, con quien

bajo ningún pretexto podía identificarse (aunque los dos sabíamos que esa identificación ya se había producido). Era como para volverse loca. O eso decía ella. Ese vacío, esas incertidumbres que pretendía rellenar con sus propios sentimientos. Como si estuviese escribiendo una novela. Olga creyó siempre que decir, por ejemplo “Abo Rimbo sintió celos” no era manipular la realidad porque jamás de los jamases habría nadie capaz de llevarle la contraria Pero en realidad ella no sabía nada, nadie sabía nada, ni del sonido de su voz, ni de su olor o de cómo le hacía el amor a Asha. En una novela ella podría haber hecho que el poeta conociera a su hija, que volviera para conocer a su hija después de recuperarse de la operación en Marsella. Pero ¿en qué hubiera cambiado eso la opinión de la gente? El poeta había muerto hacía mucho tiempo. ¿Y el diario? Sí, eso estaba bien: su diario, una clave incluida en el orden divino, ese orden en donde cada una de las palabras del genio tenía su jerarquía y en donde, las del diario, ocupaban el último lugar.

Todo había terminado mucho antes de llegar al Yemen.

*

De madrugada volvimos a emprender la marcha, esta vez a caballo. En una hora llegamos a la cima de una enorme pendiente antes de cabalgar enseguida hacia abajo. La loma era de tierra mullida cubierta de pedernales, de unos cien metros de altura. Enseguida nos encontramos en una cañada entre un manojito de colinas redondeadas que resplandecían como esmeraldas bajo la claridad del sol. Pronto penetramos en lo que yo imaginaba sería la región de Yabal Sabir y la recorrimos durante horas. Con los monzones de Agosto, informaron nuestros guardianes, se habían

producido grandes inundaciones y por eso se veían tantas hierbas entre los achaparrados arbustos. A medida que cabalgábamos hacia lo que parecía ser un nuevo campamento, nos sorprendimos al comprobar que algunos hilillos de humo se elevaban del suelo al pie de la montaña. Nos obligaron a detenernos y a cambiar bruscamente de dirección antes de aproximarnos cautelosamente a unas ruinas. Parecían desiertas, pero los restos carbonizados de una hoguera todavía humeaban y el suelo estaba removido como si, para hacer el fuego, se hubieran visto obligados a arrancar los matojos de cuajo.

Uno de los hombres se dirigió al pozo abierto en el cauce del valle debajo de la pequeña plataforma en donde nos encontrábamos y dijo que el pozo tenía el brocal destrozado y en parte obstruido por unas piedras. Olga me preguntó asustada qué sería de nosotros si los pozos del camino, es decir todos los pozos del camino, hubieran sido destruidos. La tranquilicé diciendo que siempre podrían reabrirlos o, en el peor de los casos, ir en busca de otro. Pero aquella vez no hizo falta y con la ayuda de unas pértigas que hacían de palanca, los hombres hicieron saltar las piedras. A continuación, desenvolvieron sus cuerdas y las soltaron, enganchadas a un pellejo, en la boca del pozo.

Así descubrieron que todavía quedaba algo de agua.

Pero Olga no se encontraba bien. Había cogido frío y tenía un poco de fiebre. Dormíamos en el mismo chamizo y debajo de la misma manta y por la noche, la sentía hablar en sueños. En algún lugar hay que volver a empezar, murmuraba. Y también: los sueños ya no sirven, el tema se ha agotado. Cuando le obligaba a despertar con el fin de que pudiese descansar un poco, decía que no había

podido dormir porque, en algún lugar de su cabeza, el rostro de Rimbo, para siempre detenido, se negaba a desaparecer y que cuando intentaba recordar, no conseguía verlo a no ser como un espejismo en el borroso pantano de su mente. Sumergidas en el fango, decía, culebrean las mismas dudas.

y otra vez, todavía sin abrir los ojos,

¿Te has dado cuenta de la enorme tontería que he hecho dejándome arrastrar hasta aquí?

y, como si yo tuviera la culpa, se apartaba de mí, empezaba a dar vueltas de un lado a otro como si fuera a quedarse petrificada para siempre si no se mantenía en movimiento, y de repente,

Otar, lo siento Otar .

Se pasaba la noche, y parte del día dándole vueltas como si hubiera perdido la razón. Supimos después que aquel malestar pudo ser debido a una insolación pero en aquellos momentos, con tantas pesadillas por la noche y desvaríos por la mañana, llegué a pensar seriamente que estaba volviéndose loca.

Me contó también la última conversación con Juan, su amante. Decía que había sido un fracaso. Por lo visto, el entusiasmo de Olga por el diario de Rimbo le había contagiado un poco, pero los intereses ocultos y el engolado estilo del magister habían arruinado sus esperanzas. Dijo que aquel tipo se había dirigido a ella con el estilo de un prelado de la Curia Vaticana, que parecía un cohombro emperifollado y que, a una pregunta suya que, por lo visto, él había considerado muy ingenua había contestado que una cosa es que ella, Olga, fuera poco, por no decir nada, sensata y otra muy diferente que estuviera tan exageradamente ciega. Que debía comprender que en una situación como la suya no se podían correr

ciertos riesgos y que largarse a hacer su maravillosa investigación, renunciando a sus clases simplemente porque le diera la gana, era como saltar al vacío.

Sin red.

Y entonces yo,

¿Insinúas que te hizo chantaje?

y ella,

Sí

y, al cabo de unos segundos, ella también,

Sabía que me estaba jugando la beca. Así que cuando insistí en lo de que había ciertos riesgos que siempre merecería la pena correr y quise saber, de paso, si avalaría mi trabajo con su firma, me lanzó una mirada fulminante. No volví a abrir la boca y él, sin tomarse la molestia de decir ni que sí ni que no, cambió de tema y se puso a hablar de otra cosa.

En fin, yo sabía y Olga también sabía, que aquello había sido una provocación. Y allí y entonces, aislada, o no tan aislada pero sólo conmigo, en Yabal Sabir las dudas no le dejaban vivir. Al principio, decía, su maravillosa teoría le había servido de hoja de parra para ocultar parte de su inseguridad. Se avergonzaba de haber descubierto, también en sí misma, la huella ancestral de su subordinación como mujer; una huella que no había sido capaz de quitarse de encima a pesar de todos sus esfuerzos. Se avergonzaba del patetismo infantil de su rebeldía. Se sentía culpable por todo lo que no había hecho y avergonzada por casi todo lo que le habían hecho a ella. Se avergonzaba, en una palabra, de ser mujer y decidió, con toda su alma, oponerse a esa vergüenza .

y ella ,

Me repito a menudo que si otras, en peores condiciones que yo, han podido llegar, no sé muy bien a dónde, yo también podré.

Pasó un rato, y creí haberme equivocado, creí que no había sido nada, pero de repente volvió a oírse, claramente, un sollozo. Me sorprendió, la verdad. Sabía bien que esta mujer se entregaba a la vida más allá de sus fuerzas y que, a fuerza de voluntad, había ido venciendo la cizaña que el miedo y la inseguridad habían sembrado en ella. Como si esta voluntad suya hubiese trazado un puente entre su alma y el resto del mundo. A veces, sin embargo, no podía dejar de preguntarme si más que un puente, aquella voluntad no sería tan sólo una inmensa mole que al menor descuido echaba a rodar pendiente abajo aplastando a su paso toda esperanza

y su voz, de nuevo, ahí,

Todo tiene un límite. Nadie puede esforzarse más allá porque se rompe una en pedazos. Y la voluntad no sirve para juntar los pedazos. Entonces sobreviene el dolor. El dolor como una herida abierta que escuece, unas veces tanto y otras un poco menos y te nubla la vista y te inunda el alma de dudas. Así y todo, llegas a imaginar que puedes realizar la travesía. Pero es un espejismo. Al final resulta que tu fuerza de voluntad se quiebra como un merengue.

*

A medida que fueron pasando los días nos íbamos quedando sin palabras. Ni en su idioma ni el mío disponíamos de la adecuadas para expresar nuestro estado de ánimo. Algunas veces, la desesperanza es tan profunda que vacía las palabras de contenido. Desilusión, desaliento: hay mil formas de decir lo mismo, sí, pero ninguna consigue expresarlo con todos sus matices. Ahora

comprendo, decía Olga, por qué en árabe se llama *qamus* (océano) al diccionario. Cuando se trata de algo esencial, el significado profundo de una palabra nunca es suficiente. Entonces, encontrar el sentido preciso se transforma en cuestión de vida o muerte. De lo contrario, bueno, podríamos llegar a ahogarnos ¿no te parece?

Junto al frío silencioso que ocupaba todo fue creciendo en nuestro interior otro silencio, un silencio mayor instalado entre ella y yo. Todos los días, Olga escribía y releía un poco mientras yo no podía dejar de preguntarme qué diablos podría querer hacer con esa masa de apuntes de la que, a veces, rescataba una chispa de diamante que al poco volvía a convertirse en un montón de ganga inútil y luego, otra vez, en una masa de luz que esparcía benéficos rayos sobre su intento, casi obsesivo, de ir encajando todo: las hojas sueltas de aquel diario incompleto, las promesas de un futuro que Asha creyó haber compartido o el amor, que si Olga había comprendido bien, existió alguna vez entre los dos.

Y también, ¿por qué no? esos versos (¿acaso había más versos?) que habían hostigado a la literatura a lo largo de casi un siglo. Exactamente desde el lejano día de su desaparición.

A veces, también, Olga me leía alguna de las frases que Rimbo había escrito a Asha:

“Como se forja la plata, como el jade es horadado, en la misma forma has sido forjada, has sido horadada. Soy el dueño de tu garganta, Asha, soy dueño de las palabras preciosas”

Olga decía que aquello era terrible. Sentía una aversión instintiva hacia ese tipo de cosas, tan sentimentales y, sin embargo, le resultaba difícil sustraerse al primitivo hechizo de su música. Así que mientras ella se entregaba a su lectura durante las muchas

horas que nos sobraban, yo me parapeté en el silencio y empecé a tomar también alguna nota por si, más adelante, convenía elaborar algún informe sobre lo que estaba sucediendo. Lo curioso es que, al ir escribiendo, tuve la impresión de que los pedazos de aquel rompecabezas encajaban e iban adquiriendo sentido. Sin embargo, cuando al cabo de un par de horas intentaba retomar el hilo, volvía a verlo todo embrollado. Pero por Dios, ¿cómo podía ser que estuviera haciéndome pasar por francés, cuando había nacido en el Yemen? ¿Temía perder a Olga si me soltaban? Este tipo de secuestros solía resolverse sin problemas y, en el fondo, estaba completamente seguro que nadie le haría daño. Pero también es cierto que, si en su momento hubiese dicho la verdad, me habrían dejado ir lo que, bien pensado, hubiera facilitado las cosas también para ella. Teniendo esto en cuenta ¿cuál fue en realidad el motivo de mi precipitada decisión? Tuve la sensación de que, ni siquiera el amor, justificaba mi torpeza. Por lo visto, y sin darme cuenta, mi inteligencia había traspapelado alguna pieza absurda y esa era la razón por la que el resto del rompecabezas no encajaba.

*

No era fácil para nosotros mantener la moral alta pues subsistíamos a base de té y pan duro con dátiles, de modo que al aburrimiento, se añadía un hambre canina que nos tenía sumidos en una especie de letargo parecido al de los zombis. Estaba seguro, pero me guardaba muy mucho de decírselo a Olga, que nuestras andanzas nocturnas por los (supuestos) alrededores de Yabal Sabir eran conocidas por los notables de la zona, lo que quería decir que aquellos que no perteneciesen a la tribu de nuestros secuestradores darían, o habrían dado ya, aviso a las autoridades de Sana´a. Sólo

quedaba esperar y rogar a Dios que, quien fuera, pagase de una buena vez el rescate y el Gobierno no intentara liberarnos por la fuerza.

Uno de aquellos días, a media tarde, vimos aproximarse desde el Norte una mancha oscura. Pronto descubrimos, mejor dicho, uno de los cuatro guardias descubrió, que se trataba de un pequeño grupo de acaso veinte hombres en dirección a nuestra montaña. Parecía como si hubieran recibido noticia de nuestra presencia, cosa bien posible como ya he dicho, pues toda esa zona servía de pasto a los rebaños y los pastores suelen ser gente bien informada. Dieron pues la alarma y nos obligaron a montar los caballos antes de conducirnos sigilosamente a través de una hendidura del valle por el que habíamos penetrado el día de nuestra llegada. Después de atravesar su cerro más oriental llegamos a una pequeña llanura y los animales, asustados como nosotros, se lanzaron al galope. Olga, que estuvo a punto de caer de la silla, soltó un breve gemido y uno de los hombres se volvió y la amenazó con su rifle conminándola a guardar silencio. Después, nos dirigimos velozmente a unos montículos y nos ocultamos tras ellos hasta que la otra patrulla hubo desaparecido y pudimos regresar al campamento.

Otra tarde, no recuerdo con qué motivo, Olga me dijo que le gustaría conocer Adén. Rimbo lo detestaba, añadió. Después dejó pasar unos instantes mientras escuchaba cómo iban extinguiéndose en el silencio, sus propias palabras.

En sus cartas no hace más que repetirlo aunque probablemente exagere.

Aunque no fue mi intención hacerlo, se me escapó un comentario y, al instante, deseé haberme mordido la lengua.

Puede ser. Al fin y al cabo, mientras los blancos como él trabajaban bajo las aspas de los ventiladores dentro de la oficina, los yemenitas caminaban descalzos entre las mesas y se sentaban fuera, al duro sol, esperando las órdenes del amo.

Entonces Olga, con sequedad

Leyendas, sólo son leyendas. Por lo que yo sé, no faltan en ninguna historia:

Y, como en una letanía,

Rimbo en Cráter, oculto en la fresca sombra de su habitación rodeado de diccionarios, de antiguos relatos árabes perfumados de cardamomo, clavo y aceite de palma. Rimbo en Cráter. Asha en Cráter.

A veces, repetía las cosas como si estuviera borracha. Entonces, sin dejar de hablar conmigo, miraba continuamente a un lado y a otro para cerciorarse de que no la escuchaba nadie. No sabría decir por qué, pero este gesto me molestaba. Aquella vez, después de un largo silencio, empezó a hablar de la salvación que supone para algunos, poner tierra de por medio. Está claro que lo único que pretendemos es escapar: de la familia, del país que te ha tocado en suerte, del espanto que, a veces, producen ambos; un espanto, en cierto sentido, muy comprensible. Y ahora sé que la huída de Rimbo fue hija del miedo. Él no estaba interesado en cambiar de vida, lo único que pretendía era cambiar de piel.

Y un poco más adelante, distraída,

Anoche, en sueños, vi sus huellas dibujadas al borde de un desierto que se prolongaba en el aire desde la playa de Obock hasta Cráter. Ese lugar agrietado y feroz, en donde, según cuentan, se conservan todavía bajo el polvo. Sus huellas. No estoy segura pero,

al fin y al cabo ¿quién sabe? son puro ámbar, no como las de todo el mundo.

Pronunció estas palabras aún más despacio, con un énfasis especial, al estilo de las maestras, convencida de que, antes de seguir divagando, lo primero que tiene que hacer una es ganarse la atención de sus alumnos.

En aquellos días ¿sabes? había el mundo escondido de los navíos abandonados, puentes temblorosos por las vibraciones y las olas, los mástiles y las máquinas. Yo creo que esto es exactamente lo primero que él vio cuando llegó a puerto: a sí mismo y el mar: cuerpos de metal que habían perdido la piel bajo el gran sol del océano y una escalera de hierro resbaladiza con peldaños afilados como dientes, hundida en el vientre de una bodega. Oh, sí, estoy segura que, en su tiempo libre, le gustaba pasearse por aquellas profundidades.

Después, y como si ella misma hubiera estado allí, se puso otra vez a hablar de Adén. Por lo visto había leído sobre esa ciudad todo lo que había que leer. Yo estaba seguro que se trataba sólo de divagaciones poéticas, de la novela que había decidido escribir dentro de su cabeza.

Steaming Point debía ser el único lugar verdaderamente cosmopolita de Adén. Dicen que allí se reunían todos: egipcios y abisinios, persas e indios, marineros y oficiales británicos, estibadores somalíes, funcionarios franceses sin contar, claro, con las putas. En ningún otro lugar del mundo hubiera podido disfrutar del lujo de sentirse tan fuera de alcance. ¿La razón? aquel anonimato. Anónimo, incluso para sí mismo, intentó reinventarse y por un tiempo, consiguió dejar a un lado su antiguo ser, como dejan

las serpientes su vieja piel entre las lascas. Con el paso del tiempo, aquella libertad fue cambiando de forma ante sus ojos hasta que un día, de pronto, comprendió que, como en cualquier otro lugar del mundo, allí también era necesario empezar cada mañana

Le interrumpí y pregunté directamente por qué creía que Rimbo había decidido instalarse en el Crater después de buscar trabajo en casi todos los puertos del mar Rojo, desde Yidda a al-Hodeida y cuando lo único que deseaba, desde el instante que puso el pie aquí era largarse a Zanzibar donde, decía, había mejor tarea.

y ella,

Adén era para él una simple escala en el camino a África

y enseguida,

Por curiosidad, tal vez

y yo,

La curiosidad no pudo ser el motivo. Es casi imposible que sólo por eso decidiera abandonar la poesía y el resto de las cosas que, hasta entonces, habían dado forma a su vida.

Noté que vacilaba y, cuando por fin se decidió a hablar, lo hizo muy lentamente, como mordiendo las palabras, para después terminar a toda prisa como si no quisiera que yo le comprendiese.

Está también la historia de su enfermedad.

Fue la primera vez que habló de la sífilis y también la primera vez que

dijo lo de que Rimbo se veía a sí mismo como un apestado. Por supuesto, no me hizo falta preguntar de qué enfermedad se trataba o de quién había sido la idea ya que, de todos modos, habría sido imposible obligarle a que dejara de hablar.

- La sífilis, explicó como una lección que hubiese aprendido de memoria, es una enfermedad insidiosa que con el tiempo va dejando lesiones irreversibles. A Rimbo no le gustaba hablar de ella. Voluble en sus quejas y en las minucias de todos los días, calla acerca de sus terrores más íntimos. En abril sufrió una recaída y su boca se llenó de llagas. Al parecer, los dolores eran fulgurantes y la fiebre tan alta que Bardey, su jefe, pensó que iba a morir.

Y sí, parece probado que sus colegas le creían un enfermo infeccioso y que él, por su parte, ponía buen cuidado en evitar que utilizaran sus vasos o sus cubiertos pero ¿es verdad que estuvo a punto de contagiar a Asha porque con ella se negaba a protegerse? Sin duda (sobre todo al principio), es lógico que la deseara pero cuántas veces consiguió follarla en los dos (¿o tres?) años que pasaron juntos esa, es otra cuestión. Recuerdo con claridad que Olga bajó un poco la voz para decir que Asha se asustó mucho cuando Rimbo la dejó embarazada.

Y, aparentemente asustada, ella otra vez

Según parece, llegó a pedir, incluso, que le hicieran un aborto.

Incrédulo repetí sus palabras, por supuesto, un aborto, y mientras la miraba le pregunté dónde habría leído o quién le había dicho semejante cosa y por qué tendría alguien como ella que creer todo lo que se dijera de Asha.

La respuesta no se hizo esperar,

No se trata de creer o no creer, si fueras mujer no necesitarías que nadie te lo explicara. No siempre está justificado tener un hijo del hombre al que una ama.

Así que era eso, esforzarse durante años para limpiar su conciencia de telarañas, para aportar unas pocas pruebas más al principio de la universal solidaridad femenina. La vi levantarse y estirar los brazos por encima de su cabeza. Volvía a oírse el viento, todo silbos y susurros. Me dijo también que le era difícil explicar la sensación de apego que ella sentía por el destino de otras mujeres. La sensación de absoluta identificación, de responsabilidad, en cierto sentido, por todo lo que les sucediera y que le nacía de una comprensión total, penetrante, mágica. Titubeó un poco, como si quisiera asegurarse de que, a pesar de ser el hombre que era, en aquellos momentos yo era también la única persona adecuada a quien confiar esa clase de cosas.

Pero enseguida olvidó sus recelos y sonrió,
¿Qué hubieras hecho tú?

Las reflexiones de Olga me conmovían pero no dejaban de ser pura teoría. En realidad, sus ideas respondían a una cierta estructura mental traducida en palabras. Palabras como los exvotos de los ídolos, como los espejitos rayados del alma. Con todo, empezó a crecer en mí la vaga sospecha de que detrás de todo ese río de palabras se ocultaba una verdad, y que la verdad que Olga trataba de expresar iba mucho más allá de sus propias palabras.

Todas las cosas posibles

Y las imposibles

Cuando nos llama el camino

Cuando nos llama

Cicloidales, confusas

al mirarlas, no sabes

De tan reales, si las sueñas

De tan absurdas, si las vives

*

Nuestros secuestradores jugaban interminables partidas de *tarnib* pegando gritos. Eran jóvenes y se aburrían. A la caída del sol, se arrodillaban en dirección a la Meca y gustaban de recitar sus oraciones con el mismo tono de voz. Todo era un juego. Entre tanto, se comunicaban con gestos entre sí y con el horizonte. Las palabras venían después.

Sobre esa vida que llevábamos se esparcía un olor acre, de animal muerto o de hojas podridas, ese olor tan parecido al de la vida en suspenso. Durante todo ese tiempo, no pude quitarme de encima la sensación de que se había puesto en marcha una especie de proceso de eliminación fatal de los seres humanos que, por una razón u otra, parecíamos querer demostrar nuestra individualidad saliendo del cauce, haciendo preguntas incontestables, peleando por no perder pie. Una suerte de toma de conciencia tan peligrosa que daba miedo porque para esa clase de gente, es decir, para nosotros, no existe lugar seguro ni en Oriente ni en Occidente y mucho menos entre dos aguas. Desterrados a los que nadie soporta tener cerca. Se diría que la supervivencia del mundo depende de que la gente como nosotros sea debidamente anulada para, quizá, recombinarla después. Un juego de locos.

Afuera, al caer el sol, pequeños rebaños de cabras descienden hacia el valle, cabezas negras, cabezas con cuernos, finas patas dando saltos. Al verlas, se me ocurre que todavía no hace tanto, pero desde luego hasta muy entrado el siglo XX, Yemen apacentaba su tiempo con la lentitud de un pastor bíblico. Ahora es distinto. No

sólo en Sana´a, capital del país, sino en las ciudades grandes como Taizz, a pocos kilómetros de aquí o en Adén.

Sobre todo en Adén.

Y sí, en el fondo de Cráter, a unos cientos de metros del puerto, entre *Steamer Point* y Majalla los cargueros de la *British Petroleum* siguen abriéndose paso entre buques descascarillados y petroleros, lanchas gasolineras y pesqueros, naves de vela triangular y otras, con las cabinas coloreadas de un verde tan brillante que sus reflejos reverberan en el agua como estrellas fugaces. Bajo sus colas, descansando en el fondo arenoso, yacen los cuerpos articulados de ingentes tuberías cuya negra sangre alimenta las panzas de los buques. Y alimenta, cómo no, la avaricia que infecta el alma de tribus recicladas en vendedoras de gasolina a lo largo y a lo ancho del país después de perder, hace años, la silenciosa batalla de las concesiones. Como perdida está, a fuerza de deambular entre unas y otras, la misma idea que tienen de lo que es suyo. Este desconcierto, hay que decirlo, arrastra consigo consecuencias incalculables: desde enfrentamientos a sangrientas venganzas. Y cuando estos desastres acaban, porque es cierto que a veces acaban, se dicen unos a otros que ha llegado la paz, una estruendosa paz de conveniencia donde lo único que se oye es el crujido de los billetes que se intercambian o el tintineo de las monedas al caer dentro del bote. Un tintineo tan retumbante como si los cascos de unos caballos escalaran la columna de sus huesos, vértebra a vértebra.

Entretanto, en los almacenes de Majalla y Somalipura, los bidones de nafta siguen amontonándose bajo los techos de chapa ondulada y los yemenitas, como los siervos que nunca fueron,

acarrean fardos de mercancías hasta las sentinas de los barcos. Cantando. Melodías antiguas y versátiles que vierten generosamente sobre las horas calcinadas, como si sus vidas no pareciesen, tampoco ante sus propios ojos, más necesarias que los rizos de las olas.

*

Ese día, cuando me confesó que fue *jalti* quien insinuó lo del posible aborto de Asha, ya no le quedaba casi nada de la decidida investigadora que había llegado al Yemen. Supongo, que este sería uno de los motivos por los que parecía mucho más joven dentro de su camiseta raída. Hablaba de aquella mujer como si lo hiciera de su propia hermana, no más indiferente, no con menos ternura y lo mismo cuando dijo que Asha, asustada, dejó de atender los requerimientos de Rimbo, que dejó de comer su comida y que cuando Mm. Girard insistía que lo hiciese, ella se encerraba en su cuarto y, desde dentro, llegaban unos ruidos que hacían pensar que se provocaba los vómitos. Olga había acabado refiriéndose a Asha como a alguien de su familia, y en cambio parecía no interesarle más nada lo que hubiera hecho, o dejado de hacer, el poeta. Y aunque seguía empeñada en comprender los verdaderos motivos de su comportamiento, empezó a olvidar quién era el hombre en cuestión, por más seguido que lo mencionara, reprochándole su asqueroso egoísmo, empecinado, decía, en saltar siempre de un lugar a otro con el único y solo deseo de ganar dinero.

En medio de aquel revoltijo de impresiones, yo sentía como a cada minuto se aceleraba un vértigo cuya volátil existencia no había previsto. La misma clase de vértigo, supongo, que experimentaría Rimbo al comprender que el sentido de su antigua forma de vida

había desaparecido e imaginar que en esta, su nueva oportunidad, tampoco era posible la esperanza.

y ella,

¿Qué quieres decir?,

y yo,

Se ve en su rostro. En el fruncido entrecejo de sus fotografías. Exactamente como si la incapacidad de aceptar su fracaso hubiese terminado por convertirse en su contraria y una fría resignación le hubiese congelado el alma; igual que un apartadizo eremita incapaz de encontrar respuesta al sentido de la vida que, en silencio, llevara consigo ese enorme peso en su nombre y también en el de todos los demás. ¿No te das cuenta? Las fotografías hablan.

Y Olga que por una vez, parecía de acuerdo conmigo, decía que sí, que la indignación y la desesperanza eran cosas que tenían que ver con la mirada. Sobre todo con la mirada. Torba, insistía, en ese papel color sepia, inescrutable bajo el arco de sus cejas.

y yo,

En cualquier caso, borrosa.

y otra vez ella, como para sí misma,

Imagina sus movimientos a lo largo de la ensenada de camino hacia los norays del sur: detenerse, sacar las manos de los bolsillos, encender un cigarro, breve revoloteo de manos, dejar caer la ceniza, dejar pasar el tiempo. Y vuelta atrás, en dirección a la sede Bardey & Cia, las arcadas el almacén donde trabajan las mujeres del harén seleccionando los granos de café y, a continuación, sumergirse en la sombra para, al instante, no soportar el gris e insultar a Ali Chemmak, el almacenero más antiguo, con frases violentas antes de estallar la pelea, antes de soltarle un puñetazo y entonces, pero ya demasiado tarde, oír como los falsos testigos declaran a su favor,

que fue en defensa propia les hizo decir, enfangado hasta las cachas, el mentiroso, solicitando la protección del cónsul por si acaso, en fila y de pie durante horas como un funcionario más. Como un maldito colono más.

El fuego había ido apagándose y el viento se lanzaba sobre las lonas de la tienda a rachas siempre renovadas y, cuando amainaba, se oía un rumor como de granizo contra las cubiertas de chapa, el crujido de la arena y los bufidos de los guardias que dormían no lejos de nosotros y que se revolvían en sueños, arrastrados como troncos por las aguas del río. Y de pronto, la luna había desaparecido y olía a invierno, a polvo seco y eléctrico y detrás de los morros del monte, las nubes parecían barcas que, amarradas en las dársenas unas al lado de otras, se balancearan a la subida de la marea.

Le dije que la historia de Rimbo es una de esas historias que, a más tardar, dan su peor giro cuando la vida pone las cartas boca arriba lo que, en su caso, coincidía con el día en que aceptó dirigir la caravana de Labatut y llevarla hasta Shoa, convirtiéndose así en un traficante de armas. Ni siquiera llegó a darse cuenta de que había cambiado. Ya entonces se sentía limpio. Conservaba algunas costumbres de la inteligencia, el hábito de preguntar, las dudas. Pero sus actos no se apoyaban en sangre. Hasta aquel día, los únicos hombres que le habían acogido eran los comerciantes como Bardey pero no los traficantes de armas. Los yermos del lago Assal, aquellos surcos pelados y los barrancos atravesados por el eco de las voces *amhara* de los porteadores, resultaban todavía, a sus ojos, profundamente inútiles. Se sintió defraudado

Y sus problemas no terminaron ahí.

Conocer sus dudas, las dudas sobre qué hacer con Asha ahora que ya no la necesitaba y saber que, entre tanto, ella seguía esperándole en Adén donde a través de Bardey estaba, seguramente, al tanto de sus planes nos hacía desear, a Olga y a mí, recorrer hacia atrás el túnel del tiempo con el único fin de pegarle un meneo y, obligándolo a recapacitar, impedir que sucediera lo que por fin sucedió.

*

Enseguida fue la hora de la cena.

Jaled, el más joven del grupo, dejó la bandeja de té en el suelo, delante de nosotros.

Se había hecho de noche y desde la cima redondeada que nos servía de abrigo, siseaba el viento con el sonido de la resaca sobre la áspera piel de una playa. Olga estaba aterida. Recuerdo que fue entonces cuando se arrebujo contra mi espalda y muy bajito dijo que le había parecido oír algo raro. ¿Cómo qué? pregunté. No sé, respondió ella, como de un animal, un cuerpo arrastrándose a escondidas. Contesté que eso no debía preocuparle porque nuestros guardianes, como buenos cazadores que seguramente eran, hubieran dado la voz de alarma. Pero ¿y si se les ocurre enviar al ejército a rescatarnos? Olga se mostraba inquieta porque sabía que, de los trece turistas italianos secuestrados en las carreteras donde las tribus llevaban a cabo sus operaciones, uno había muerto cuando intentaron liberarlo. Pensé que era mejor no seguirle la corriente y después de acabar con los higos secos del menú, le convencí de que mejor que nos echáramos a dormir porque, tal y como andaban las cosas, estaba seguro que nuestros secuestradores no tardarían en avisarnos si ocurría algo.

Pero no ocurrió nada.

A la mañana siguiente, casi de madrugada, percibimos sin embargo una cierta agitación. El jefe del grupo, acompañado por otro que parecía ser de los más activos, se dirigió entonces hacia el extremo norte de la garganta, más allá del terraplén, para reaparecer al cabo de una hora arrastrando entre los dos, a un andrajoso espía con un *kalashnikov* al hombro y, a la cintura, un *yambiya* tan grande que su empuñadura le cruzaba todo el pecho. El hombre, demacrado y muy débil, venía herido porque, nos dijeron, al darle el alto una de las balas le había atravesado la ingle. Después el herido sufrió una especie de síncope y cayó al suelo desvanecido. Cuando se recuperó, nuestros hombres le ofrecieron sus últimas provisiones de té y de higos e hicieron todo lo que podían hacer por él, que era bien poco. Nos ordenaron que nos mantuviésemos alejados de él.

Como quiera que fuese, resultaba tan triste contemplar el lamentable estado de aquel hombre, que durante todo aquel día olvidamos casi por completo nuestra delicada situación para pensar sólo en él. De momento, seguíamos sin poder anticipar en qué acabaría nuestra aventura. En cuanto al prisionero, a nuestros secuestradores no les quedaba mucho dónde elegir: o le mataban o le dejaban en libertad aunque eso supusiera poner en peligro su vida y, también hasta cierto punto, la nuestra.

Cuesta creer que estuviésemos tan tranquilos. Sería engañoso albergar esperanzas por el sólo hecho de que, a pesar de todo, volviesen a repetirnos lo que ya nos habían dicho tantas veces, a saber que Olga y yo éramos tenidos como huéspedes muy honrados y que sólo por ese motivo deberíamos confiar en ellos.

A la noche siguiente, el herido murió.

O eso nos dijeron. El caso es que no volvimos a saber de él. Simplemente su cuerpo desapareció y lo único que se me ocurrió es que quizá lo habrían bajado al llano para abandonarlo allí, cerca de la carretera, con el fin de que alguno de los suyos le encontrase más fácilmente

Entretanto, Olga seguía revolviendo sus papeles y cuando pienso en su ingenuo entusiasmo, en su manera de decir las cosas, su mirada, ese aire de conspiradora que empecé a percibir justo por entonces, sigo negándome a aceptar el final, que además, me resulta inconcebible. Pero no adelantemos acontecimientos. Estaba diciendo que ella revolvía sus papeles al tiempo que, en voz alta, se preguntaba a dónde, si es que nos ocurría algo, iría a parar todo aquello. Si las pruebas de lo que uno ha vivido, exclamaba, pueden desaparecer tan de raíz, tanto incluso que aún cuando están expuestas parezcan inventadas ¿qué sentido tiene esforzarse en buscarlas?

Recuerdo que entonces le dije que si no hubiera sido por Rimbo era más que probable que ni siquiera hubiese oído hablar del Yemen, un país, en cualquier caso, suficientemente borroso excepto, quizás, para ella y para unos cuantos arqueólogos. Contestó que le gustaba esta parte del mundo desde mucho antes de conocerle y que además, en su caso, ese tipo de razones era lo de menos. Que su interés por este país y, si vamos a eso, por el mundo en general, no tenía que ver con ninguna razón concreta sino con el placer de elegir o sea, con el placer que ella experimentaba al poder elegir. Y también con el cansancio. Que estaba harta de oír cómo contaban la historia los que nunca la

habían vivido. O en todo caso, añadía, los que nunca la habían padecido. Ya sabes, y me sonrió, hablo de la historia, ese ejercicio de imaginación que empieza cuando el tiempo ha borrado la memoria, el único instrumento que consigue perturbar la fantasía de los historiadores.

Quise saber si lo que me estaba diciendo significaba que en realidad, no creía posible conocer la verdad y Olga, sin dudarlo, contestó que no, que desde luego no del todo porque es bien sabido que la mayor parte de los testigos mienten, unos más que otros, pero mienten y que a lo mejor se trataba precisamente de eso, de distinguir quien miente más o mejor. Dijo también algo así como que todo el mundo sabía que los alacranes se esconden debajo de las piedras pero que eso no le tranquilizaba nada, que ella necesitaba verlos con sus propios ojos y, si era posible, aplastarlos. En esos momentos no supe que contestar y Olga, acariciándome levemente la mejilla, volvió a sonreír.

*

En realidad yo nunca había creído que aquellos papeles fueran el diario de Rimbo, como tampoco creía del todo que *jalti*, mi tía, fuera su tataranieta. Las ideas de Olga me fascinaban, me conmovían pero no dejaban de parecerme un bello cuento. Sin embargo, durante aquellos días, un hilo de luz consiguió atravesar mi ceguera. No fue, desde luego, un fogonazo ni adoptó enseguida la forma de conciencia. Con todo, empezó a crecer en mí la vaga sospecha de que detrás de la lluvia de palabras de Olga se ocultaba una verdad, y que la verdad que Olga trataba de expresar iba más allá de sus propias palabras. Y no sé por qué, pero precisamente aquella noche volvimos a hablar de Asha y de Rimbo, y recuerdo lo

emocionada que estaba y cómo sonaba su voz que quería parecer tan firme.

Fue cuando cayó en la cuenta de que quizá Asha pudiera haberle contagiado la sífilis. Era tan hermosa... ojos de gacela, esbelta cintura, hombros suavemente redondeados, pechos diminutos, una piel de arena dorada que envolvía en *natalas* de vivos colores y las piernas, ¡las piernas! embutidas en ceñidos pantalones de listas espirales... Rimbo no hubiera sabido vivir sin ella. Y sí, supo enseguida de dónde le venían aquellas fiebres y las úlceras de la boca cuando imaginó su rostro desvelado a merced de las sucias miradas de los marineros, su boca de labios densos como esponjas empapadas en vino y sus dedos afilados, hábiles como anguilas, enredados en el ensortijado vello de otros sexos. Vio a Asha jodiendo con todos aquellos hombres y, entonces, dejó de desearla. Es más dejó de desearla en el mismo instante que ella le juró que nunca había amado a otro.

Le pregunté por qué precisamente entonces y Olga contestó, parecía completamente segura, que simplemente fue así. Rimbo no pudo seguir, dijo, porque su cerebro se vio desbordado por su imaginación. Fue entonces cuando escribió aquella carta a Franzoj contándole que había endurecido su corazón y despedido a la mujer sin remisión. Esas fueron sus palabras, "*sin remisión*". Desde aquella tarde, prosiguió, siempre que pienso en él, le veo enseñar sus dientes verdes, teñidos de *qat*, tirado en la cama con las piernas y los brazos abiertos. Como un pelele. Le veo reír, atragantándose con su saliva y seguir riendo hasta quedarse sin fuerzas. Y aunque no podría decir si su risa suena alegre o triste de lo que sí estoy

segura es que cuando la vio abandonar la casa supo enseguida que había vuelto a equivocarse.

Creo que, en el fondo, a Olga la entristecía y mucho no poder justificarle y nunca tuve la menor duda de que las críticas que dejaba caer de tanto en tanto eran sólo una manera de reconocer su desilusión, de admitir, que aún habiendo encontrado prácticamente todo lo que había venido a buscar, había descubierto que no merecía la pena. Como si no hubiera sabido nunca que la vida de un poeta empieza con el primer verso y acaba con el último y que Rimbo los había escrito todos antes de llegar al Yemen.

*

No teníamos nada que hacer, excepto contemplar las nubes. El final de ese otoño nos había traído días calurosos y soleados o días nublados con nubarrones que se amontonaban en la cima de los picos, allí donde los cuervos mantenían su vigilancia en medio de la bruma y de la lluvia. Y aunque las tardes eran ya lo bastante desapacibles como para hacer necesaria una hoguera, eran pocas las veces que nos permitían, y sólo a la caída de la noche, encender una.

La mayor parte del tiempo veíamos pasar las horas sentados en nuestras esteras, y aguardábamos impacientes alguna noticia sobre nuestra liberación. Estábamos empezando a ponernos nerviosos. Alguna tarde pedíamos permiso para ir a pasear entre las lomas pedregosas y los senderos de aquel pequeño valle que yo suponía cercano a Taizz. En medio de la transparente atmósfera con la que a esas horas se envolvían las montañas, todo percutía agudamente sobre nuestros sentidos. Y cuando, como nosotros, se andaba sin poder hacer otra cosa que fijarse en los mínimos

detalles, las hojas de las plantas aromáticas cargadas de polvo, las minúsculas flores y las caravanas de hormigas adquirirían la grandeza del mayor espectáculo del mundo. Se diría que estuviésemos atravesando la geografía de un cuadro desconocido y que todas las fragancias, todos los matices de los verdes fuesen sólo invisibles pinceladas.

Los ruidos eran también muy puros y a la hora de *salat el-magreb*, cuando alguno de los hombres rompía a rezar en voz alta, el corazón se apretaba en un nudo de nostalgia y miedo.

Pero seguíamos caminando.

Y cuando llegábamos a una especie de cresta situada en lo que parecía la entrada natural del valle, nos deteníamos a admirar el paisaje y también porque no nos permitían seguir más adelante. Era una vista maravillosa la que había hacia el sur- sureste, sobre los picos verdes y oro de Jabal Sabir, y, más allá, sobre las negruzcas escorias que ocultaban Adén y el mar. Después, nos dábamos prisa en regresar porque Jaled, responsable del campamento, vigilaba ansiosamente nuestros pasos en compañía de los otros tres o cuatro compañeros, unos jóvenes cuyos rostros morenos y demacrados se veían deformados de tanto mascar *qat*. Nos acostábamos enseguida. Y aunque durante los primeros días de nuestro secuestro, Olga no podía pegar ojo, ahora era ella la que dormía y la que por la mañana se agazapaba bajo aquellas mantas raídas como si no quisiera levantarse nunca. Su rincón de dormir la atraía con una fuerza superior a la fuerza de la gravedad, la hundía en la nada, la envolvía. En cambio yo, era incapaz de pegar ojo. No me servía el paseo, ni las raídas mantas, ni siquiera el *qat*, cuando me dejaban mascar un poco. A la mañana siguiente me sentía

borracho de puro agotamiento, el sabor del té agriándose en mi boca y con un cansancio tan grande que todo me daba vueltas. Aun así, seguía tendido a su lado porque tampoco me hubieran permitido ir a ninguna otra parte. Aturdido, fijaba la mirada en una rendija de la lona por donde a ratos cruzaba la luz de la luna y procuraba no parpadear con el único propósito de hipnotizarme a mí mismo. Me esforzaba en no pensar, en vaciar mi cabeza y eso tampoco funcionaba. Mi cerebro encalló en la persistente conciencia de que no había nada que yo pudiera hacer para salir de aquel limbo.

Sólo esperar.

Recordaba mi vida en Adén, el Adén que a mí me había tocado vivir y lo comparaba con el que Rimbo encontró a su llegada y pensaba que, después de todo, las diferencias, no eran tantas. Sobre todo en Cráter, el bullicioso Cráter rebosante de gente. Habitado por una población de yemeníes fuera de onda que no encajan en el *patch-work* de la sociedad tradicional y que ni siquiera sabían muy bien de dónde procedían, asiáticos más que nada pero también somalíes y etíopes. Mi trabajo, en el Consulado francés me aburría bastante y, a cada rato, solía asomarme a la ventana, en un edificio de Al-Tawwahi para contemplar el confuso movimiento de la muchedumbre, hormigas transeúntes parecían, los comerciantes, los hombres que contaban y recontaban ayudándose de los dedos, en un código de señales bailarinas ocultas bajo las mangas, las manos que se agitaban de un lado para otro como minúsculos buitres antes de dejarse caer sobre alguna de aquellos objetos, maletas, ollas, cestos desparramados por las aceras.

Mujeres no, mujeres no se veían ni cueros o pieles de cabra. Y tampoco balas de algodón o sacos de café de Harrar. Sólo el olor, el

olor cada vez más insolente del petróleo y los bidones de nafta apilados hasta los techos de chapa ondulada.

Tal vez, fue el agotamiento crónico o la falta de sueño lo que manipuló mi cerebro. O quizá un espejismo mental causado por tantos días de inquietud profunda, pero la cuestión es que una de aquellas últimas noches soñé con Rimbo. Desde luego que no venía a cuento, no, pero salió de la sombras grises de mi cansancio y me abordó en silencio en mitad de aquella bruma. ¿Qué haces aquí? - me escuché gritar de repente - ¿A qué has venido? Y después, dentro de mi cabeza, y como si él tuviera la culpa de todo lo que nos estaba pasando, empecé a insultarle.

Le llamé falso viajero. Le dije que era un ser ignorante y sin paciencia y que por eso no pudo arreglárselas para permanecer nunca el tiempo necesario en el mismo sitio. ¿El tiempo necesario para qué? le oí preguntar en tono defensivo. El tiempo necesario - contesté - para descubrir cómo son las cosas de verdad y no esas cartas arrugadas que puedan pasar por verdad en manos de cualquier tahúr. Le grite que era un desgraciado, que había muerto sin haberse dado cuenta de que la verdad no es una liebre que salta de pronto y cuando nadie se la espera desde detrás de una roca. Que la verdad no es un paisaje y que, aunque lo fuera, todos saben que las ventanas permanecen cerradas a ojos de los impacientes. Le acusé de ser un fantasma, alguien que no había tenido sino la superficie del cuerpo para asegurar su existencia. Que cuando se le fue la niñez, se convirtió en un pequeño don nadie incapaz de dar testimonio, que de lo único que había aprendido un poco era a trotar por los caminos. Le dije también que se había equivocado cuando

pensó que por las rutas del mar lo tendría más fácil o que podría librarse de su madre y maldecir y escupir sin trabas.

Cuando me desperté, estaba sudando.

Miré a mi alrededor y sólo vi a Olga, arrebujaada a mi lado. Entonces, el vacío de mi cabeza se llenó de náuseas. Me puse en cuclillas junto a la puerta, y vomité.

*

Creo que fue a la mañana siguiente cuando empezaron los rumores. Una pareja de jóvenes que procedía al relevo de sus compañeros trajo la noticia de que esa misma noche nos devolverían a las autoridades de Adén. No fue así. Más adelante dijeron que en *Steamer Point*, había estallado un artefacto en las bodegas de un barco y que, de un momento a otro, los americanos bombardearían la ciudad. ¿Qué ciudad? Preguntaba yo para informar a Olga. Pero ninguno sabía nada a ciencia cierta. Una ciudad y punto. Ya se vería cuando empezasen a caer las bombas.

Era agotador. Los rumores tensaban nuestros nervios y nos arrebataban la poca calma de la que disponíamos. Ellos porque amenazaban con volverse histéricos, nosotros porque estábamos ateridos de miedo y todos porque, al parecer, habíamos olvidado cómo arreglárnoslas con la realidad que nos había tocado en suerte. Para empezar, ni siquiera sabíamos cómo explicarla. Ellos hacían corros y entablaban larguísimas discusiones sin otra consecuencia que la discusión en sí. Olga y yo les mirábamos sin decir palabra. Ellos exhibían sus armas que acababan de comprar – decían - en el mercado de al-Talh, al norte del país, en Saada. Y nosotros, hacíamos un esfuerzo e, intentando parecer interesados, les preguntábamos qué pensaban hacer con ellas. Ellos mostraban su

satisfacción porque, a pesar de todo, se sabían los más fuertes. Nosotros nos acostábamos temblando sin saber que pasaría durante aquella noche o al día siguiente.

Pero seguía sin pasar nada.

De manera que cuando aparecieron aquellos malditos toyotas ya no los esperábamos. Era todavía muy temprano. Se dejaron ver a lo lejos, balanceándose por el cauce seco de un pequeño río, entre los chasquidos de las piedras al partirse y un gemido de motores ahogados. Como si de la oscuridad de la noche llegasen hasta nuestro duermevela, al otro lado de las lonas, las voces remotas y los truenos apagados de una invisible tormenta que enseguida terminó por acallarse. El aire, entonces, se hizo de hielo y se llenó de un silencio amenazador. Eran casi las cinco de la madrugada pero Olga dormía como si ya no le importase el día siguiente. Me incliné sobre ella para despertarla pero me arrepentí enseguida. El caballo errabundo del falso optimismo, ganó la partida (sí, ese que puedes llevar a la fuente pero al que nunca podrás obligar a beber) y pensé, no sé por qué lo pensé, que se trataría probablemente de un nuevo relevo. O que nos trasladábamos de campamento.

Eso pensé, aunque a decir verdad no pensé nada en absoluto, pues si de verdad hubiera pensado, me habría dado cuenta de lo que sucedía. No obstante, aunque así hubiese sido, habría hecho seguramente lo mismo, es decir, no despertarla hasta saber con seguridad lo que estaba ocurriendo.

Y lo que estaba ocurriendo era que nuestros respectivos gobiernos habían aceptado, por fin, pagar el rescate y venían a buscarnos para devolvernos a Adén .

*

Nos metieron a trompicones en uno de los toyotas equipados, en el techo, con lanzagranadas y *kalashnikovs* y enseguida nos pusimos en marcha. Enfilamos el cauce de aquel río, a unos ciento sesenta kilómetros de la costa, y muy lentamente fuimos avanzando. En realidad, deberíamos haber muerto todos durante el camino, un camino infernal por el que aquellos conductores, por supuesto sin salvoconducto, hacían trotar sus vehículos como si fueran cabras. Un poco antes de salir a la carretera, tuvimos que detenernos porque los neumáticos delanteros del vehículo escolta habían reventado y los conductores tuvieron que plantearse cómo proseguir viaje. Puesto que no disponíamos de repuestos, acordaron dejarlo abandonado en tanto que, uno de los conductores y los dos hombres que le acompañaban, se acomodaban con armas y bagajes en el techo de nuestro toyota. Al cabo de su buena media hora pudimos reanudar la marcha. Dejamos atrás algunos cobertizos cubiertos con ramas de palma que servían, dijeron, de cobijo a los pastores, aldeas minúsculas, cultivos abandonados. Luego llegamos a una pista de tierra batida y entonces, lo juro, fue cuando sentí la corazonada de que algo estaba a punto de ocurrir, que a partir de ese instante las cosas no podían ir sino a peor.

Pero no dije nada

Y es que, para empezar, estaba la cuestión de los salvoconductos. No disponíamos de ningún documento y, en según qué lugares, el gobierno central es como si no existiera mientras que aldeas y caminos comarcales pasan a ser controlados por los *sheijs* o jefes de tribus. Por esa razón, la mayoría de las carreteras suelen estar vigiladas por puestos de control que piden la documentación a

los viajeros a la entrada y a la salida de todas las localidades aunque a veces también, en medio del campo surgen algunos puestos montados espontáneamente por los aldeanos o por los nómadas que llevan su ganado a pastar en esa zona. Así que si uno quiere llegar sano y salvo a destino, tiene que aprender a negociar con estos hombres de todas las edades: milicias espontáneas, soldados retirados, jóvenes, casi niños, poseídos por el espíritu de Rambo. Van armados con sus *jambíyas* y también con casi cualquier cosa a la que puedan echar mano. Cuando, incluso desde muy lejos, oyen los chirridos de los neumáticos, corren a ocupar sus puestos en mitad del camino, ahí donde el paso se cierra tras una hilera de bidones vacíos o un montón de piedras mientras gritan como posesos y agitan sus armas o disparan al aire.

Es entonces, precisamente, cuando los coches tienen que detenerse y dan comienzo las negociaciones.

*

Íbamos acercándonos a la entrada de lo que, de lejos, recordaba un mercado de ganado, cuando el mundo se nos vino encima. El aire, con una sequedad de hueso, vibraba sobre la carretera. Olga, cabeceaba amodorrada. Inmóviles, nuestros escoltas, parecían momificados. Todo era silencio. Tragados por aquella serpiente de macadán, se hubiera dicho que aquel animal contenía la respiración y nosotros, dentro de su estómago, también la conteníamos. Por la expresión del conductor, deduje que nos encontrábamos en las cercanías del primero de los controles y se me hizo un nudo en el estómago. De un frenazo, el toyota quedó clavado en el suelo. No se veía ni un alma.

Pero los guardias estaban ahí. Ocultos entre las piedras nos observaban atentamente. Sin mover los labios, el conductor susurró entonces que creía que aquella zona estaba controlada por los gente que podría muy bien llegar a ser peligrosa. Que nos comportásemos con naturalidad, como si nosotros, Olga y yo, fuésemos unos turistas de paso. Que no se nos ocurriera decir una palabra o mostrarnos excesivamente nerviosos, porque los guardias podrían creer que intentábamos, como así era, engañarlos y la situación podría complicarse. Que no nos moviésemos de nuestros sitios.

Olga, me cogió la mano.

En realidad, estábamos muy asustados. En realidad, el conductor y Jaled, el jefe del grupo, estaban también muy asustados. En realidad, lo único que yo quería en aquel momento era disfrutar, a ser posible con Olga, de las delicias de un baño. En realidad, no creía tener muchas posibilidades.

Pero al mismo tiempo sentía también cierto alivio al verme a punto de recuperar mi vida. Alivio al romper el círculo de complicidad y silencio que me había unido a Olga. Alivio, antes que nada, al sentirme otra vez libre. El peligro de una relación como la nuestra es que no se puede estar seguro de si es uno quien la ha elegido a ella o si es ella, la relación, quien ha elegido a uno. Las circunstancias no nos habían permitido escoger.

Ahora bien, de todas esas cosas, me di cuenta más tarde.

Entonces, ya digo, estábamos en la carretera.

Recordemos que era casi mediodía, que teníamos el sol de frente y hacía muchísimo calor.

Para comprender lo absurdo de nuestra situación, baste pensar que no teníamos ni idea de quienes eran aquellos tipos ni, tampoco, de lo que pensaban hacer con nosotros. A ellos les ocurría lo mismo. Ahora bien, de lo que sí estábamos seguros es que, si no pertenecían al ejercito regular, nos veríamos obligados a salir pitando o de lo contrario, y en el mejor de los casos, ya podíamos dar por terminado nuestro recién iniciado viaje. Era posible, sí, que con un poco de suerte conservásemos la vida pero tampoco eso lo teníamos garantizado. En estas tierras todo el mundo, nosotros o cualquier desconocido, resulta sospechoso por definición pero mucho más cuando no tiene la documentación en regla o pertenece a otra tribu.

A pesar de todo, esperamos. Con el sol de frente, les vimos acercarse como sombras submarinas deslizándose entre las algas. Con voz ahogada el conductor les saludó intentando que sus mentiras sonasen, al menos, convincentes. Pero no se bajó del coche ni apagó el motor. Contó que Olga y yo éramos una matrimonio (insistió en lo de matrimonio) de turistas franceses llegados a Sana´a unos días antes y que después de pasar la noche en Taizz, nos dirigíamos a Adén. No habló de los soldaditos de la escolta, ni dijo nada acerca del exagerado montón de armas que llevaban. Tampoco dijo nada de sí mismo. El hombre que le escuchaba parecía comprender, pero los dos que le acompañaban se apartaron a un lado y se pusieron a discutir. Después volvieron a acercarse a la ventanilla y nos pidieron los pasaportes.

Sí, en realidad todo acabó cuando pidieron ver nuestros pasaportes.

A veces ocurre, un rapidísimo cambio de luz que transmite al instante una apariencia de rigidez y da la impresión de que el tiempo fuera a romperse como un cristal.

En ese momento Jaled dijo algo y el coche salió disparado hacia delante. Los hombres del puesto se dejaron caer hacia atrás mientras el morro del todo-terreno embestía contra los bidones que nos cerraban el paso y los montones de piedra que había tras ellos se desmoronaban con el impacto. A toda velocidad, enfilamos la carretera. Detrás de nosotros empezamos a oír los disparos. Que nos tirásemos al suelo, gritó Jaled.

La carretera fue entonces una llanura vasta y abierta, y el polvo suspendido en el aire convirtió el paisaje en un mancha borrosa. En mi retina, casi luchando contra aquella luz reverberante, se gravó el último gesto del conductor inclinándose sobre el volante con todo su peso para evitar ser alcanzado. Después, todo se volvió confuso: una furgoneta se cruzó delante de nosotros justo en medio de la carretera; jóvenes, casi niños, apuntaban a nuestras cabezas con sus relucientes *kalashnikof* ; el crujiente ruido de docenas de pies sobre las piedras machacadas; algo parecido a las náuseas, el dolor.

No, nada de eso estaba previsto. Hice un esfuerzo para abrir los ojos aunque no recordaba haberlos cerrado. No veía nada. Lo intenté varias veces. Alguien me sacudió bruscamente por los hombros. No veía pero sentía cómo gritaban desde mucho más allá del borde de mis zapatos. Intenté seguramente decir algo pero, al principio, me fue imposible porque tenía la boca llena de sangre por culpa de un par de dientes rotos (notaba su hueco con la lengua) y después fue mi voz, como un maullido, implorando que no se

pierdan, que no se pierdan antes de volver a desvariar ¡mis ojos! ¿qué pasa con mis ojos? no veo nada, todo tan blanco Olga ¿me oyes? Y enseguida otra vez lo siento, lo siento ¿qué estoy diciendo? porque hablaba en inglés y no podía parar hasta que empecé a repetir *a'asef, a'asef* lo siento, lo siento, en árabe, mientras alguien gritaba a mi lado y me daba palmadas en la cara y yo pensaba pero bueno ¿qué es esto? a ciegas, allí tirado junto a aquellos idiotas que creían estar seguros de lo que había que hacer y lo único que se les ocurría era dejarme tirado en el puto suelo y digo bien, con los chinarrros clavados en la espalda y también las palmadas, claro, en las mejillas mientras me esforzaba inútilmente en extender los brazos implorando basta ya, basta ya y así una vez y otra vez y otra y otra hasta que perdí el conocimiento.

Cuando me recobré un poco, lo vi al principio todo negro y enseguida una niebla del color del agua almidonada se desplegó entre mis párpados como un pañuelo. Entonces, desde el lado izquierdo de la cama (catre, camilla), llegaron hasta mí unos susurros titubeantes como presentimientos oscuros. Luego fue aquella mano sobre mi frente – no tenía fiebre – y durante una décima de segundo el eco de sus palabras, que yo oía como ahuecadas, se paseó por la invisible cavidad de mi cráneo para, enseguida, desaparecer tras lo opaco de alguna superficie. Al cabo de unos minutos, ruidos que parecían llegar desde el exterior, atravesaron el velo de lo que yo, todavía, creía mi inconsciencia y alguien debió inclinarse sobre mi almohada porque de pronto, y al tiempo que su oscura sombra enturbiaba la niebla de mi cabeza, percibí su aroma: una mezcla de té, cardamomo, hierba recién cortada y sudor humano mezclado con alquitrán.

O eso me pareció entonces.

Luego la sombra dijo,

Está ciego

Y yo me desperté del todo. Quise, incluso, incorporarme antes de sentir que las fuerzas me abandonaban y que no podía sino seguir tumbado perfectamente inmóvil. ¿Y Olga? dijeron que dije entonces. Recuerdo que por ver si la encontraba intenté en vano echar una ojeada a mi alrededor. Enseguida me di por vencido. Que estaría, me dije, en alguna parte pero que yo Otar (ni vivo ni muerto), con el polvo aferrado a la garganta y aquel terrible dolor en las córneas, no volvería a verla más nunca. Agotado, tuve que aceptar que lo peor ya había sucedido: dejé caer hacia atrás la cabeza y volví a repetirme a mí mismo algo que ya sabía: al parecer has perdido la vista, Otar, te has quedado ciego.

*

Se abrió un enorme agujero en el tiempo cuando me dijeron que Olga había muerto. Durante los primeros días, y en medio de aquella oscuridad tan blanca, había sentido siempre la sensación de tenerla a mi lado incluso después de que me mintiesen diciendo que el pabellón de mujeres estaba lejos y que no podríamos volver a encontrarnos hasta que nos dieran el alta. De manera que, cuando por fin lo supe con toda certeza, me sorprendí a mí mismo pensando que bastaría alargar el brazo para volver a tocarla pues se me antojaba imposible que, ciego como estaba, la definitiva desaparición de Olga pudiera ser aún mas definitiva de lo que ya era. Pensé también cuánto más fácil hubiera sido todo de no habernos conocido y me esforcé en abrir bien los ojos intentando perforar la niebla convencido que, de esta forma, nuestras vidas

recuperarían su curso y serían capaces de asimilar lo absurdo de todo aquello (la furgoneta que se había cruzado en nuestro camino había sido enviada a buscarnos) mientras todavía era posible engañarse y antes, por decirlo de alguna manera, de acabar volviéndome loco.

Tal vez suene a tópico, pero es un hecho que lo que yo intentaba no era otra cosa que darle a mi desgracia un lugar nuevo y, claro, tal vez me hubiera resignado a haber perdido la vista y después también a haberla perdido a ella, si a esas desgracias no se hubiera añadido mi absoluto desconcierto, si no me hubiera empeñado en seguir especulando con su muerte, si no me hubiera repetido un millón de veces los viejísimos argumentos que antes que a mí, llevaron a la confusión a tantos. Esa confusión que consiste en hacerte creer que *esto* no ha sucedido o que le ha sucedido a *otro* que por supuesto nunca eres tú.

Lastimosos delirios.

Que Olga había tenido que volver a casa, me decía, lo que era cierto sólo que de una forma completamente distinta, a redactar su trabajo o, como yo hubiera preferido, a recoger sus cosas para regresar enseguida, un regreso triunfal sólo comparable a aquel otro, el de Rimbo a finales de siglo, resucitado y con las dos piernas y siempre que no se le hubiera ocurrido cambiar de idea a última hora.

No sé qué es lo que hubiera hecho ella en mi caso, si se hubiera inventado un sistema de delirios similar para garantizarse al menos una demostración palpable de que no había sido todo inútil (un pensamiento capaz de ponerle nervioso a cualquiera). Es posible que Olga sólo quisiera terminar su libro para demostrar que

tenía razón y es posible también que tener razón hubiese dejado de tener importancia para ella a pesar de que su entusiasmo impregnase todavía mi memoria e incluso objetos como su diario de viaje, los documentos y las fotografías que había recibido de *jalti* y que, apenas unos días después de dejar el hospital, me fueron entregados por el Cónsul.

Debo decir también, sin necesidad de extenderme mucho sobre este punto, que la forma que Olga tenía de contar las cosas, me resultaba conocida incluso antes de haber leído la primera página de su diario. Su necesidad de implicarse a cada paso y también su falta de interés por las conveniencias y la inevitable impresión de estar siempre al límite, quemando las naves, era algo muy propio de ella y que, ahora que lo pienso, nunca fue mera coincidencia, como si detrás de todo eso hubiera existido siempre algo más que una simple curiosidad por la vida y la muerte, del desgraciado poeta.

Cuando al cabo de un mes me dieron el alta y volví a Sana'a, comprendí de repente que no conseguiría cerrar este capítulo de mi vida sin ayuda. Fue entonces cuando decidí llamar a Juan, el antiguo amante, y jefe, de Olga. No hay que olvidar que él, a su oscura manera, me la había dado a conocer, que fue él quién había metido en su cabeza las primeras ideas y que sería él, probablemente, quien mejor supiera qué hacer con el resto de ellas, esas que, también a su oscura manera, le habían costado la vida.

Cuando conseguí localizarle, él ya sabía de su muerte y no pareció sorprendido de que yo le llamase. Aceptó todo lo que le propuse y cuando terminé de hablar se hizo un silencio largo, tan largo que hasta tuve que preguntarle si seguía todavía ahí, al

teléfono. Al principio no respondió, su respiración, a través del auricular sonaba muy agitada hasta que, de pronto, enmudeció como si él mismo se hubiese dado cuenta del ruido que estaba haciendo e intentara contener el aliento.

Disculpa, ¿qué me decías?

Después, por el clic del mechero, supe que había encendido un cigarrillo. Y también por el ruido de la primera calada al separarse de sus labios y todavía, al cabo de un instante, el del humo filtrándose de golpe entre sus labios .

Y él, otra vez

Perdona, no se oye bien.

Me limité a repetir la pregunta

Aún tuvieron que transcurrir unos segundos antes de que sí, respondiese sí, incapaz de rechazar una invitación para venir a verme y recoger los papeles de Olga, con un montón de frases hechas y como si tuviera que justificar una curiosidad enorme o ganarse a pulso el derecho de aprovechar su trabajo. Que tardaría una semana, dijo, lo justo para dejar arregladas las clases y conseguir un visado.

*

Esa iba a ser la primera vez que tuviésemos ocasión de hablar cara a cara y la verdad es que no sé qué esperaba de él. Nos encontramos en Sana'a, en el *diwan* de Bir al `Azab, el mismo lugar en que, a finales de agosto, había visto aparecer a Olga con su chal de color naranja y aquella intensa mirada en el fondo de sus ojos verdes. Recuerdo la exagerada confianza que irradiaba (Juan, no Olga) por la vehemencia con la que hablaba, exactamente como si estuviera obligado a demostrar algo cada vez que se refería a sí

mismo. Se había echado encima un perfume que parecía heno y que detonaba en mi memoria como una mina oculta bajo la embrollada madeja de mis recuerdos. Sí, recuerdo bien cómo su olor me estalló en la cara y cómo él parecía esparcirlo a su alrededor a medida que hablaba, se interrumpía o cambiaba bruscamente de tema, revolviéndose incómodo en su asiento cuando se sentía incómodo o simplemente moviendo las manos o inclinándose hacia adelante mientras dejaba que hablase yo, como para no cometer ningún error de modo que, bien pensado, para mí fue un verdadero alivio no poder verle

Respondió de mal humor cuando me oyó decir que Olga estaba convencida de la autenticidad de las pruebas que había ido reuniendo.

Me suena a pura invención – dijo – ni con la mejor voluntad hubiera podido imaginar que existiera un descendiente de Asha a quien, por otra parte, todos los investigadores dieron siempre por desaparecida.

Le repetí lo que sabía a través de la familia de mi madre, el testimonio de *jalti* y los documentos – ahora en mi poder - que habían sido entregados a Olga, y al final, como de pasada, mencioné la posibilidad de que se hiciera cargo de su publicación.

Y él,

Haré lo necesario para respetar la voluntad de Olga

Sentí que me ponía una mano en el antebrazo como si tuviera que tranquilizarme y por un momento, ni él ni yo dijimos nada hasta que le oí dar un respingo.

Y él, otra vez, rebosante de satisfacción,

El problema consiste en que no tenemos ni idea de qué voluntad hubiera sido esa ¿me confundo?

No respondí, pero el tono de su voz me trajo a la memoria el rencor con el que Olga me había hablado de él y no pude sino molestarme, incluso ahora, cuando pienso que también entonces sólo trataba de devaluar su trabajo ante mis ojos. Creí mi deber advertirle que Olga sólo pretendía escribir una historia, la historia de un hombre que había sido poeta pero que había dejado de serlo; comprender *qué* hizo de él lo que terminó siendo antes de desaparecer del todo y obligar a Asha a salir a la luz. En una palabra, contar lo que tuviera que contar, aunque después nadie quisiera oírlo.

Esa era su única voluntad.

Como sin darle importancia contestó que, en el fondo, los planes de Olga siempre le habían parecido una buena idea y aunque era obvio que se le hacía un poco cuesta arriba referirse a ella subrayó, poniendo un énfasis especial en su voz como si quisiera cerciorarse de que yo le entendía bien, que haría todo lo posible por cumplir hasta el menor de sus deseos. No pude evitarlo y casi me echo a reír, como si la expresión “el menor de sus deseos” fuera la idea más absurda del mundo y él no pudiera no saber que Olga siempre había tenido mejores cosas que hacer que perder su tiempo esperando que él, o cualquier otro hombre como él, cumplieren sus deseos.

Del lado de los *takhrim* llegaban hasta nosotros los cánticos del muecín de la Gran Mezquita. Las otras, la de Salah ad-Din al este y la Qubbat Talha al oeste, respondieron al unísono. Oí remolonear a algunas cabras en el patio de atrás, el ruido del tráfico

y los pasos de la gente en el polvo de la calle. Seres humanos, animales, desconocidos todos. La voz de aquel hombre seguía diciendo que, una vez que revisara aquellos papeles podría empezar otra vez desde el principio, que estaba seguro que saldría algo totalmente distinto aunque, insistió, igualmente valioso. Sentí como la tensión enhebraba cada una de sus palabras.

Entonces yo

Le deseo mucha suerte

Pensé entonces, y sigo pensando ahora, que en el mundo existe toda clase de fatuos y que aquel era sólo uno más entre todos ellos. Me llamó la atención el pitido de su voz, recordaba al tono académico con que los expertos en cualquier cosa suelen soltar sus monótonos discursos. Antes de que cogiera carrerilla, percibí incluso ese típico gorgorito al final de la frase con que los pedantes como él consiguen siempre disuadir cualquier interrupción

Escribiría , por supuesto, desde su punto de vista.

Pareció titubear un segundo y enseguida, aclarándose la garganta

O, al menos, lo intentaré.

Que no me preocupase, dijo, pues mi nombre y el de Olga serían incluidos, como co-autores, en los créditos. Que, después de todo, él no hacía más que cumplir con lo debido, aceptar las reglas de un juego que él no había inventado

Desde el primer momento supe que ninguna de sus palabras conseguiría agregar una sola chispa de grandeza al pobre hombre que era y seguiría siendo. En mi opinión, aquel tipo estaba inconcluso, como un maniquí al que faltara la cabeza o tuviera las piernas rotas, un maniquí que alguien hubiera decidido arrojar a la

basura. Un hombre, como alguna vez llegó a decir Olga, al que se le daba bien vender y comprar símbolos.

No merecía la pena seguir hablando.

Entonces yo,

Escriba su libro sobre Abdo Rimbo. Hágalo por Olga, pero olvídense de mí.

No se precisaba mucha inteligencia para darse cuenta que la conversación había terminado. Le ofrecí una taza de café y le prometí que, a la mañana siguiente, le haría llegar al hotel el equipaje y las demás pertenencias de Olga. Dicho lo cual, me disculpé y pedí que me acompañasen a mis habitaciones. Cuando ya me iba, le oí preguntar si no sería posible que alguien le pidiera un taxi para volver al hotel porque acababa de llegar la noche anterior y, al no conocer la ciudad, tenía miedo a perderse.

*